

MONTE



BELMONTÉ

(1919)



Antonio y José Fernández

(Fot. Alfonso.)

:: :: :: Juicio crítico de

Coello de Portugal :: :: ::

José Gómez (GALLITO)

BELMONTE

Obras de los mismos autores.

De mi carpeta (agotada).

Nonadas.

Belmonte en 1917 (agotada).

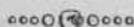


BELMONTE

(1919)

POR

ANTONIO Y JOSÉ FERNANDEZ
COELLO DE PORTUGAL



JUICIO CRÍTICO DE

JOSÉ GÓMEZ (GALLITO)



IMPRESA ARTÍSTICA, SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21.—TELÉF. 17-65 J.
MADRID



BELMONT

LIBRARY OF THE
CONGRESS

ES PROPIEDAD

UNIVERSITY OF MICHIGAN

ANN ARBOR, MICHIGAN

1944

Señores D. Antonio y D. José
Fernández Coello de Portugal.

Muy distinguidos amigos
míos: En contestación a su
atenta carta pidiéndome mi opi-
nión sobre el toreo de Juan
Belmonte, les diré a ustedes
que me parece un gran torero,
y que el puesto que ocupa se
lo ha ganado muy merecida-
mente.

Quedan, pues, complacidos
y es de ustedes afectísimo
amigo s. s.,

q. e. s. m.,

A handwritten signature in dark ink, appearing to read "José María Gallardo". The signature is written in a cursive style and is underlined with a single horizontal stroke.

Las capeas de toros, "fiesta la más apacible,"

Del libro de la Montería que mandó escribir el muy alto y muy poderoso Rey D. Alonso de Castilla y de León. Auctor Gonzalo Argote de Molina (siglo XVI).

«El correr y montar toros en coso es costumbre en España de tiempo antiquísimo, y hay antiguas instituciones anuales, por votos de ciudades, de fiestas ofrecidas por victorias habidas contra infieles en día señalados.

Es la más apacible fiesta que en España se usa, tanto, que sin ella ninguna se tiene por regocijo, y con mucha razón, por la variedad de acontecimientos que en ella hay. Traen los toros del campo juntamente con las vacas a la ciudad, con gente de a caballo con garrochones, que son lanzas con púas de hierro en el fin della, y enciérranlos en un sitio apartado en la plaza donde se han de correr, y dejando dentro dél los toros, vuelven las vacas al campo, y del sitio donde están encerradas sacan uno a uno a la plaza, que está cercada de palenques donde los corren gentes de

pie y caballo; a veces, acometiéndoles la gente de a caballo con las garrochas y andando en torno dellos en caracol, los hacen acudir a una y otra parte; otras veces echándoles la gente de a pie garrochas pequeñas, y al tiempo que arremeten, echándoles capas a los ojos, los detienen. Y últimamente sueltan alanos, que, haciendo presa en ellos, los cansan y rinden. En el Andalucía, en la ciudad de Baeza, se acostumbra por los mancebos de una villa a ella subjecta, llamada Dilchez, esperar en la plaza al toro un escuadrón de piqueros, y al tiempo que el toro embiste en ellos, lo levantan por el aire sobre las picas, y le tienden en la plaza muerto, que es suerte de mucha destreza, a cuya forma de regocijo llaman la suiza. »

¿Quién es Belmonte...?

Preguntádselo a las multitudes, que, enardecidas por el supremo arte de un lidiador que se burla de la muerte, jugando constantemente con ella, les hace experimentar la borrachera de sangre y valor propias de la fiesta; ellas os dirán que es un torero de estilo rondeño puro, que reúne las arrogancias del Espartero y el dominio del coloso de Córdoba; os añadirán que su personalidad, dentro del toreo, es grandísima, porque con su toreo clásico representa la fiesta nacional en toda su plenitud; porque él, sacando del panteón del olvido los pases naturales, los dió como jamás nadie pudo imaginarse; porque su figura ha presidido la época más grande del toreo; porque, en una palabra, es un torero completo; con la capa, en sus verónicas y clásicas medias verónicas, entusiasmo por la manera de ejecutarlas; en ellas pone todos sus entusiasmos, y por eso son tan grandes; después, con la muleta, domina al toro, y en sus pases naturales, de pecho y ayudados, sabe armonizar el arte con el castigo que precisa darle al toro, y luego, en la suprema hora,

cuando dejándose caer poco a poco, resbalando sobre el costillar, se nos revela como un enorme matador. No podemos por menos de dar razón a los que de torero completo lo calificaron; en los primeros tiempos en que toreaba, cuanto Belmonte tenía de atrayente para el público era su toreo valiente, arriesgado; entonces empezaba su vida torera, y sus ignorancias tenía que cubrir las con desplantes de valor; pero pasaba el tiempo y él seguía luchando con fe en su toreo, porque realmente dondequiera que torease daba la sensación de algo desconocido hasta entonces; pasaron los años, y el diestro de Triana llegó a dominar de tal forma la lidia de los toros, que, hoy por hoy, une a su valor el completo dominio de las reses bravas, y el público que va a verle, olvidando la antigua leyenda de sangre, aplaude al torero elegante que, dominando a los toros, sabe coronar sus faenas con grandes estocadas.

Ha tenido muchos imitadores; algunos han pagado con su vida tal idea; no hace mucho el cuerno traidor de un morlaco cortó la vida de un valiente imitador, quizá el más perfecto; esto indica a los descreídos que su toreo no es ignorante, sino que hay en él algo que muchos han dado en llamar el secreto de Belmonte, que no es más que el dominio que logra sobre el toro al tercero o cuarto pase de castigo administrado, a la par que con valor, con sabiduría; parece que esto cualquiera puede hacerlo; realmente no es un imposible; pero a la mayor parte de los toreros de hoy día les falta un poquito de la decisión que le sobra a Juan cuando sale decidido.

El diestro de Triana, desde que ascendió a la cima del toreo, no ha dejado de sostener una ruda competencia con las figuras más preeminentes del toreo; sin ir más lejos, hoy día estamos viendo constantemente la combinación Joselito-Belmonte, calificada por muchos de competencia, pero no por la verdadera afición, que forzosamente la tiene que rechazar; Joselito representa la escuela Sevillana: es un torero alegre, pinturero, con un conocimiento pasmoso de los toros, que nos hace juntar las manos en momentos de regocijo para aplaudir sus alardes de sabiduría taurómaca. Belmonte representa la escuela Rondeña: es un toreo serio, de exposición, de dominio, que nos hace juntar también las manos en un momento de emoción; competencia de escuelas puede haberlas, eso sí, entre los dos actuales representantes de ellas, las más perfectas que a mi modesto juicio han nacido; pero competencias individuales, nunca; esas son entre los toreros de una misma escuela; por eso Belmonte está actuando en una época en que no tiene competidor; ahora parece que despunta un torero de los valientes de verdad, que empieza a interesar a la afición: es Ignacio Sánchez Mejías; ¡ojalá que cuaje este muchacho!; ese día los belmontistas estarán de enhorabuena; ¡¡entonces veréis lo que aún no conocéis de Juan Belmonte!!

Respecto a predominio de escuelas, yo, por mi parte, se lo doy en absoluto a la Rondeña, porque es la más seria, la que se amolda mejor a todos los tiempos de la lidia; en una palabra, la que domina más a los toros; esto no obsta para que yo no deje de reconocer que también en la Sevillana hay cosas muy buenas; pero

basta ya, lector, de disertar más acerca de este tema y vamos a hablar brevemente de la vida y milagros, como suele decirse, de este torero.

Nació en Sevilla el 17 de Abril del año 1892, en el número 17 de la calle de la Feria; fueron sus padres José Belmonte y María de la Concepción; desde muy niño se desarrollaron en él las aficiones taurinas, siendo sus juegos favoritos juntarse con algunos amigos y hacer corridas de toros, en las que el futuro astro se iniciaba ya en el toreo; poco tiempo después, en la venta de Cara-Ancha, toreó por primera vez un becerrete, causando la admiración de cuantos lo presenciaron; por las noches atravesaba el Guadalquivir a nado para ir a la Corta de Tablada, donde estaban los toros para las corridas, y torearlos a la luz de un farol que llevaba. Algún tiempo después logró debutar en una corrida que se dió en Elvas (Portugal), teniendo que pagarse hasta el traje, que le costó treinta y tres pesetas, y sin figurar su nombre en los carteles; otra vez volvió a obscurecerse su estrella, hasta que, llegando a oídos de D. Eduardo de Herrera las proezas que realizaba en Tablada, le sacó a torear en Arahal, con toros de Anastasio Pérez; en esta corrida sufrió una cogida, y no pasó a la enfermería hasta que mató el toro; obtuvo un gran éxito; luego toreó en Sevilla con Pilín y Bombita IV, y no quedó mal, a pesar de las pésimas condiciones del ganado; toreó después otras dos corridas, sin picadores, quedando bien en la primera y mal en la otra; por reveses de fortuna tuvo que contratarse para trabajar a destajo en las obras de Tablada; sintiendo la nostalgia del toreo

logró actuar en Valencia en una corrida, sin picadores, y con un sueldo de «diez y seis duros», sin viaje, fonda, ni traje de torear; en esta corrida obtuvo un gran éxito, siendo cogido y volteado aparatosamente. A raíz de este éxito, el 12 de Julio toreó en Sevilla, con Larita y Posada, toros de Tovar; allí obtuvo un éxito enorme, empezando, a partir de aquel instante, su vida taurina; debutó en Madrid como novillero el 26 de Marzo, y obtuvo la plena confirmación de sus triunfos; en esta temporada lidió en un mes veintiuna corridas; por fin se decidió a tomar la alternativa en Madrid, de manos de Machaquito, acompañado por Rafael el Gallo, con toros de Guadalest y Bañuelos, en la tarde del 16 de Octubre de 1913, y no obstante el jaleo promovido por la mansedumbre del ganado, logró el alternativado confirmar el sobrenombre de Fenómeno, con que ya se le conocía en toda España. Pocos días después su persona fué reclamada al otro lado del Atlántico, y embarcaba con rumbo a las costas americanas; veintidós mil almas se apiñaban en la Plaza del toreo, ansiosas de conocerle; allí obtuvo el primer triunfo en tierras de América, junto a Vicente Pastor, seguido de otros muchos, hasta que una cornada, leve por fortuna, le impidió seguir toreando, y volvió el torero repleto de oro y cubierto de glorias, dejando en aquellas tierras la esperanza de su vuelta.

Una vez en España, desde 1914 al 17, su vida ha transcurrido en un constante triunfo; durante estos últimos años ha realizado faenas que eternamente perdurarán en la memoria de los áficionados. ¿Quién no recuerda aquella feria de San Isidro? ¡Acaso

se olvidó aquella corrida de Beneficencia...! ¿No está más reciente aún aquella faena, cumbre de la corrida del Montepío de Toreros, celebrada el día 21 de Junio de 1917? ¿Y pocos meses después, aquella memorable tarde del 7 de Octubre, en que Juan unió a sus esplendores de torero las glorias de matador, otorgándosele, a petición del público, tres orejas? ¿Y en provincias? Preguntad a los guipuzcoanos, a los vizcainos; interrogad a los sevillanos, a los valencianos, a los catalanes; todos ellos os dirán lo que le vieron hacer, y si es en Málaga, Santander, Cádiz, Algeciras, si vais alguna vez por allí os aconsejo, lector, no se os ocurra hablar mal de Belmonte, porque corréis el peligro de no volver.

Después de la temporada de 1917 marchó a Lima con un ventajosísimo contrato, en el que figuraba una corrida a beneficio suyo; allí volvió a conquistar grandes triunfos que añadir a los ya adquiridos, y un montón de miles de duros; en una de las corridas, una mujer, sugestionada por su arrojo, soñó en ser la compañera de toda la vida de aquel hombre, y meses después aquella ilusión tornóse en realidad, y el lazo del matrimonio unió aquellos dos seres, que juntos emprendieron el regreso a España, ante la consternación del pueblo, que dando oídos a las mil historietas que corrían por estas tierras creían perdido a su ídolo. Pero el diestro de Triana vuelve a los toros con más deseos de triunfos que nunca; no bien empezó el tiempo este año a permitir la celebración de los festejos, y ya el trianero se ha lanzado por esas Plaza ávido de éxitos, como un novillero loco, obteniendo

triunfos por donde va toreando; en las páginas de este libro encontraréis cuanto de sobresaliente realizó Belmonte este año ante los toros, y después de su lectura os preguntaréis: ¿Es Belmonte efectivamente un fenómeno? Y al instante os contestaréis vosotros esta pregunta, en la misma forma que lo hacía «Don Modesto»; el malogrado y notable escritor taurino, uno de los de más profundos conocimientos en esta materia, decía: ¡Sí! Porque hace con la muleta y el capote lo que no se ha hecho nunca. Y nosotros podríamos añadir por nuestra cuenta, sin miedo a equivocarnos: ¡Porque además se ha revelado como un matador de cuerpo entero!

MADRID

MADE IN U.S.A.

MADRID

«De Madrid al cielo», dice el refrán, y es verdad, porque el simpático encanto que tiene este pueblo, reconocido por cuantos le han visitado, no lo posee ningún otro de la tierra; no sé si esta simpatía, rasgo fisonómico de los que por aquí moran, será debida a su cielo o a su ingenio; lo que sí puedo decirte, lector, es que a muchos que se han perdido los han encontrado aquí; y conste que no es isidrada, pues, aunque en el día del Santo Patrón hay muchos que los buscan y al fin parecen, es porque aquí gusta la gente de perderse y se contagia el forastero de tanto ver jugar al escondite. El extranjero no corre los peligros que en París o en Londres; a cualquiera hora del día o de la noche puede pasear por los barrios más extremos, en la seguridad de que su

vida está asegurada, por el carácter bondadoso y servicial de este delicioso pueblo, que entabla amistad con el más *pintao* y adquiere relaciones con la mismísima modelo de Murillo, se pinte o no, que para esto se pintan ellos solos.

Pueblo aficionado a divertirse como el que más, no pierde día que por cualquier motivo pueda exteriorizar su alegría. La primera verbená que ¡Dios envía es la de San Antonio de la Florida, y desde entonces empieza el madrileño castizo a tomar churros, torraos y columpiarse, y se está así toda la canícula, de «verbe» en «verbe», hasta que es llegada la de la *Paloma*, en donde se hace acopio de sal—para Londres—y salen mantones y chulas bonitas como para hacer una fábrica de niños chinos; se enfundan por aquel entonces los tíos-vivos—aunque alguno quede fuera del saco—, y se traslada mi buen hombre a la Bombilla, en las tardes apacibles del Otoño, donde no falta modista o doncella que sientan la presión de un chotis. El primero de año congrega a miles de ciudadanos en la Puerta del Sol, y al compás de las doce campanadas del reloj de Gobernación comen las doce uvas, motivo de alegría y jolgorio que dura hasta la madrugada, tocando latas y dándose la al pacífico durmiente; estos esparcimientos sonoros se disfrutan la Nochebuena; la vispera del día de Re-

yes es curioso visitar los bazares, donde la inocencia—¡qué felicidad!—no ve lo que al día siguiente la mano de su mamáita va a colocar en el balcón; en algunos sitios se come la tradicional torta, y es costumbre no interrumpida la de que el uniforme que nuestro simpático Rey—por algo es madrileño—luce en la Fiesta de la Epifanía sea regalado al duque de Híjar. Pasada la Cuaresma, que fué típica en otros siglos, llega el Domingo de Pascua, día en que se celebra la primera corrida de toros de la temporada; éstas se verificaban antaño en la Plaza Mayor, en la de la Puerta de Alcalá, la de Romero y Costillares y la que vió morir a Pepe-Hillo, aquella plaza que presenció el único momento de entusiasmo sincero que en la corte despertó don Amadeo de Saboya una tarde en que, por rara casualidad, acertó a echar la llave del toril en la montera del alguacilillo.

En la actualidad, además de la de Madrid, hay dos, en Tetuán de las Victorias y Carabanchel, a más de la Numantina, en construcción.

Las carreras de caballos se celebraron por primera vez en el reinado de doña Isabel II, y hoy día han adquirido gran importancia; el Hipódromo de la Castellana, en los meses de Primavera y Otoño, se ve concurrido por lo más selecto de la sociedad, viéndose *toilette* que por su elegancia

puede competir con las más afamadas de Longchamps; hay cuadras de ejemplares soberbios; sobre todas sobresalen la del duque de Toledo y conde de la Cimera.

Sus edificios y monumentos son suntuosos; el Palacio Real es uno de los mejores del mundo— desde donde se divisa el Manzanares, ese río del cual dijo Napoleón al pasar por el puente de Segovia: «Grande debe ser este río tan pobre cuando hasta en París me ha quitado el sueño»—; el Museo de Pinturas goza fama universal: allí viven la inmortalidad del genio Goya, Velázquez, Ribera, Murillo; el Teatro Real, por donde desfilan los mejores cantantes; el Palacio de Comunicaciones; Banco de España; San Francisco el Grande; los Jerónimos, templo donde se celebraron bodas reales; la ermita de San Antonio de la Florida, donde se admiran los maravillosos frescos de Goya, y centenares más que podría citar dignos de visita.

Entre sus paseos, el de la Castellana—su longitud es de cuatro kilómetros—, rodeado de palacios y hoteles particulares, en donde viven los *desheredados de la fortuna*, desde el ilustre duque de Medinaceli al maquiavélico conde de Romanones; el parque del Retiro, con sus pintorescos detalles, su estanque magnífico, la casa de fieras, el Monumento a Alfonso XII, al General Martí-

nez Campos, obra del mago del mármol y del bronce, del gran Benlliure; en la rosaleda la estatua del maestro venerable, Galdós; próxima a la de D. Benito, la de Campoamor, el poeta preferido de las mujeres, porque—como dice el insigne autor de *Los intereses creados*—«era el poeta que mejor las comprendía; las perdonaba todo. Las mujeres, ¡pobres mujeres!, creían por eso que las amaba mucho... No comprendían que aquel su amable perdón, aquella su indulgencia para todas las faltas y errores que pueden cometer las mujeres, tenía más de profundo conocimiento de que no podían ser de otra manera, de que no se las debía pedir lo que no pueden dar...»

Los barrios bajos empiezan en la renombrada calle de Toledo, descrita maravillosamente por Pérez Galdós; he aquí uno de sus párrafos: «Entro en el laberinto de Alamillos, subo por la Redondilla, dejo a un lado la calle de los Mancebos, paso a la de Don Pedro, y por puerta de Moros llego a la bullanguera, a la tumultuosa y vertiginosa plaza de la Cebada, que en su extremo oriental parte por gala en dos la calle de Toledo, arteria pletórica de vida, de sangre, de gracia, de alegría y, ¿por qué no decirlo?, de belleza, pues pienso yo que no hay calle en el mundo más bonita ni más pintoresca que esta de Toledo; calle sin igual por la gracia de los colorines que

tremolan en ella de punta a punta, por los tenderetes, donde se vende de cuanto Dios crió, por la algarabía de los pregones y la cháchara del gentío parlero. Además, es calle histórica: por ella pasaron hacia el suplicio el mártir Riego, el caballeroso y arrogante general León y el polizonte Chico, ajusticiado por el pueblo en la Fuentecilla. En ella hirvió la cólera popular en el terrible día de la degollina de los frailes. Por ella entraron con grandiosa pompa cortesana las princesas que vinieron a casarse con nuestros reyes. Por ella corrió mil veces la oleada de los motines, y el empedrado se estremeció mil veces con las cargas que dieron a la Policía las cigarreras desmandadas, las verduleras furibundas; cargas, no diremos con arma blanca, sino con las uñas y las lenguas, que ponían en grave conflicto a los agentes de la autoridad. Toda la calle es roja, no precisamente por el Matadero ni por la sangre revolucionaria, sino por la pintura exterior de las ochenta y ocho tabernas (las he contado) que existen desde la plaza de la Cebada hasta la puerta de Toledo.»

La Puerta del Sol, a la caída de la tarde, parece enjambre de abejas, un hormiguero continuo de gentes que salen por sus muchas bocacalles; la calle de Alcalá, ¿qué enigma tendrá?, su sol es el mismo que ilumina todas las poblaciones de

España, y a pesar de esto aquí parece que brilla más; esta calle de Alcalá en día de toros la invade una inmensa muchedumbre, marchan unos a pie, otros en coche, en automóvil, en tranvías, rebosando carne hasta en los estribos, mujeres envueltas en mantones de Manila o tocadas con la clásica mantilla, el picador sobre un caballo esquelético y a la grupa el monosabio, el alguacilillo con su negra vestimenta; en un milord pasa una mujer, sobre la capota el mantón azul, bordado de rosas; las gentes clavan la mirada en sus ojazos negros; ella va como distraída, con la sonrisa en los labios, esperando ver pasar al matador; ya llega, va en el coche de la cuadrilla con la faz alegre y mirada de triunfador; ella le envía todo el fuego de sus ojos; el peón de confianza adivina un gesto en el rostro del maestro.

La multitud invade la Plaza. Hace el paseo la cuadrilla. Suena el clarín...

* * *

¡La Catedral del toreo!, porque en ella todos los toreros sacan a relucir la esencia fina de su arte. ¡La Universidad!, porque el público, soberano catedrático, desde su tendido doctora a unos sancionando con sus ovaciones lo que luego ninguna Plaza de

España se atreve a revocar, y condena a otros al olvido. ¡Madrid!, la aspiración suprema de todos los toreros, desde el que en las capeas lucha contra el adverso destino jugándose la vida a cada instante, hasta el que a fuerza de trabajos ha logrado algún éxito; para todos ellos brilla el ruedo madrileño como tierra de provisión. ¡Cuántos diestros grandes y chicos pasaron por él! ¡Cuántas faenas dadas al olvido o recordadas tan sólo por antiguos aficionados! ¡Cuántos momentos trágicos vividos entre sus muros por miles de personas! Recordad la figura alta, elegante de un torero que impávido espera la acometida del bruto para quebrar un par. ¡Quién no conoce a Antonio Fuentes! Recordad la visión trágica de un torero que ensartado por los cuernos de un Miura, ojo de perdiz, muere junto a los tendidos de sol, o de aquel peón que en medio del ruedo madrileño perdió la vida, o la triste muerte de Florentino Ballesteros. ¡Quién no recuerda a *Frascuelo*, aquel soberano matador de toros, cuyo nombre llega hasta nosotros pregonado por las trompetas de la famal; y avanzando aún más en los tiempos modernos, recordad aquel *Machaco* que en pecheras de camisas gastaba al año un dineral, y a aquel Ricardo *Bombita*, cuyo cuerpo materialmente cosido a cornadas puede acreditar un valor jamás puesto en duda por nadie; acordaos de la pareja *Gallo-Vicente Pastor*, en competencia con los antes mencionados; ellos por sí solos llenaron una época del toreo; hoy día uno ya ha dejado de lidiar reses bravas, y en su casa de la calle de Embajadores vive el gran ex torero madrileño rodeado de recuerdos felices de otros tiempos no lejanos; Rafael aún sigue toreando, pero, pobre de recursos y facultades, ya no es ni su contrafigura; tan sólo alguna vez en algún lance de capa lleno de alegría, en algunos pases de muleta dibujados, aparece el gran torero que fué; todos ellos a su paso por el

circo de la carretera de Aragón han logrado grandes triunfos; recordad en aquella feria de San Isidro una gran faena de muleta, alegre, pinturera, elegante. ¿Quién olvidará aquella tarde de Rafael el *Gallo*? ¿Quién ha hecho lo que Fuentes con las banderillas, conocido por el torero elegante? ¿Y aquella tarde de Vicente Pastor, en que entre delirantes ovaciones fué ungido matador de toros? Recordad las grandes tardes de *Machaco* y los éxitos de *Bombita*, uno de ellos con aquel «Indio», de Santa Coloma, el 14 de abril del año 12, en que en medio de una enorme ovación y a ruego del Rey y el público, le fué otorgada la oreja de este toro por la brillante faena que en él realizó; todos ellos pasaron ya; tan sólo su recuerdo nos queda; puede que ellos también hayan olvidado aquel público que tanto los mimaba. Mas no quedó huérfana la afición por sus retiradas: hoy día brillan, con más fulgor que ninguno lo logró, dos toreros, capiteles del toreo, actuales representantes de dos tendencias opuestas: José Gómez *Gallito*, nacido en la avenida de Hércules, mantenedor de la Escuela Sevillana, y Juan Belmonte, el diestro de Triana, como todo el mundo lo conoce, único representante de la clásica Escuela Rondaña.

Pero basta de sacudir el polvo de los ídolos muertos, y vamos a ver si Juan logró agradar a los madrileños durante su actuación en el año presente. Belmonte esta temporada ha toreado poco en Madrid; causas principales de ello han sido la *gripe* y un puntazo que le infirió un toro.

El día de su reaparición, en su primer bicho consiguió entusiasmar al público con su toreo emocionante de capa, luego hizo quites ceñidos de torero valiente y fué la faena de muleta que le hizo a este toro reposada y tranquila, estando el torero muy cerca y dándole al toro la lidia que pedía; luego un pinchazo y una estocada un poco atravesada, pero atacando

con fe, y el público que muestra su contento haciéndole dar la vuelta al ruedo.

En las verónicas llenas de arte y suavidad que propinó a «Sabanito», en la corrida de los Pablos Romero y en la faena valiente aguantando las bruscas arremetidas que le hizo luego el mismo toro, encontró el público motivo para ovacionarle; después en el quinto toro, del que cortó la oreja, hizo una faena de las suyas en medio del ruedo llena de valor y arte; allí dió cuantos pases le vino en gana y después, entrando recto, una estocada de la que rueda el toro.

En la de los Vicente Martínez la lluvia que durante la lidia caía impidió todo lucimiento por parte de los toreros; no obstante, logró hacerse ovacionar en su primer toro.

De la corrida del Montepío de Toreros todos presenciámos aquel momento en que *Catalino*, caído del caballo ante la cara del toro, sin defensa alguna, aguardaba el golpe de gracia. Juan, entrando con decisión al quite, se llevó el toro admirablemente torreado, acabando con un recorte magno; o aquel otro instante en que el trianero, mandando con la muleta en la izquierda y cruzando admirablemente, metió una gran estocada que hirió de muerte al toro; el ganado de Contreras de esta corrida, así como el de Tabernero y José García, ¡vaya saldo!, fué manso.

En la corrida de Beneficencia, que se lidiaron también Contreras, que por cierto salieron mansos como de costumbre, hizo Juan cuanto pudo por agradar al público; en su segundo toro, que cabeceaba mucho, no pudo hacer nada; en el primero, que lidió no obstante ser un toro muy quedado, después de estar muy bien en los quites le muleteó cerca y valiente; al darle un pase de pecho el toro se le queda, y el diestro lo repite; varios pases, entre ellos un ayudado y otro de pecho, y luego media estocada, que dió con el toro en tierra.

El día 7 de julio volvió a torear aquí en la despedida de *Cocherito*, al que envió un adiós cariñoso desde estos renglones. Juan quiso corresponder a la solemnidad del día; en sus dos toros estuvo bien; las faenas de muleta que les hizo a los dos bichos, feos y mansurriones, que le correspondieron en el sorteo; en la que realizó en su segundo llegó el diestro en un adorno a poner la mano en el testuz del animal; mató con brevedad y con su peculiar estilo, por todo lo cual fué calurosamente ovacionado.

En la temporada de septiembre, Juan, precedido de los grandes éxitos logrados en el Norte, ha venido dispuesto a confirmarlos, y en la corrida de la alternativa de *Valencia I* lo consiguió por las faenas valientes y ceñidas que hizo a sus dos toros, sobre todo la realizada en su primero, al que dió un pase natural muy bueno, varios molinetes y dos o tres pases de rodillas buenos de verdad después de dar un pinchazo; en medio de una ovación sigue la faena, dando pases ceñidísimos, y después de un pinchazo deja una entera; a su segundo hizo una faena valiente; al dar un molinete muy ceñido es volteado el diestro; se levanta, y sin mirarse repite la suerte de una manera escalofriante (gran ovación). Juan se arrodilla de espaldas al toro; después, a la hora de matar entra decidido para dejar un pinchazo y después una estocada un poco tendida que le vale una ovación entusiasta por parte del público. ¡Así ha sido despedido este año Belmonte de Madrid con todos los honores del triunfo!

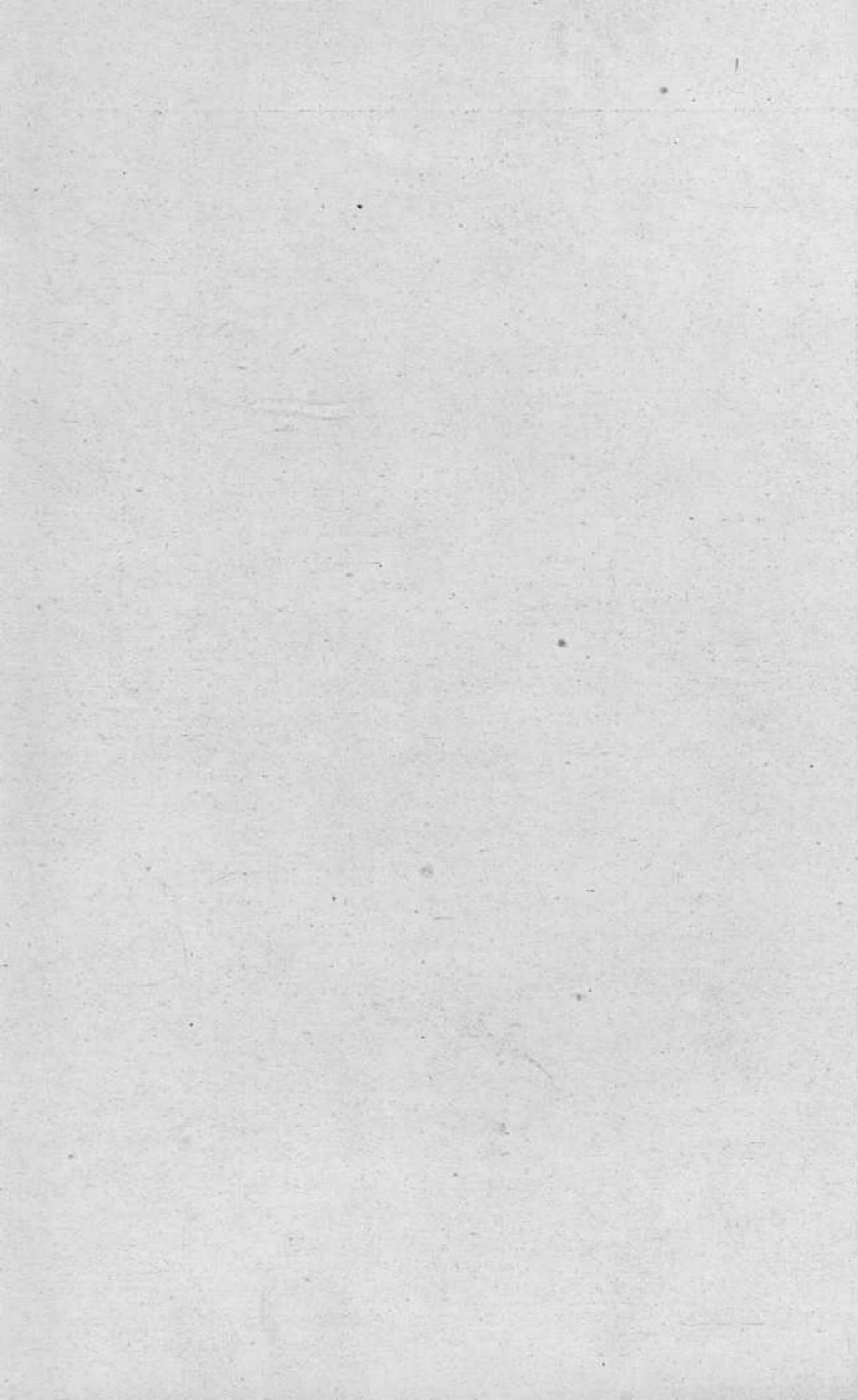
No quiero terminar estos renglones sin mencionar a ese coloso en banderillas que se llama *Magritas* y que, cuadrando como los valientes ante la cara de «Costurero», dejándole llegar y levantando luego los brazos, puso el par de banderillas mejor de la temporada.

SEVILLA



Fot. Alfonso.

Belmonte torcando de capa.



SEVILLA

La Catedral, grandioso monumento en el que se encuentran reunidas la arquitectura ojival, la arábica, la grecorromana y la plateresca; cual preciada reliquia se contempla con admiración por las gentes que de todos los países vienen en busca de sensaciones de arte; es la vieja Catedral, a los ojos del turista, antiguo cronicón que recuerda tiempos de guerras y conquistas; construyóse en el emplazamiento de la Mezquita Aljama, que mandaron edificar los emires abbaditas y reedificó Jacob-ben-Insuf-Al-Manzor, al cual se debe la Giralda, la torre más famosa de España, orgullo de nuestra riqueza monumental. El templo en su exterior se encuentra aislado y rodeado de una hermosa lonja adornada por columnas,

unidas, en algunos lugares por cadenas; en la fachada principal que da a la calle del Gran Capitán se encuentra la puerta principal; contigua a ésta se hallan la del baptisterio y la de San Miguel; ambas contienen en sus hornacinas bellas esculturas; en la parte noroeste la llamada del perdón, que da paso al patio de los naranjos, en cuyo centro hay una fuente que tiene una interesante taza visigoda; las hojas de esta puerta se componen de planchas de bronce con dibujo mudéjar y sus llamadores están cubiertos de delicadas labores de elegante traza; las rejas de la capilla mayor, así como los púlpitos, de estilo plateresco, llaman la atención por su manera de ejecución; de igual modo sus vidrieras de brillantes colores y valentía en el dibujo, el retablo mayor, el coro con su soberbia colección de libros, sus magníficos órganos; la capilla real, en donde se admira una hermosa urna de plata que encierra el cuerpo de Fernando III el Santo y una escultura en marfil de la Virgen llamada de las Batallas, que, según cuenta la tradición, llevaba el Rey en el arzón de la silla de su caballo; la custodia es obra de las más hermosas en su género; la sacristía de los cálices, en donde está el crucifijo de Martínez Montañés y en donde hay también obras de Murillo, del divino Morales, de Alonso Cano,

del Greco, de Van-Dyck, de Goya, un museo de mágico ensueño y mística evocación que causa maravilla.

Rodean a la Catedral edificios notables. La Casa-Lonja, edificada por Juan de Herrera, autor del Monasterio y Palacio de El Escorial; El Palacio Arzobispal y el Alcázar con sus gruesos muros y sus airosas galerías sostenidas por columnas de jaspe, en cuyo fondo parece sentirse el rechinar de una puerta secreta que se abre para dar paso a la radiante hermosura de la famosa cortesana D.^a María de Padilla, y a poco el Rey D. Pedro, en cuyos oídos aún suenan los lamentos de los inmolados por sus crueldades. Es el Palacio del Rey D. Pedro una de las joyas artísticas de Sevilla, en donde se admira el Patio de las Doncellas, el de las Muñecas, el Salón de Embajadores, el más suntuoso del Alcázar, la escalera del siglo xvi y sus jardines, de gran originalidad y sumamente interesantes, que conservan el sello de antigüedad.

De hermosa construcción es la Casa de Pilatos, mezcla de tres estilos unidos: el cristiano, el musulmán y el plateresco; el Palacio de las Dueñas, del siglo xv, que en la actualidad es propiedad del Duque de Alba; La Torre del Oro, la de San Marcos, la Puerta del Monasterio de Santa Paula,

La Cartuja, en las cercanías de la ciudad, fundada por el Arzobispo D. Gonzalo de Mena, hoy convertida en fábrica de cerámica; San Isidro del Campo en el camino de Santiponce, y pasado este pueblo la que fué en otros tiempos ciudad grande y populosa, rica y aristocrática, itálica, de cuyo esplendor sólo resta hoy el Anfiteatro y las Termas.

Junto al Alcázar el barrio de Santa Cruz, formado por pasadizos y típicas calles, que conservan en toda su pureza el carácter local. El barrio de la Macarena con sus murallas romanas, su renombrada Puerta y la iglesia de San Gil, donde se venera la Virgen de la Macarena, ídolo de aquel barrio. Triana, ¡quién no ha oído hablar de este barriol, renace hoy, entre la alegría de sus mujeres y los claveles rojos de sus macetas, la industria cerámica.

Sevilla, tierra de la alegría y la gracia, se mira como mujer coqueta sobre el cristal de su río Guadalquivir, ese río que por ser navegable hasta la metrópoli andaluza es la base de su importancia, rodeado de bellísimos jardines ampliados en el parque de María Luisa, con magníficas Plazas de Toros, con su corta de Tablada, en donde se presencia el encierro de las corridas; teatros como el de San Fernando, en donde se celebran

funciones de Opera; con sus ferias tan renombradas, sus fiestas de Semana Santa, de muy antiguo famosas por sus lujosas cofradías y la riqueza de sus imágenes, cuajadas de joyas y cuyas efigies son obras de los mejores artistas; la calle de las Sierpes, animada de continuo; la Campana, la Puerta de Jerez, su puerto, la Venta de Eritaña, en donde corre a borbotones la manzanilla de Sanlúcar; su cielo, sus mujeres; así es la mágica ciudad del Guadalquivir, en donde se pasan las horas con el aire de sus coplas y sus risas, en tanto el amor, entre flores y caricias, pasea su silueta por la reja de una ventana.

* * *

Aún no se ha extinguido este año la última nota de esas saetas que en Semana Santa suenan por las calles de Serva la Baril como suspiros de un pueblo todo corazón, cuando al fervor de los días santos sucede la alegría y el bullicio de su feria de abril. Ya no se ven nazarenos envueltos en sus capuchones ni armados; unos y otros pasean indolentes por las calles, y no son túnicas ni cascós los que llevan en la cabeza, sino el clásico sombrero sevillano; el largo cortejo de las procesiones ya no atraviesa sus calles entre redobles de tambores y nubes de incienso; ha sido sustituido por las largas filas de coches que co-

ren hacia las casetas de la feria alborotando la calle al chocar de sus ruedas sobre el empedrado. Sólo para la sevillana de ojos negros, de mirar g tano, de labios de grana, que si alguna vez los tocó el pincel fué para pasarlos al lienzo, de cara de rosa, de cuerpo grácil y pelo negro sujeto por la peineta de concha; la mantilla de blancas blondas, cubriendo sus desnudos hombros, le sirve lo mismo para pasear por el real de la feria que para presenciar el paso de las cofradías; también a las muchas alegrías de los sevillanos en estos días, muchas de ellas producidas por el socorrido chato, hay que añadir la mayor, la que hace latirles el corazón con más fuerza y creerse que llevan dentro el que no un *Pepe-Hillo* un *Lagartijo*; son los toros los que producen estos efectos, que luego el noventa y nueve por ciento de las veces son otros tantos desengaños. No obstante, Sevilla ha merecido llevar el ombre de cuna d los toreros; realmente es la que ha prohijado mayor número d ellos, muchos de los cuales llegaron a ser en el toreo grandes figuras. *Reverte*, valiente entre los más; *Algabeño I*, el de las grandes estocadas; *Fuentes*, el torero elegante; *Bombita*, el diestro de Tomares, el torero del arte, y otros muchos; por último, *Joselito* y *Belmonte*, los am s del cotarro taurino, también vieron sus ojos la primera luz en este pedazo de tierra española.

Después de un año de ausencia y habiendo cerrado la temporada última, que toreó en aquella plaza con un gran éxito, el torero de Triana vuelve a aparecer entre los suyos en las corridas de feria en la Maestranza, ante la expectación de sus paisanos, ansioso de palmas; ¿las consiguió? ¡Sí! Puesto que les ha hecho ver a sus paisanos, tanto en los soberanos pases de muléta como en las admirables verónicas administradas a sus toros, que era el mismo de siem-

pre, el torero de Triana, ¡el primero entre todos! Durante la feria de abril ha lidiado toros de Santa Coloma, Murubes y Miuras, alternando con *Gaona*, *Saleri II*, *Pacorro*, *Belmontito*. Merece especial mención, como tipo de presentación y ganado de empuje, la corrida que mandaron los herederos de don Eduardo Miura el 27 de abril: con la Plaza atestada de gente y bellas mujeres ocupando las delanteras de grada hacen el paseo las cuadrillas; al frente de ellas viene Belmonte, que hace su reaparición aquí por primera vez; una ovación imponente acoge su presencia, y el diestro, montera en mano, sale al centro de la Plaza para saludar. Y a partir de aquí empiezan sus éxitos en la ciudad del Betis, ya con las seis verónicas sin mover los pies, prodigio de temple y suavidad con que recogió a su primer toro, un bicho de arrobas, como la media verónica con que remató su labor, digna de ser trasladada por el lapiz de Ricardo Marín a uno de esos dibujos que él tan bien sabe hacer, en que hombre y fiera se confunden en un todo artístico; después, al mismo bicho que había veroniqueado con tan gran estilo, le hizo una faena de muleta de pases naturales ligados con pases de pecho, que alternaban con los desplantes, valor temerario y los ayudados; el Santa Coloma le roza con los pitones los alamares de la chaquetilla, siendo muy aplaudido, no obstante estar desgraciado al matar. El día de los Miuras, al toro que se llevó por delante a *Morenito* y lanzó al aire a *Catalino* (su peso era 416 kilogramos), lo toreó cerca, valiente de verdad, y lo pasaportó con brevedad.

Pero el éxito grande de Juan, la corrida donde se dejó admirar con los esplendores de todo su arte fué en la celebrada el 29 de abril, en su cuarto toro, al que veroniqueó con su clásico estilo, haciéndole luego una gran faena de muleta, dando pases de pe-

cho altos y ayudados de verdadera emoción para administrarle después una estocada entrando al volapié neto, provocando una gran ovación y la concesión de la oreja; en el otro Murube, no obstante haberle dado un susto, también le hizo una faena valentísima, escuchando muchas palmas.

En la corrida que toreó con el *Gallo* también consiguió triunfar, cortando las dos orejas del segundo toro que mató. En la corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa Juan tuvo una buena tarde, haciendo que sus paisanos, cansados de tanto aplaudir, enronqueciesen echándole bendiciones; fué la causa de ello una faena de pases instrumentados con arte y elegancia y para remate una estocada de las suyas; faena bonita, adornada, de torero artista y de lidiador enterado y estocada de matador limpia, administrada de modo irrefutable.

En la feria de San Miguel no perdió Juan su cartel; basta con que analicemos su labor para darnos perfecta cuenta de ello. En la corrida que toreó el 27, en que le dió la alternativa a *Chicuelo*, estuvo muy valiente; todavía estábamos bajo la desagradable impresión del aviso que sonó en honor de *Chicuelo* cuando pisó la arena el tercer Santa Coloma; entonces Belmonte se queda solo ante la cara del bicho, mueve el capote, le cita, y el bicho, que acepta el reto, es recogido en los vuelos del capotillo mágico que mandado por el torero pone en aquellos lances a la verónica un supremo arte y en los espectadores la emoción y el entusiasmo propio de la fiesta; después, Juan, como un novillero ansioso de conquistar aplausos, entra en los quites con decisión, haciendo apretar a *Chicuelo* y su hermano, y otra vez admiramos su clásico estilo de torero; algo grande íbamos a ver; la plaza entera lo presentia; aquella era la tarde de Belmonte, y cuando el trianero

sale a entendérselas con aquel bicho noble, bravo e intenta darle el primer pase natural, se le queda en la suerte: ¡el animal había perdido la vista! A partir de aquí la faena es rabiosa, valiente; el toro humilla y no deja pasar, y Juan, a fuerza de valentía, logra mandarlo a los carniceros; a su segundo, un bicharraco tardo y que en cuanto que podía tiraba sus cornaditas, le toreó muy valiente, exponiéndose a cada instante a recibir un hachazo; un pinchazo bueno y después, al entrar el diestro a matar, queda el estoque atravesado debido a un extraño del bicho; fué comentadísima la valentía de que durante toda la tarde hizo alarde.

Pero Belmonte no podía dejar pasar la feria sin destapar el arcón de las grandes solemnidades y volcarlo en medio del ruedo de la vieja y simpática Plaza de la Maestranza, y he aquí, paciente lector, que el 30 de septiembre nos encontramos en la susodicha Plaza en la que Rafael *el Gallo*, Belmonte y *Chicuelo*, recién alternativado, van a contender con seis Albaserradas... Ya han hecho el paseo las cuadrillas; allá junto a las tablas están los matadores; en la cara inteligente y demacrada de Rafael vemos al torero bohemio, *Chicuelo*, la incógnita a despejar en siete meses, y Belmonte, ¿qué le pasa a Juan? ¡Yo desde mi asiento le encuentro algo! Mas ya sacó el presidente el pañuelo y desde atrás gritan: ¡a sentarse! Interrumpo, pues, mi examen y ocupo mi sitio. Imagínate, lector, unos lances de capa inenarrables, enormes, una serie de pases de muleta en los que el natural y el de pecho fueron los preferidos, un molinete ceñidísimo, dos pinchazos, más pases entre los pitones, media estocada buena y un descabello: esta fué la labor de Juan en su primer toro; en el segundo que le correspondió lidiar, a pesar de estar agotado el toro por exceso de castigo, hizo la faena de

la temporada; el toro tardeaba mucho al embestir; el diestro de Triana, obligando con el cuerpo, metiéndose en el terreno del toro, con la muleta en la mano izquierda, toreó para él sólo, como al día siguiente escribía el notable escritor taurino G. Corrochano en el *A B C*: «Aquellos pases de pecho llenos de emoción, aquellos mantazos por a'to de elegantes líneas, aquel natural que hizo estallar la atronadora ovación y luego una estocada de esas que este torero sabe dar, y el toro que se desploma y es arrastrado sin orejas, que se quedan en la plaza entre las manos de Juan, que es obsequiado con una ovación de las más grandes que se le han tributado. Unas verónicas enormes y un farol dados a este toro y dos quites prodigio de dominio y temeridad fueron la introducción de lo narrado últimamente; en esta corrida no se cumplió la tradición que dice que los jóvenes doctores hacen apretar a los viejos: esta tarde aquí ha ocurrido lo contrario. ¡Tan sólo una cosa no le perdono a Juan de esa corridal! ¿Por qué te arri-maste tanto? ¿No habrá tenido parte de culpa en la cogida de *Chicuelo*? Ya se acabó la corrida; en hombros sale Belmonte de la Plaza de la Maestranza, como cien veces le vi salir de otras tantas; los últimos resplandores del sol arrancan vivos destellos de los alamares de su traje de plata. ¡Caramba!, ahora me doy cuenta de lo que yo extrañaba de Juan. ¡Era el traje de plata!

VALENCIA

...llamada por ser de tránsito para la Basilea y por haber en ella muchas tiendas de este tipo principal era por aquel entonces la aristocracia de Capatzen y la llamada de la Mar, que hoy han quedado en exacto término con el término de las murallas, marcado por los años de 1807. Empezó una era de engrandecimiento que no ha sufrido interrupción y del mismo modo que se

VALENCIA

...a la par las costumbres evolucionaron de una manera completa. La calle de las Flores, la de la Paz, de Coban, de Alfredo Calles, la gran vía del Mercado del Turia, el ensanche de la calle de San Vicente, la hermosa transformación del

Jardín de flores llaman a la ciudad del Turia, una de las más bellas poblaciones de nuestra España, que posee el doble encanto de sus perfumes y de sus mujeres, espléndidas, ardientes, que pudieran llamarse Sobeya, Zaida, Lindaraja..., con sus ojos negros, grandes, profundos, insondables, estáticos, su tez morena, gracia en su cuerpo y bondad en el alma.

Hasta mediados del siglo pasado conservó Valencia sus angostas y tortuosas callejas, que recordaban la dominación de los moros; las vías extremas eran tan poco transitadas que en algunas crecía la yerba; la de Zaragoza era la más

animada por ser de tránsito para la Basílica y por haber en ella muchas tiendas; la calle más principal era por aquel entonces la aristocrática de Caballeros y la llamada de la Mar, que hoy han quedado en segundo término; con el derribo de las murallas, acaecido por los años de 1865, empezó una era de engrandecimiento que no ha sufrido interrupción, y del mismo modo que se abrieron amplias y anchurosas vías, así también a la par las costumbres evolucionaron de una manera completa. La calle de las Barcas, la de la Paz, de Colón, de Alfredo Calderón, la gran vía del Marqués del Turia, el ensanche de la calle de San Vicente, la hermosa transformación del antiguo barrio de Pescadores, la apertura del camino del Grao que conduce al puerto, anchas avenidas cruzadas por líneas de tranvías embellecidas con jardines, y las obras del grandioso puerto, han dado a la población aspecto de gran ciudad.

De la Catedral, lo interesante son las pinturas; allí hay lienzos de Ribera, Goya y Juanes. En el cuadro *El condenado* pintó Goya la figura del pecador completamente desnuda, y se cuenta que esto dió lugar a una pugna entre el artista, los clérigos y otras personas devotas, accediendo, tras reiteradas instancias, a cubrir parte de su

cuerpo con un velo; el divino Miguel Angel, en un caso algo parecido, no se contentó con añadir la gasa en las pinturas del techo de la capilla Sixtina, sino que colocó unas grandes orejas de burro en la cabeza de uno de los condenados, fiel retrato del cardenal que aconsejó al Papa se cubrieran los desnudos, y al verse su eminencia en el infierno, corrió al Papa, lleno de terror, para que el pintor borrara su retrato; el Pontífice, hombre, sin duda, de buen humor, dicen que le contestó: «Lo siento, hijo, pero mi poder no alcanza a tanto; si te hubiera puesto en el purgatorio, otra cosa sería.»

Valencia debe su poder a la riqueza de sus campos; el sistema de riegos es notable, así como el Tribunal de las Aguas, institución que se conserva al paso de los años; se constituye el Tribunal de las Aguas en la puerta de la Catedral llamada de los Apóstoles; el vino y el aceite representa un renglón importante en su agricultura, así como sus campos de arroz; en cuanto a la naranja, es exportada a medio mundo. Con respecto a su industria, la de cerámica, el principal centro de producción es Manises, aunque hay también en Paterna. Siempre han tenido fama los azulejos valencianos sobre los trabajados en Cataluña, cuyo procedimiento es mecáni-

co; su fama extendióse por doquier, y documentos antiguos demuestran que se importaban a Italia, existiendo en Nápoles y Venecia restos de pavimentos en iglesias y palacios; el monumento más notable de España que ostenta azulejos valencianos del siglo xv está en Toledo, y es la magnífica cúpula del convento de la Concepción; en algunas poblaciones aragonesas se conservan aún edificios que en su ornamentación lucen el azulejo valenciano; y en Cataluña, en distintas localidades se ha podido recoger un considerable número de estos bellos ejemplares. Otra industria que ha llegado a adquirir una importancia extraordinaria es la fabricación de abanicos, que envía a los mercados de América, Suiza, Inglaterra, Francia y Alemania.

Merecen visitarse la Lonja de la Seda, los Astilleros emplazados en la prolongación de la futura dársena, el Museo Paleontológico con su magnífica colección de esqueletos de animales antidiluvianos, el Museo de Bellas Artes, el Salón de Cortes en el edificio que ocupa actualmente la Audiencia, y la Albufera, la famosa laguna valenciana.

Valencia no da al pronto la impresión de ciudad marítima como otras, y es que en ella hay dos ciudades, una burguesa, que despierta en

medio de la huerta, y otra mercantil, que se levanta en los alrededores del muelle; entre las dos se extiende el camino del Grao.

* * *

Pocas ciudades de España existen donde esté tan desarrollada la afición a los toros como en Valencia, Para el valenciano son las corridas el entretenimiento mayor; de ahí que en sus ferias no falte nunca este espectáculo; y es que en Valencia, la ciudad romántica del Mediterráneo, perfumada por la fragancia de sus rosas de terciopelo y de sus jazmines de color de nieve, sobre la cual se extiende el azul brillante de su cielo y cuyas plantas bañan tejiendo caprichosos encajes al chocar contra los acantilados de su costa, las aguas del mar latino, se conserva aún con toda su pureza el carácter moro, amante de las emociones, de los espectáculos varoniles, en los que se da la impresión del valor y del arte; de ahí su afición a la fiesta española. Valencia, pródiga en dar al mundo artistas, dió escasos toreros, si bien le cabe la suerte de haber sido en su circo taurino donde Belmonte dió su primer tarde grande, donde se reveló con todos los esplendores de su arte; desde aquella corrida se empezó a hablar del nuevo fenómeno y le llovieron las contratas, se acabaron los apuros que para llegar hasta las alturas tuvo que pasar. ¡Cuánto cariño debe tener Juan a esta Plaza! Durante la temporada no se escapa alguna corrida sin que les recuerde a los valencianos lo que hizo en aquella célebre novillada sin picadores ante miles de atónitos ojos. Este año Bel-

monte ha toreado aquí varias corridas, y como la enumeración de todas sería pesada y larga de contar, narraré las más importantes.

Con *Joselito* y toros de Concha y Sierra reaparece en esta Plaza después de una ausencia de un año que anduvo perdido por las tierras del otro lado del Atlántico; verónicas de las suyas valientes de verdad y de gran estilo, un quite de peligro que le valió una ovación y una serie de muletazos decididos fué cuanto en esta corrida mostró Juan de su toreo; con el estoque pinchó varias veces, debido a la flojedad de la mano derecha, de la que estaba resentido.

Como en Madrid las de San Isidro, en San Sebastián las de la semana grande y en Sevilla las de la feria, aquí también tienen fama las suyas, que siempre las torear los ases de la baraja taurina, Juan ha tenido una buena feria, sobre todo en las corridas del 26 y 29 de julio: en el segundo toro que le tocó en suerte el 26 hizo una gran faena toreando con su buen estilo, prodigando el pase de pecho y el muletazo de rodillas y dando una de esas estocadas que por sí solas acreditan a un matador, que fué premiada con la oreja; en la corrida de los Miuras consiguió entusiasmar a cuantos presenciaron la imborrable faena que quedará grabada en la memoria de los buenos aficionados que presenciaron aquella corrida en que las ovaciones tributadas al diestro de Triana adquirieron el máximo de entusiasmo. Y se abrieron las puertas del chiquero para dar paso al quinto toro, con dos velas muy hermosas y con todo el tipo de la noble y boyante vacada de Miura; bien pronto el público se convenció que con aquel bicho sería imposible hacer nada; se colaba por el lado derecho, y estirando la gaita con esa forma tan característica de hacerlo que tienen los toros de ésta ganadería dió en pocos momentos varios sustos; ¿qué iba a hacer aquí

Belmonte? es la pregunta que todo el mundo se hacía, Nada; a ese animal es imposible torearle, se contestaba el público; y el diestro, después de requerir muleta y espada, salió a los tercios y solo ante el toro, metiéndose en el terreno de los hachazos con un desprecio soberano de la vida, castigándole con la muleta y haciéndole doblar empezó a dominarlo; luego da varios pases de su gran repertorio; el público, electrizado, estalla en una ovación; Juan se arrodilla de espaldas al toro, un momento de suprema ansiedad se apodera de todos, el ambiente luctuoso de la tragedia flota en la plaza; ¡allí está Belmonte! citando al toro y buscando una cornada como un novillero hambriento de palmas, y allí acabó pasando lo que tenía que pasar: el toro, convencido de que en aquella lucha no podía vencer, se entregó, y el que empezó siendo Miura acabó más inocente que un joven Saltillo o Parladé de los que con frecuencia disfrutamos; después de esta faena vino otra segunda. Juan, después de haber dado un pinchazo un poco delante por habersele echado el toro encima y no haber tenido tiempo de pasarse sin herir, se vuelve a perfilar, y echándose encima del toro sin preocuparse más que de poner el estoque en su sitio, atizó una estocada monumental; el toro vaciló un momento para caer al instante muerto sin puntilla; la ovación, que durante toda la faena no se había dejado de escuchar, adquirió proporciones enormes y entusiásticas, que aun cuando se calmaban volvían al poco rato a reproducirse con más entusiasmo, si cabe...; aquella noche el tema de todas las conversaciones en los cafés, en los teatros, en todas partes, fué la faena de Belmonte; todos coincidían en la magnitud de lo realizado por Juan aquella tarde en la Plaza de Toros, y quién sabe si alguna valenciana de esas de cara de gitana, de cuerpo de reina y de

mirar soñador pensase en el torero que por la tarde vió jugándose la vida.

El 5 de octubre, en que se dió la última corrida de la temporada, Belmonte muleteó a su primer bicho de Gregorio Campos, que estaba muy quedado, con brevedad; después, entrando con buen estilo, deja una estocada en lo alto; a su segundo toro le da unas verónicas que levantan una granizada de aplausos; en los quites está oportuno y torero; una vez en posesión de la muleta, vemos una serie de pases «marca Belmonte», entre ellos dos ayudados, molinetes y de pecho, que hacen estallar la ovación; un pase de pecho es brutal; luego, perfilándose en corto y por derecho, dando una lección práctica de la forma de matar toros, da una estocada de efecto fulminante, de la que se desploma el toro; una gran ovación, seguida de la concesión de la oreja del bicho, es el premio a su labor; no quedó Juan mal con los valencianos, quiso mostrarles que era el mismo torero que cuando novillero los entusiasmaba, y lo consiguió, dejándoles el recuerdo de sus grandes tardes y el deseo de volverle a ver pronto.

BARCELONA

BARCELONA

La Manchester de España. Grandes sacudidas ha sufrido esta población; parece como si fuera inherente a su existencia y desarrollo una imprescindible ley orgánica de nerviosidad que presidiera toda su vida e hiciera saltar con frecuencia en rápidas convulsiones todo su sistema, produciendo esas alternativas, esos flujos y reflujos propios de la marea de su carácter, hasta verla convertida en la grandiosa ciudad de hoy, la más industrial de España.

En lo que al ramo de industria se refiere se caracteriza por la variedad; hay infinidad de pequeños talleres, y en cuanto a los grandes establecimientos, que son muchos, sobresalen La España Industrial, importante fábrica que produce

hilados, tejidos, estampados y panas de algodón; la mueven 1.425 caballos de fuerza hidroeléctrica; su producción anual llega, en estampados, a la cifra de 250.000 piezas de 80 metros, y en panas llega a la cantidad de 70.000 cajas al año; la Maquinista Terrestre y Marítima, que se dedica a la construcción de obras en hierro y da trabajo a 1.400 obreros, y La Hispano-Suiza, de todos conocida por su fabricación de automóviles y motores para la aviación.

Su puerto, el más importante de la Península y uno de los primeros del Mediterráneo, es la obra de unos hombres de energía y voluntad que lograron ganar al mar inmensas superficies, reuniendo con ellas los medios de defensa para el abrigo y estancia de las naves y comodidad para la carga y descarga de mercancías; causa admiración ver desde una altura de Montjuich cómo avanza en el mar el dique de abrigo, que tiene cerca de tres kilómetros, los grandes tinglados que bordean el mar en sus muelles, el dique flotante, el edificio instalado para almacenes generales de Comercio y las vías férreas, que se extienden como arterias, llevando a la ciudad condal para distribuir las a las industrias el tráfico de su puerto.

La Catedral, obra arquitectónica del siglo XVI,

constituye uno de los monumentos más interesantes del arte gótico en España, sobresaliendo en la fachada sus notabilísimas gárgolas; obra de tiempos de Ramón Berenguer *el viejo*, en ella se celebraron gran número de concilios provinciales, capítulos de la Orden de San Jorge de Alfama, capítulo de la Orden del Toisón de Oro, primero y único de los celebrados en la Península y juramento de monarcas; gran número de artistas intervinieron en los trabajos de esta basilica, sobresaliendo por sus concepciones Vallmitjana, Bermejo y Roig; la sillería del coro, verdadera obra de mérito, consta de ciento nueve sitials, estando decorados los respaldos con los escudos de los caballeros del Toisón de Oro; en su sacristía se conservan ornamentos sagrados, así como alhajas de gran mérito artístico, y en verjas y vidrieras posee una fortuna. Después de la Catedral, la iglesia de Santa María del Mar es el mejor templo; se construyó al empezar el siglo XIV, y su fachada es de estilo gótico, estando dividida interiormente en tres naves.

Barcelona, como todas las grandes capitales de Europa, cuenta con grandiosos monumentos, se destacan entre todos, el levantado a Colón, próximo al embarcadero de la Puerta de la Paz y a la Aduana; el Arco del Triunfo, en el paseo

de San Juan, donde se levanta majestuoso el Palacio de Justicia; el del Doctor Robert, en la plaza de la Universidad; el erigido en el salón de San Juan a Rius y Taulet y el dedicado a perpetuar la memoria de D. Juan Güell, fundador de una estirpe gloriosa; este apellido va unido a toda obra en todos los órdenes de vida de la ciudad, por eso el verdadero catalán se debía descubrir con emoción al nombrar esta ilustre familia.

Entre sus edificios, que los hay muy notables, se cuentan el Palacio de la Corona de Aragón; el del Ayuntamiento; la Casa del Arcediano, cuyo patio bajo, data del siglo xv; el Palacio de la Generalidad Catalana, hoy Diputación Provincial; el de la Música Catalana, que ostenta en su fachada un grupo escultórico de Blay; el del Conde de Güel, obra de Gaudí, el cual encierra, junto a joyas del arte antiguo como la célebre cabeza de Ampurias, cuadros de casi todos los pintores catalanes, y el gran teatro del Liceo, por donde desfilan los cantantes de más fama.

Las ramblas; cada una de ellas ofrece su especial fisonomía: la de *Canaleta*, siempre rebosando animación; la de los *Pájaros*, que con sus trinos la inundan de armoniosa sonoridad; la de las *Flores*, donde hay un mercado en donde se respira su aroma, y son tantos sus puestos, que

su perfume envuelve a la ciudad en aquellos contornos por donde transita el público bullanguero, lleno de grato placer en esas mañanas de sol, en que las rosas se abren para ofrendar la sangre de sus pétalos en el pecho de Colombina, la amada eterna de Pierrot, aquella que por las noches se la ve salir de un music-hall en la avenida del Paralelo—verdadero Montmartre barcelonés—, y cruzando en *auto* el aristocrático paseo de Gracia se encuentra al amanecer en las alturas del Tibidabo, donde regala su vista con la salida del sol y su espíritu hace un alto, con esa calma reflexiva, propia de la hora, en que el humo de las fábricas sube en espiral hasta el cielo, siendo el hilo conductor, allá en las alturas, de esa hermosa oración cotidiana del trabajo.

* * *

¡El pulmón del Regionalismo!, el corazón del Sindicalismo; aquí radican estas dos fuerzas que constantemente nos están soliviantando, tan pronto traducidas en los armoniosos acordes de *Els Segadors* o en las pianísimas notas de *La Internacional*; aquí las huelgas están a la orden del día, y así como cada población tiene su característica, una de las de esta

gran urbe son estos movimientos obreros; pero no se recuerda un solo caso de huelga de los empleados de la Plaza de Toros (que son unos cuantos). Basta de más digresiones sobre este tema, que tan sólo puede interesar a Sánchez de Toca y a su Mazo, y veamos lo que el diestro que nos ocupa hizo allí. Juan ha tenido este año los grandes éxitos toreando varias corridas en compañía de José Gómez, Sánchez Mejías, *Pacorro*, *Camará* y *Dominguín*, lidiando toros de Nandín, V. Martínez, Benjumea, Parladé, A. Flores y Santa Coloma; fué la primera corrida, celebrada el 9 de marzo, de poco lucimiento para Belmonte, debido a la excesiva mansedumbre del ganado; las faenas lucieron poco; tuvo que matar cuatro toros por haber sido cogido *Pacorro*; el 16, que toreó con *Gallito* y Sánchez Mejías, dió unas verónicas monumentales; el toro, que tiene mucho de incierto y no poco de quedado, es toreado por Belmonte a fuerza de valentía; sobresalen de la faena varios molinetes y dos pases de pecho forzados, acabando con el bicho de tres pinchazos y media estocada delantera; en su segundo, un toro huído, hace una faena breve para dejar una entera contraria; descabella a pulso y escucha aplausos.

Un gran lleno, capaz de poner la cara alegre al empresario más descontento, es la contestación que el público dió al cartel anunciado para el día 19 de marzo, en que *Joselito* y Belmonte se las iban a entender con seis toretes de Benjumea, y, según se dice por ahí, actualmente de *Joselito*; Belmonte en esta corrida a su primero, un manso, intenta recogerle inútilmente; el diestro, luchando contra la mansedumbre del buey, lo consigue dominar, propinándole varios pases de pecho y molinetes marca extrafina, que son premiados con una ovación; luego, perfilándose por derecho, mete una estocada caída; en el se-

gundo toro que le correspondió matar le dió dos o tres verónicas, que fueron premiadas con aplausos; después, encontrando al toro quedadote, acabó de una estocada caída y un poco delantera; y llegó el sexto toro; el pasmo de Triana decidió hacer algo que fuera sonado, algo que demostrara a los incrédulos lo equivocado de sus apreciaciones, y tomando por su cuenta al berrendo en castaño que salió por la puerta del chiquero le administró una serie de grandiosas verónicas prodigio de arte, dominio y valor; la Plaza entera prorrumpió en un clamor de entusiasmo mezcla de alegría y emoción; en el tercio de quites rivalizaron los amos del toreo: Juan, rematando uno con su clásica e inimitable media verónica, y no puedo por menos de hacer mención también, aunque sea salirme del asunto del libro, del quite abanicado por las afueras y rematado artísticamente hecho por José, y que hizo fundir en una sola las ovaciones tributadas a los dos colosos del toreo; después, una vez solo con el toro, Belmonte, se harta de torear de muleta, dando pases de todos estilos; allí hubo naturales, de pecho, en los que toro y torero se confundían en animado grupo, pases altos, molinetes, de rodillas; el público, entusiasmado, le parecía poco cuantas manifestaciones de agrado hacía para premiar aquella magna labor; luego se arrodilla de espaldas al toro, se levanta y sigue la faena con otra serie de pases naturales y molinetes; después, perfilándose divinamente, coloca una estocada de efecto fulminante, que hace rodar al toro sin puntilla; entonces el entusiasmo del público se desbordó, y después de una formidable ovación y haberle sido concedidas las dos orejas, es sacado en hombros de la Plaza. En esta corrida, hizo *Joselito* otra gran faena; hace mucho tiempo, que no se recuerdan dos análogas a éstas...; al salir de la

Plaza aún me acuerdo de vosotros, fervientes belmontistas; ¡cuánto siento no hayais estado todos congregados aquí esa tarde!... aún me parece ver en medio del ruedo un palo muy alto con un cartel al final que dice: *¡Aquí está D. Juan, para quien quiere algo de él!*

En la corrida celebrada a beneficio del Montepío de la Prensa diaria estuvo Juan muy bien, siéndole concedida la oreja del primer bicho que mató, como premio, no sólo a la enorme faena que hizo mérito entre los pitones, sino también a la media estocada que colocó entrando como mandan los cánones, y que hizo rodar al toro sin puntilla.

En la corrida a beneficio de Posadas toreó Juan al primero por pases altos y molinetes, intercalando algún que otro ayudado, marca extra; después de arrodillarse de espaldas al toro, coloca un pinchazo para dar luego una estocada superior, escuchando una sonora ovación; al segundo, le hace una faena valentísima, no obstante estar el toro muy avisado; luego coloca una estocada en tablas entrando de veras.

BILBAO

BILBAO

Una torre sobre un puente de dos arcos, y la lado izquierdo de la torre, encima del puente, dos lobos andantes, tiene por armas la villa de Bilbao, que D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya, fundó por privilegio que le fué dado a 15 de Junio del año 1300, en Valladolid. A principios del siglo xvi era tanta su preponderancia mercantil, que hubo de crearse el *Consulado* y *Casa de Contratación*; su comercio principalmente era en lanas y hierros, y la construcción de navíos crecía con rapidez; al perder España su poderío, su puerto vió disminuir grandemente el tráfico mercantil. Durante el siglo xvii en distintas ocasiones, escuadras extranjeras se aproximaron a sus aguas en línea de combate; esto fué

causa de que la población no pudiera desarrollar sus energías empezando a recobrar su importancia después de la paz de Ryswich, y favoreciéndole mucho el comercio con nuestras posesiones de América, hasta el extremo de que al finalizar el siglo XVIII, en su puerto anclaban anualmente unos 700 buques. Pasaron los años, en los que hubo sublevaciones, revueltas sofocadas, tropas invasoras, guerra civil; después de este período, uno de tranquilidad, trabajando, aprovechándole sin descanso, con esa constancia que caracteriza a sus moradores y que les ha hecho fuertes en el mercado del mundo.

Su población es hermosa; la parte antigua, en la ribera derecha del Nervión, tiene calles estrechas; en la margen izquierda del río se ha edificado el ensanche; al mirar a la ría, se comprende lo grande que ha de ser este pueblo: miles de embarcaciones descargan a diario sobre sus magníficos muelles, las mercancías llegadas de todas las partes del mundo, y es incesante el ruido de las sirenas que se despiden y las que nos dan su bienvenida. En el ensanche se ven calles que no tienen que envidiar a las de las mejores urbes; una de las principales es la gran vía de López de Haro, las alamedas de Urquijo y Mazarredo, el Paseo del Arenal en las proximidades del tea-

tro Arriaga y el Campo de Volantín, en donde se admira elegantes hoteles. Cinco son los puentes que atraviesan la ría: el de Achuri, situado en el barrio de su nombre; San Francisco, la Merced, de Isabel II, y el de San Agustín; el cual consta de dos tramos metálicos que giran por medio de motores, se abre y cierra fácilmente al paso de las embarcaciones y ofrece la curiosidad de ser propiedad particular, teniendo que pagar los transeuntes un pasaje de cinco céntimos por persona.

El edificio de la Diputación, el de la Sociedad Bilbaína, el Hospital civil y la Casa de Misericordia; el puente trasbordador Vizcaya, situado en la desembocadura de la ría, obra del ingeniero Palacios; el magnífico puerto exterior, construido bajo la dirección técnica del conde de Motrico; los Altos Hornos de Vizcaya; los Astilleros del Nervión; sus alrededores pintorescos y rodeados de soberbios palacios: Neguri, la ciudad-jardín, Algorta; la playa de las Arenas; Baracaldo, Sestao, Portugalete, graban en la frente del viajero la impresión firme de lo grande y majestuosa que es esta villa, de su poder y riqueza, del carácter emprendedor y laborioso de sus hijos. No sé qué sabio dijo, que el elixir de la vida era trabajo; pero sí oí que al pasar por Bilbao compró un frasco.

¡Bilbao!... la ciudad del hierro, el país de las grandes fábricas; también hasta aquí ha llegado el ruido de los toros; y aunque veáis al bilbaíno tan serio, preocupado de sus negocios, metido durante días y días entre el humo de las fábricas y en sus oficinas entre cientos de papeles hablando ese dialecto que a cualquier madrileño neto que lo oyera le parecería imposible aprenderlo, desconfiad de él: en época de toros no ve más que cuernos y muletas por todas partes y no está a gusto más que en la Plaza; y aun la invicta villa de Bilbao ha dado al mundo taurino algunos nombres de toreros: *Cocherito*, *Fortuna*, *Torquito*, *Ale*, todos ellos han nacido en esta provincia. Los naturales de estas tierras han presenciado las corridas más bonitas de la temporada; los ases de la tauromaquia se han mostrado allí este año en todo su esplendor; los dos toreros a los que no ha nacido todavía quien pueda retirarlos, han toreado allí a su sabor, a su gusto, haciendo grandes faenas; Belmonte aquí ha tenido muy buenas tardes, tanto el día de los Pablos Romeros toreando al primero que le correspondió en suerte, con gran valor, administrándole tres o cuatro pases de pecho brutales por la manera de aguantar, unos molinetes artísticos y un gran pase de rodillas, tumbándole de un buen pinchazo y una estocada un poco ida, no obstante entrar el diestro muy bien; y a su segundo, al que hizo una hermosa faena, sobresaliendo un magnífico pase de pecho llevando todo el tiempo la muleta en la mano izquierda y matándole de un pinchazo y una estocada delantera.

En la corrida de los Santa Coloma, en que alternó con *Cochero* y *Saleri II*, al segundo toro que le correspondió matar, un toro grande y de poder, le torea por verónicas; en los quites está bien y luego da al toro unos muletazos que entusiasman a

la multitud, dando dos naturales muy buenos; luego vienen dos o tres molinetes y después una estocada hasta los rubios, de la que el toro cae de cara al sol, y suena una ovación tributada al torero valiente y al matador estupendo.

Pero la tarde de Belmonte, la que nos hizo ver todas las excelsitudes de su toreo, fué la del 19 de Agosto: se corrían aquella tarde toros de Carmen de Federico: era un toro manso: Belmonte, muy decidido, se va a él, y valiente como él solo, empieza a muletarlo; el toro no pasa; entonces ordena que le trasladen el bicho a los medios, y allí, a fuerza de meterse entre los pitones, obligó al toro a tomar la muleta: dió tres pases de pecho de emoción, pues el toro derrotaba; en uno de ellos le enganchó suspendiéndole de los cuernos; el diestro, echando sangre de la cara de una cortadura que se hizo con el estoque, y sin preocuparse de ella, vuelve al toro, y entre muestras de entusiasmo del público, y alardes de temeridad, continuó toreando a su sabor; el toro cuadró y el diestro de Triana, montando la espada a la altura de la frente, dando el hombro izquierdo al toro y con la muleta pegada al muslo, se dispuso a dar un digno remate a aquella faena; después el toro que rueda, la multitud frenética que pide la oreja, que es concedida, el diestro que pasa a la entermería, en donde porfia con los médicos por querer salir al ruedo, consiguiéndolo al fin; y no fueron verónicas las que le propinó a su segundo toro, fueron lances en los que iba prendida el alma de un artista, y luego una media verónica, de las que hacen estremecerse, lo mismo a las damitas tocadas de blancas mantillas, que a los hombres cubiertos de boína; luego hizo una faena valiente con la izquierda, obligando al toro a pasar; dos pinchazos, una estocada delantera y un descabello, y el

diestro que pasa otra vez a la enfermería resentido de la cogida, pues había salido contra la opinión de los médicos.

También en el mes de Mayo toreó Belmonte una corrida en esta Plaza y otra en Marzo, en esta última, primera que toreó en Bilbao a su vuelta de América; dió una serie de verónicas estupendas en su primer toro; hizo una faena de muleta adornada y le pasaportó de media buena; a su segundo le hizo una faena valiente y lo mató también de media estocada, sufriendo un palotazo en el brazo derecho.

En la del 2 de Mayo, que se lidió ganado de Albarrada, fué una gran tarde para el trianero; a su primero le hizo una faena temeraria, dando pases de pecho, de rodillas y molinetes muy buenos; al salir tropicado de un pase, se vuelve de espaldas al toro; luego da una gran estocada; a su segundo dió dos pinchazos y una estocada delantera, y en el tercero hizo una faena enorme de valor, metido materialmente entre los pitones; y después de dar un gran pinchazo, colocó una estocada superior, saliendo en hombros de la gente del coso taurino.

¡Buena temporada les dió Belmonte a los bilbaínos! ¡Habrás visto ciudadanos de más suerte...!

ZARAGOZA

ZARAGOZA

La Pilarica; así llaman los maños a su Virgen, y es tal la admiración que por Ella sienten, que no se os ocurra poner en tela de juicio nada de lo que os cuenten de tan venerada imagen, pues corréis el riesgo de que el baturro descargue un puñetazo de su férrea mano sobre vuestra cabeza y la deje muy mal parada, sobre todo si el puño que la envía es del *Arrabal*. A propósito de esta admiración, me contaba un amigo, este verano en la terraza del Gran Casino, de San Sebastián, que en el último viaje que hizo de la Habana, en el barco que le condujo a España, sobre cubierta, un animado grupo de pasajeros, discutía sobre cuál imagen era más milagrosa; todos eran españoles; con ellos, estaba el capitán del barco, el

cual permanecía callado; saliendo a relucir las efigies más veneradas de nuestra patria, después de una larga enumeración en que nadie se ponía de acuerdo, una asturiana dijo:

—No cabe duda, que como la *Covadonga* no hay ninguna.

Entonces el capitán salió de su silencio, y metiendo su cuarto a espadas, replicó:

—Poco a poco, señora, que cuando la *Covadonga* vino al mundo, tenía ya canas la *Pilarica*.

La antigua Césaraugusta, como en otros tiempos fué llamada Zaragoza, está situada a la margen del Ebro, ese río tantas veces admirado en los versos de los poetas y descrito por mágicas plumas; la ocuparon los moros por los años de 716; fué restituída a la fe en el 1118; fué corte del famoso reino de Aragón, y en las guerras de sucesión sufrió rudos golpes, mereciendo el título de Inmortal por la heroica defensa que opuso al Ejército francés en el año memorable de 1808.

Se llega al templo del Pilar por la calle de Alfonso, una de las más ricas de la ciudad, y que por su animación en invierno, recuerda a nuestra Carrera de San Jerónimo; su gran tabernáculo es de orden corintio, tiene la figura elíptica, con tres ingresos por tres diferentes lados; la cúpula está pintada al fresco por Velázquez, y sus

materiales de construcción son hermosos mármoles y jaspes de Riela y Tortosa; la Virgen de bellas facciones y colorido obscuro, se encuentra debajo de un bonito dosel de plata, en fondo plomizo, cubierto de cristales y lleno todo él de brillantes. La verja que la separa del público es de gran valor artístico. En el panteón subterráneo yacen los restos mortales de varios arzobispos y el corazón de Don Juan de Austria; y la aérea torre de La Seo, verdadero tesoro, en donde, en su interior, luce la arquitectura diversos estilos, y cuyo templo, al correr de los siglos, fué enriqueciéndole el cariño de sus habitantes.

Tiene edificios notables, sobresaliendo el palacio Arzobispal, el de la Diputación, La Lonja y la Alfarería; sus plazas son anchas, siendo las más importantes las del Pilar y San Francisco; sus calles, por lo general, son tortuosas y angostas; posee buenos teatros, plazas de toros, hermosos paseos y magníficos Casinos.

Tiene esta ciudad, a la caída de la tarde, una serenidad y una dulzura embriagada por la poesía de su río, que hace alegre a sus mujeres y les pone en sus labios una sonrisa franca; por eso Zaragoza en el cielo azul de España ríe...

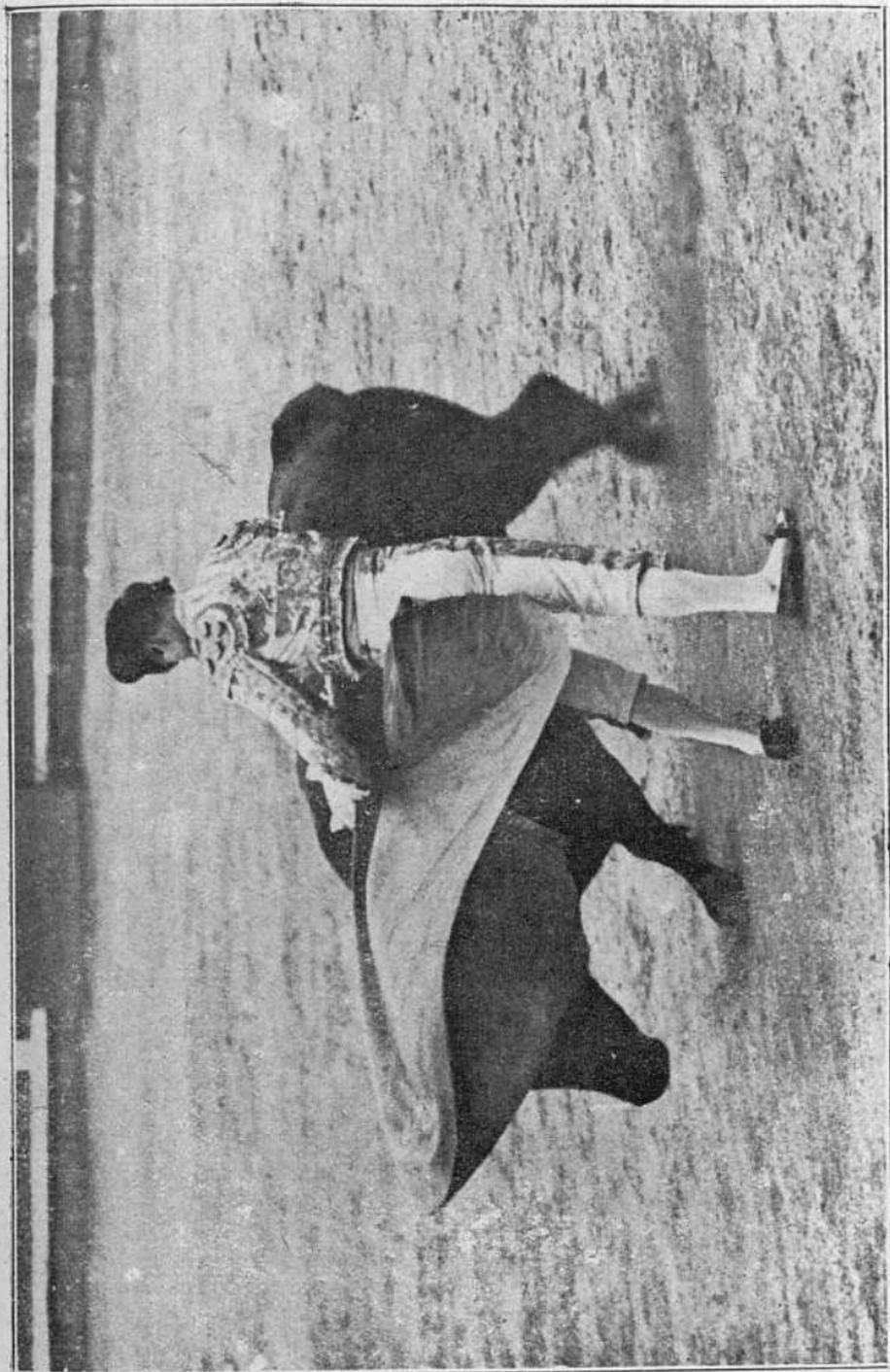
Esta bella ciudad también celebra sus fiestas, que no tienen nada que envidiar a las que en otros lugares se verifican; el carácter afable y simpático de sus naturales hace que el tiempo vivido en ella se haga corto. El aragonés, con sus tradiciones y arraigadas creencias, se nos presenta como el descendiente directo de aquellos hombres que en las galeras de «Andrés Doria» conquistaban tierras para su Patria y su Rey, y sus mujeres, que llevan en sus ojos todo el fuego de sus ilusiones y en el alma todo el sentir de la mujer española, son flores nacidas en el vergel aragonés. Zaragoza, al arreglar sus festejos, no se olvida de organizar sus corridas, así como tampoco de contratar a Belmonte. No deja de tener su poquito de historia esta plaza: en ella, Rafael Guerra, al darse cuenta que se encontraba en condiciones de inferioridad y amargado por la violenta actitud de aquel público, que había sido el que durante su vida torera le había aplaudido más, que le obligaron a dejar los palos que había cogido para banderillar, se cortó la coleta; también a este redondel se arrojó una tarde un espontáneo, que saltando las tapias de un asilo, logró penetrar hasta aquel lugar y entusiasmar a sus paisanos; aquel muchacho llegó a ser torero, y el que para muchos era una esperanza, dejó de serlo cuando el cuerno traidor de un Benjumea quitó la vida a Florentino Ballesteros. Belmonte ha satisfecho este año plenamente a la afición zaragozana, mostrándoseles como el torero grande que todos admiramos. El 18 de Mayo se celebró la primera de feria, lidiándose Guadalest, para Gallo, Gaona y Belmonte; en esta corrida, Juan, hizo una gran faena al segundo toro que le correspondió matar, al que dió dos naturales, que fueron coreados, seguidos de una serie de pases de pecho tan ceñidos, que parecía inevitable que el toro lo trope-

zase, y de ayudados de temple admirable; el toro le tropieza, y el diestro, encorajinado, le torea con la montera; el público, entusiasmado, no deja de aplaudir al diestro, que entra a matar para dejar una estocada certera; le es concedida la oreja del toro en medio de una salva de aplausos. La segunda de feria tuvo lugar el 19 de Mayo con una tarde espléndida y una gran entrada; se lidian toros de doña Carmen de Federico, y los matadores que acompañan a Juan, son Gaona y Belmonte II; a su primer animalito, después de lancearlo el diestro de Triana en dos tiempos, le muletea después completamente pegado a los costillares; después, da dos molinetes y un pinchazo; nuevo trasteo valiente para arrodillarse ante la cara del toro; se levanta, y entrando a matar, agarra una estocada certera; el bruto dobla y el diestro escucha una ovación; al otro lo tomó de capa con tranquilidad, propinándole unas buenas verónicas; con la muleta está a dos dedos de los pitones; al matar, el estoque queda bajo, y el diestro, rabioso, lo extrae; después da un pinchazo que hace doblar al toro; el público aplaude al matador la valentía.

En las corridas del Pilar no aminoraron sus éxitos. ¡Belmonte volvió a triunfar! En la de los Concha y Sierra toreó a su primer bicho desde cerca, administrándole varios pases de rodillas y molinetes de los suyos; luego entra a matar, para colocar una estocada delantera y repetir la suerte con otra en igual forma, de la que dobla el toro; en su segundo vimos al torero valiente, pródigo en alardes de temeridad; después de dar algunos pases de castigo, entre los que se destacan un pase forzado de pecho y un ayudado, el diestro se vuelve de espaldas al toro; con el pincho entra a matar tres veces. En la corrida de los Miuras (por cierto de excelente lámina y presentación), Juan, en el primero, que había

cogido a *Magritas*, infligiéndole una grave cornada, lo torea sin amilanarse; comienza después con la muleta, sujetando al toro, que busca tras el percal el cuerpo; está valiente y confiado; se le aplaude; pone fin al trasteo con un pinchazo y una estocada delantera, metiéndose de verdad; en el otro toro que le correspondió matar admiramos en Belmonte al torero de las grandes solemnidades; queden si no en prenda las cinco verónicas, prodigio de temple y suavidad, que le dió al torete; una vez con la muleta en la mano, le vemos cerca, y empapando, un pase natural, girando admirablemente, levanta una nube de aplausos; da un pase por alto estupendo, al que sigue un molinete escalofriante; arranca derecho a matar y deja media perpendicular; luego continúa la faena, coreada por el público; vuelve a entrar a matar y acaba de una estocada en los rubios, entrando con gran valor y dando con la mano en el pelo; estalla la ovación al diestro, que tiene que dar la vuelta al ruedo en medio de un clamor entusiástico... Poco rato después, Belmonte salía de Zaragoza en aeroplano; de esta forma, Juan acaba de implantar el servicio taurino-aéreo; merced a él, los toreros podrán ya contratar dos corridas en un mismo día, en la seguridad que con estos rápidos medios de comunicación no faltarán a sus compromisos. Ya verán ustedes cómo dentro de poco tiempo en el ruedo de Madrid, cuando estemos esperando que empiece la corrida, aterrizan a lo mejor Belmonte o *Foselito*, que vienen a torearla desde Sevilla.

PAMPLONA



Fot. Alfonso.

Una media verónica.

PAMPLONA

Tiene esta ciudad a los ojos de su patria, y camina y se agiganta en la vista del extranjero, unas notas que con ella sólo baste para llenar la vida de un pueblo y hacerle grande a la contemplación de los humanos, y quién sabe si allá en las alturas gozan hoy de aquellas melodías supremas que en la feria de San Fermín hicieran enmudecer de entusiasmo las fibras enérgica y suave, armoniosa y dulce de una mano que al posar sus dedos en su arco de violín lograba, con la suprema inspiración de mago ensueño, dar la clave del genio en las notas que pulsara. Sarasate, aquel artista que aún la muerte no ha logrado borrar su recuerdo, el espíritu de su armonía parece oírse todavía, allá en las lejanías, acompa-

ñándole con los trinos de su garganta aquel otro coloso de sublime voz, paisano suyo y hermano en la inmortalidad, que se llamó Gayarre.

Situada Pamplona en la falda de los Pirineos, es una de las primeras plazas fuertes de España, por lo que han intentado apoderarse de ella, tanto los pueblos que han invadido nuestro suelo como los naturales del mismo en las épocas de guerras civiles.

Sus casas, de construcción moderna, son buenas, y hay algunos edificios antiguos notables, como son el Palacio de los Reyes de Navarra, la Catedral, Casa Consistorial y la de Misericordia.

Sus alrededores son sumamente pintorescos, embellecidos muchos de ellos por notas salpicadas de un violín famoso, estrechado con cariño entre los brazos de un cantante célebre.

* * *

Esta ciudad, próxima al Pirineo, también celebra sus corridas, y hay en el encierro de ellas algo típico que les distingue de las del resto de nuestra nación. Es costumbre que el mismo día de la corrida se verifique el encierro; los toros entran en la población seguidos de los vaqueros en carrera desenfrenada y precedidos por los mozos del pueblo, que van co-

rriendo delante de ellos; como es natural, todas las puertas se cierran y la gente, regocijada, presencia desde los balcones los incidentes que suelen desarrollarse, poniendo en los semblantes, primero la risa al ver un hombre que tropieza y cae, luego el espanto al verle próximo el cuerno del toro, que le busca en el suelo. También suele soltarse después de las corridas, como final de fiesta, un novillo, que es lanceado; mejor dicho, mareado por los espontáneos que se arrojan a ello al ruedo, y que suelen ser bastantes. Con la fama que tienen las corridas de San Fermín, los toreros que las lidian y la hermosa plaza con que cuentan para celebrarlas, no es aventurado decir que el amante a nuestra fiesta nacional nunca deja de faltar a ellas. Cinco han sido las corridas que durante este año se han celebrado, y en todas ha toreado Belmonte. En la primera, que se lidió ganado de Vicente Martínez, dió Juan al primer toro que le correspondió matar cinco verónicas, de las que se destacan dos por su temple y elegancia; con la muleta tiende a cuadrar, para dar luego media atravesadilla y dos intentos de descabello; al torear a su segundo bicho le ovacionamos cuatro verónicas y un farol; con la muleta, hace una labor soberbia, destacándose tres pases de pecho y varios molinetes de gran emoción; luego, a la hora de la verdad, mete media estocada corta, buena, y después de dos intentos de descabello el toro muere, y el diestro oye aplausos.

En la segunda corrida escucha una gran ovación al torear metido entre los pitones y dando molinetes ceñidísimos a un toro grande y de poder; en el otro, de Cándido Díaz, que le correspondió matar, apareció el Belmonte de las grandes solemnidades, el torero que con los destellos de su arte sabe electrizar a las multitudes y hacer estallar los aplausos,

que por cierto en esa tarde debieron oirse en la tierra de María Santísima; y ello fué que Juan, después de hacernos una faena en que admiramos el pase de pecho administrado con gran valentía, el natural de exposición y el ayudado de castigo, perfilándose en corto y por derecho, con ese estilo irreprochable de matador con que no hace mucho tiempo se nos reveló, dió una enorme estocada, que tanto entusiasmó a los espectadores que, luego de aplaudirle con entusiasmo, lo sacaron en hombros de la plaza.

Durante la corrida de prueba, admiramos unas grandes verónicas del *fenómeno*; luego nos volvió a entusiasmar con un quite a la media verónica, liándose el toro a la cintura; después, una vez con la muleta, se dirige al bicho, que se arranca hacia él a la carrera: Juan, con los pies clavados en la arena, levanta paulatinamente los brazos, echa un poco atrás el cuerpo, y el toro, engañado por la mágica franela, pasa bajo ella rozando sus cuernos los dorados alamares de la chaquetilla del torero, y después unos pases de pecho, luego los molinetes, en que el torero gira ante la cara del bicho; sigue a esto el pase afarolado de adorno, ¡y despues...!, el delirio, la plaza que se viene abajo aplaudiéndole, y él que, impávido, con la sonrisa que le caracteriza, sigue toreando cada vez más cerca, más valiente y más confiado; un pinchazo enorme y una estocada corta, entrando a matar a toda ley, son el epílogo de tan gran faena, que es premiada con grandes aplausos.

El día 10 de Agosto toreó bichos de Concha y Sierra, en compañía de *Joselito* y *Dominguín*, y el 11 del mismo mes con ganado de Albasserada y los mismos diestros; merece mencionarse la presentación de los toros, que, a decir verdad, no pudo ser mejor; grandes, bravos y de lámina precio-

sa, causaron la admiración de cuantos presenciaron el festejo; poco podemos hablar de la actuación de Belmonte en esta corrida última que toreó; después de haber dado unas buenas verónicas y estar en los quites muy valiente, haciéndose ovacionar, al querer repetir un pase de pecho de gran exposición, es enganchado por el Albasserrada y volteado aparatadamente, pasando a la enfermería en brazos de las asistencias... Así acabó Belmonte en Pamplona, exponiendo su vida como el que más por contentar a la afición y dejando a los navarros el recuerdo de las grandes tardes que les dió.

CORDOBA

CORDOBA

La Mezquita, la más hermosa joya que del arte árabe subsiste en España—después de la Alhambra de Granada, según muchos; para nosotros no, pues parécenos su arte es más macho—, los mejores artistas musulmanes, con su saber, dieron cima a tan magnífica obra; las provincias contribuyeron con ricos presentes, Africa envió sus maderas preciosas, Asia los más lindos modelos de su arquitectura, y Abderramán I, su fundador, pudo lograr el deseo de ver realizado su ensueño de erigir, en medio de su nuevo Imperio, un templo magnífico que asombrara a los de Bagdad y Damasco.

Aunque varios fueron los reyes que cometieron la herejía artística de hacer reformas

para adaptarle a las necesidades del culto católico, no había sufrido la obra de los árabes una transformación radical, hasta que en tiempos del obispo D. Alfonso Manrique se proyectó levantar un crucero y capilla mayor; el pueblo de Córdoba protestó contra el proyecto por creer, con sobrada razón, que esta obra quitaría su especial carácter al templo musulmán, y el Cabildo, visto esto, recurrió al Rey, que en aquella época era Carlos I, el cual dió permiso para empezar las obras; el buen emperador reconoció la ligereza con que había obrado al dar el permiso, sin antes no haberse asesorado de personas competentes, en una visita que hizo a la ciudad; pues al observar por sí mismo las obras, cuentan que dijo a uno de los obispos que le acompañaban: «Yo no sabía que era esto, pues no hubiera permitido que se llegase a lo antiguo; porque hacéis lo que puede haber en otras partes, y habéis deshecho lo que era singular en el mundo». La obra primitiva de la Mezquita se componía de once naves cruzadas por otras once, un patio y el *mihrab*; pero Abderramán II mandó ampliarla, añadiéndose ochenta columnas; más tarde, en tiempo de Alhakem, resultaba pequeña para la población, y hubo necesidad de nueva ampliación.

La Mezquita-Catedral de Córdoba posee un tesoro de alhajas; de todas ellas la principal es la custodia, del siglo XVI, obra de Enrique de Arfe, y un Cristo en marfil de Alonso Cano.

Don Francisco Pí y Margall y D. Pedro de Mardrazo, en su obra titulada *Córdoba*, describen de una manera admirable el panorama de la población, visto desde la torre de la Catedral: «Al pie, un gigantesco templo; al frente, un caudaloso río, ya despojado de las frondosas alamedas de sus orillas; a la derecha, tristes reliquias de suntuosos alcázares derruidos; a la izquierda, una dilatada y heterogénea aglomeración de edificios de todas épocas, partidos en dos grandes secciones por una larga y anchurosa vía que marca las sinuosidades de una antigua muralla divisoria, en la que descuellan, a trechos, algunos torreones mutilados. Esta espaciosa vía es la calle de la Feria, arteria principal de la industria y el comercio de la antigua Córdoba. Entre este singular compuesto de todas edades, se divisan, en miserables callejas y en plazoletas de forma irregular, no pocas casas que por sus soberbias fachadas merecerían llamarse palacios, a no estar hoy la mayor parte desiertas; portadas elegantes, de estilo del Renacimiento, con esbeltas columnas estriadas y medallones de gran relieve;

graciosos ajimeces en paredones carcomidos, altas galerías aéreas, arcadas moriscas sobre edificios restaurados con bárbara simplicidad, sin una imposta, sin una faja, sin una moldura, con agujeros cuadrangulares por ventanas; casuchas miserables con magníficos fragmentos de jaspe y mármol, embutidos en sus sarrosos tapiales; allí un soberbio capitel corintio sirviendo de piedra angular; allí un hermoso fuste de granito haciendo de escalafón en un umbral; acullá una base de estatua romana puesta como sillar; y esto a cada paso, a cada esquina. Se ven dos grandes edificios: San Francisco y San Pablo, situados en línea, enfrente de la Ajerquía. Eran conventos poderosos. A la espalda se dilata, formando cien tortuosas callejas y callejones, la parte más alta de la ciudad; en ella había repartido la arábiga dominación setecientas mezquitas, con sus alminares; novecientas casas de baños, muchísimos mercados, bazares, zocos, talleres, pcsadas; pero de tan portentosa grandeza no existe hoy ni huella.»

Restos de tiempos antiguos son: el Alcázar, el Puente Romano sobre el río Guadalquivir, la Sinagoga en la calle de los Judíos, y que hoy se llama de Maimónides, en memoria de este sabio hebreo; fuera de la ciudad, las ruinas de la céle-

bre Medina Azahara, residencia de los califas; próximo a ésta el convento de San Jerónimo, y en la cúspide de la sierra las ermitas cantadas por el poeta cordobés Grilo.

Córdoba: pasaron por tus campos de belleza singular y por tus tierras de inagotable fertilidad romanos y árabes, legándote sus civilizaciones con tal generosidad, que ni aun los siglos que han pasado lograron borrar el arte, ciencia y literatura que con tanta esplendidez quisieron ennoblecerte, y en las almas de los de hoy, y en sus costumbres, se adivina el mágico influjo de aquellas épocas en que tú eras la Sultana.

* * *

Córdoba, la ciudad de abolengo árabe, la de las casas blancas como palomas, con patios que parecen jardines encantados, cuajados de macetas, de jacintos y claveles. ¡La tierra del *Guerra* y de *Machaco!*

La cuarta corrida, después de su vuelta de América, que ha toreado Juan, ha sido en esta población el día 2 de Marzo; al primer Nandín que le tocó matar lo lanceó con lucimiento; lo pasa luego confiado, con la muleta en la mano izquierda, y acaba con él de media estocada, sin puntilla, que es ovacionada; en su segundo se destaca de su hermosa

labor dos naturales, dos de pecho y un ayudado, que causaron entusiasmo; después propinó al toro media estocada, seguida de otra muy bien puesta, que fué suficiente para hacer rodar al animal y escuchar una ovación, seguida de la oreja del bicho.

En la feria, en las tres corridas que actuó, quedó muy bien en la corrida en que alternó con *Camará* y *Varelito*, que se lidiaron toros de F. Moreno; realizó en sus dos toros, especialmente en su segundo, una gran faena, con pases de todas las marcas, acabada con una soberbia estocada, que fué muy aplaudida.

En la corrida que lidió con su hermano y *Camará*, mató a su primer bicho de un pinchazo y una estocada corta, después de haberle toreado valiente y con mucho lucimiento; al cuarto lo pasó Juan, de muleta muy artísticamente, dando molinetes, de esos que tan sólo él, sabe administrar, y pases afarolados, acabando con el bicho de un pinchazo y media estocada estupenda; en medio de una ovación pasó el diestro a la enfermería, a curarse una cortadura que se hizo con el estoque.

En la tarde del 26, que se lidiaron toros de Velasco Zapata, Belmonte veroniquea a su primero con ese estilo único e inimitable que le caracteriza, escuchando una ovación; en quites, otra vez vuelve a estirarse y a entusiasmar al público; con la muleta torea al de Velasco cerca, da dos molinetes emocionantes y un pase ayudado colosal; a continuación un natural estupendo, se hinca de rodillas, y agarrando al toro de un cuerno, le hace embestir, entra a matar y agarra una estocada buena; el público ovaciona con entusiasmo al diestro; en el otro toro, que estaba muy difícil, un manso refugiado en tablas, lo torea con brevedad, tendiendo a cuadrar; media estocada y un pinchazo seguido de un certero descabello po-

nen fin a su labor; en el sexto, que lo tuvo que matar por haber herido el anterior a Sánchez Mejías, levantó al público de los escaños, haciendo una emocionante faena; allí hubo pases, desde el natural perfecto hasta el pase afarolado, alegre y pinturero, pasando por el molinete, el ayudado y el de pecho; la gente aplaudía, y el diestro, cada vez más confiado, continuaba su faena; un pinchazo seguido de una estocada, entrando muy bien, son el final de tan magna labor, que es premiada con una ovación grande; de este modo Juan, en esta faena que realizó ante los atónitos ojos de los cordobeses, les mostró todo los esplendores de su arte, unido a sus glorias de matador.

SAN SEBASTIAN

SAN SEBASTIAN

A este mirador de una España que ve más allá de la frontera, sin envidia le llaman la perla del Cantábrico; su población, la más linda de la Península, rivaliza en alegría, lujo, bienestar e higiene con las mejores playas del mundo. La bella Easo forma una pequeña península a orillas del mar Cantábrico; se extiende en forma de anfiteatro hacia el monte Urgull, en cuya cumbre se levanta el Castillo de la Mota; en el camino se encuentra *El Macho*, antigua fortaleza, prisión de Francisco I, y asentado en su falda, bordeando el mar, la mano del hombre ha trazado un paseo que arrancando de la Zurriola llega hasta el muelle, conocido con el nombre de Paseo del Castillo; concurre allí gran número de personas, los au-

tomóviles y coches forman larga fila, sus vistas son magníficas, desde cualquiera de sus antepechos se pierde la mirada en el infinito azul de mar y cielo, y es de ver los días en que la mar está revuelta, cómo las olas, en su bravía e impetuosa carrera, saltan sobre las rocas, bañando con su rocío el aterciopelado cutis de la damita que en aquel paseo de ensueños dirige miradas furtivas al galán que a pocos pasos de ella camina. Frente al Urgull se encuentra la isla de Santa Clara, y al Oeste la bahía de la Concha, que llega hasta el monte Igueldo, adonde se asciende por un funicular; en la cima del monte se haya instalado un lujoso edificio, donde hay grandes salones de baile, teatro para cinematógrafo y *varietés*, sala de recreos y *restaurant*, una hermosa terraza cubierta y otra en la planta baja al aire libre, desde donde se contempla toda la ciudad, que anochecido, con sus miles de bombillas y las luces de las embarcaciones surtas en la bahía, parece un cuento de hadas; tiene también un *skating*, y junto a éste un torreón, al cual se sube por un ascensor, y cuya vista es espléndida; se celebran con frecuencia grandes festivales, casi todos los días hay conciertos, y a la hora del té hay tal animación que no es fácil ver una mesa vacía; esta hora se prolonga por el vera-

neante hasta la del crepúsculo, cuando la luz pequeña y viva de los cabos Machichaco y Biarritz anuncian la noche. En Igueldo es digno de visita el Observatorio del sabio Orcolaga y el Faro.

Una de las horas más gratas de esta ciudad encantada es la de por la mañana; pasea la gente por la *Concha*; a su lado se encuentra la playa; en la otra acera una fila de magníficos hoteles dan vista al paseo desde el Continental y el Londres; las elegantes, en actitudes picarescas unas, otras con aire de ingenuidad, alguna más tentadora con aire de chiquilla traviesa, apoyan sus bustos sobre la baranda de la terraza, dejan al aire sus brazos y garganta, todas ellas tostadas de la brisa; después del paseo, las niñas «bien» van a la Perla del Océano, desde cuya terraza, entre sorbo de aperitivo, se recrea la vista y se alegra el oído al decir de los músicos que allí tocan. La hora de las tentaciones ha llegado y la gente se dispone a zambullirse en el agua. Es de ver esta hora, la animación de la playa; los jóvenes enfocan el objetivo de sus máquinas y algún que otro viejo mira a la mar con sus prismáticos; a lo lejos divisa una gorra de *jockey* sobre una cabecita rubia, y su memoria empieza a establecer comparaciones del tiempo mozo.

La *Concha*, la Zurriola, que está en el barrio de Gros y Ondarreta (antiguo), son tres playas magníficas, limpias, de gran seguridad para el bañista; su suelo es de arena fina y la superficie como la palma de la mano; en la playa de la *Concha* un voladizo resguarda al público los días de lluvia, y el balneario de la Perla antiguo ha sido reemplazado por otro suntuoso, en donde se encuentran todos los adelantos modernos: hay duchas de todas clases, baños turcorromanos, romanoirlandeses, de algas, rusos, medicinales, gimnasia sueca, masajista, manicura, peluquería y *restaurant*.

Entre los deportes, San Sebastián ocupa lugar preeminente; todos se cultivan, sobresaliendo los partidos de pelota, foot-ball, atletismo, aviación, carreras de caballos, water-polo y regatas.

En teatros, el Victoria Eugenia es hermoso, de grandes dimensiones y buen gusto; hay otros, como Bellas Artes y Principal, que le siguen en importancia; en cuanto a centros de reunión para la gente alegre, se encuentra el Tabarín, lujoso establecimiento nocturno en donde se baila hasta que sale el sol.

El Gran Casino, desde cuya amplia terraza se domina el mar; el Parque de Alderdi-Eder y el *Bulevar* es de aspecto majestuoso; los cotillones,

conciertos y bailes de niños que en él se celebran alcanzan fama mundial; en sus salones se encuentran todas las diversiones de los mejores círculos; su *restaurant* es inmejorable, y en su sala de recreos se da cita todo el mundo elegante; allí son admiradas las mejores *toilettes* y es donde las piedras preciosas parece que han de valer poco, a juzgar por la gran cantidad que se ve brillar; allí el dinero da la sensación de valer menos, aunque en algunos casos, los menos, valga más. Los domingos está la Alameda muy bien; toca por la noche la Banda Municipal en el quiosco, y la gente pasea; por la mañana se da cita el mundo elegante, congregándose en la iglesia del Buen Pastor a misa de doce; los sábados se reza la salve en la iglesia de Santa María, adonde acude la Reina Cristina acompañada de su séquito y escolta real.

La una es el momento más animado de San Sebastián; a esta hora ofrece la Avenida de la Libertad un espectáculo encantador: en todos lados hay tertulias, corrillos, apretones de manos, saludos, sonrisas, muchas caras bonitas, lindas tobilleras, elegantes *toilettes*; el público se va a reparar fuerzas en busca del almuerzo y asaltan los tranvías enjambres de abejas.

Sobre el río Urumea se eleva altivo el Puente:

de María Cristina, que da acceso a la estación del Norte; más arriba le atraviesa el Puente de Santa Catalina, que comunica con el barrio de Gros, y en cuya playa se hacen en la actualidad las obras para la construcción de un gran Kur-saal; van éstas muy adelantadas y el nuevo puente pronto será inaugurado.

Una distracción deliciosa es la ascensión al monte Ulía, desde donde se ve la ciudad a vista de pájaro; hay instalado un Parque de Recreos, tiro de pichón, *restaurant*, y un transbordador que atraviesa el valle a doscientos metros de altura conduce a la Peña del Aguila, situada en una elevada roca cortada a pico sobre el mar.

Es una de las poblaciones donde más excursiones se pueden hacer, para lo cual hay grandes facilidades de comunicación, pues posee una vasta red de tranvías y sus carreteras son las mejores de España. *Pasajes*, puerto natural, magnífico. *Rentería*, con sus fábricas de papel, tapices y lienzos. La Basílica del milagroso *Cristo de Lezo*. *Irún*, situado en la frontera de Francia y en donde sirven un chocolate exquisito. *Fuente-rrabía*, con sus históricas murallas y los edificios con sus aleros salientes, sus extraños portales y balcones irregulares, le dan un sabor antiguo que causa la admiración de los muchos artistas que

la visitan; el recorrido en el ferrocarril de Irún a *Elizondo* por el Bidasoa es sumamente pintoresco, hasta el punto de podersele comparar con los más deliciosos de Suiza; al retorno de estas excursiones, y ya cerca de San Sebastián, se admira el barrio de Ategorrieta, cuajado de magníficas casas de campo, todas de mucho gusto, rodeadas de jardines; el tranvía lo para la gente, que sube a él a bandadas; vienen de la corrida; una plaza hermosa con sus esbeltos minaretes que miran a la ciudad; los automóviles se paran en el suntuoso hotel María Cristina, donde la gente *chic*, después de los toros, meriendan, y entre sorbo y sorbo de una taza de té, las parejas bailan hasta que es llegada la noche...

.....

* * *

En cuatro corridas ha toreado Juan en esta ciudad durante la feria de Agosto, matando reses de Carmen de Federico, Saltillo, Pablo Romero y Vicente Martínez, y alternando con *Joselito*, Sánchez Mejías, *Saleri*, *Dominguín*, *Fortuna* y *Camará*; y en ellas ha puesto su valor a contribución del público, con un loable deseo de agradar. El Belmonte torero, dominador, que con la muleta y capa sabe hacerse con

los toros a fuerza de consentirlos, y que igual hace parar al franco que al manso, ha confirmado en esta plaza el clásico estilo de matador de toros de que venía precedido. Juan tiene, indudablemente, mucho cariño a los ruedos del Norte; raro es el que durante el verano no le sacude el ruido constante de las ovaciones tributadas al digno representante de la Escuela Rondeña; y es que en esas plazas se apiñan espectadores de todas partes de España, y Juan torea para todos; por eso liga el pase natural y el desplante temerario con el farol y el molinete: ¡emoción para los que la quieran! ¡Alegría para los que estén faltos de ella!

Imagínate, lector, un puente tendido sobre un río, cuyas pilastras lamen las aguas de la marea alta; un hombre bajito que dispara unos cohetes; una charanga que recorre las calles anunciando la corrida, y una multitud de gente a pie y en coche que atraviesa el mencionado puente y se dirige a una altura, donde acariciada por la brisa del mar y bañada por los rayos del sol se alza un edificio circular, vulgo Plaza de Toros, de las más pintureras y bonitas de España; haciendo otro esfuerzo de imaginación, supónenos a Belmonte en el ruedo de la plaza donostiarra: ya ha requerido muleta y espada; es la tarde del 17 de Agosto de 1919; veamos lo que hace: se dirige al Sr. Berrio, que preside la corrida; se quita la montera y brinda; luego retira a la gente; se va al toro, que le aguarda en los tercios del dos, y torea al de Martínez con la muleta en la mano izquierda, dando pases de pecho temerarios y naturales, prodigando el valor a cada instante; un buen molinete y dos pases ayudados de los suyos son el preámbulo de una soberbia estocada entera; el toro vacila un momento, mira a su matador que, sonriente, escucha las muestras de agrado del público, y cae patas

arriba muerto; mientras la ovación estalla imponente en todos los ámbitos de la plaza. En su segundo, se apretó en las verónicas de una forma emocionante, llevando al toro empapado en los vuelos del capote como él sabe; en los quites dió una buena verónica con el sello de la casa, y con la muleta hizo una faena alternada de pases de pechô, ayudados y molinetes, en medio de una gran ovación; se arrodilla y, agarrando al toro de los cuernos, le hace pasar; el público le pide, entusiasmado, que siga toreando; el diestro accede, y continúa prodigando su valor y su estilo; luego, perfilándose limpiamente, cobra una media estocada, de la que el toro muere instantáneamente; las palmas, no interrumpidas ni un momento durante el final de la lidia de este toro, continúan hasta muy avanzada la del siguiente. Juan en esta corrida cortó las orejas de los dos bureles... Al salir de la plaza, el comentario más acertado se lo escuché a un ex torero de los de tronío que exclamaba: ¡Así se mata!

De las otras corridas poco hay que hablar; las malas condiciones del ganado fueron causa que en Juan sólo pudiéramos observar su buena voluntad y probado valor, y esa enorme facilidad que tiene para matar toros. No han escapado mal los donostiarras; han visto a Belmonte, y en una gran tarde que, seguramente, les habrá dejado el deseo de verle pronto por aquellas tierras manejando estoque y muleta.

la visitan; el recorrido en el ferrocarril de Irún a *Elizondo* por el Bidasoa es sumamente pintoresco, hasta el punto de podersele comparar con los más deliciosos de Suiza; al retorno de estas excursiones, y ya cerca de San Sebastián, se admira el barrio de Ategorrieta, cuajado de magníficas casas de campo, todas de mucho gusto, rodeadas de jardines; el tranvía lo para la gente, que sube a él a bandadas; vienen de la corrida; una plaza hermosa con sus esbeltos minaretes que miran a la ciudad; los automóviles se paran en el suntuoso hotel María Cristina, donde la gente *chic*, después de los toros, meriendan, y entre sorbo y sorbo de una taza de té, las parejas bailan hasta que es llegada la noche...

.....

* * *

En cuatro corridas ha toreado Juan en esta ciudad durante la feria de Agosto, matando reses de Carmen de Federico, Saltillo, Pablo Romero y Vicente Martínez, y alternando con *Joselito*, Sánchez Mejías, *Saleri*, *Dominguín*, *Fortuna* y *Camará*; y en ellas ha puesto su valor a contribución del público, con un loable deseo de agradar. El Belmonte torero, dominador, que con la muleta y capa sabe hacerse con

SANTANDER

LANDAUER

SANTANDER

Los montañeses, hombres acostumbrados a la pelea con el mar, distinguieronse tiempos pasados notablemente en la navegación, resplandeciendo tal mérito en el escudo de la capital; aparecen en él las cabezas de San Emeterio y San Celedonio, Patronos de la ciudad (título concedido en el año 1755 por Fernando VI); en él se destaca el blasón otorgado por Fernando III el Santo, en agradecimiento al auxilio prestado por la escuadra cantábrica en la conquista de Sevilla; consiste en una embarcación a toda vela, embisitando a una cadena que, asegurada por un extremo a la Torre del Oro y por el otro a un barrio (el de Triana), corta el paso del río; además, el rey ordenó que Sevilla pagase a Santander unos

maravedises en reconocimiento, y, según se asegura, hasta tiempos modernos se ha venido abonando la cantidad; también dispuso el monarca se reedificase la iglesia de San Emeterio, convertida hoy en Catedral.

Para Santander el descubrimiento de América señala el comienzo de una era de prosperidades, interrumpida más tarde por vicisitudes históricas nacionales; andando los siglos, la invasión francesa llega a sus montañas; las guerras civiles tienen su natural repercusión, y en estos tiempos son más los quebrantos que las bienandanzas; hoy ha cosechado muchas rosas entre las grandes espinas de la horrible guerra, que el tiempo se encargará de hacer pasar, y las esparce en torno de su montaña dibujando palacios, o las deja florecer en la mar a proa de un velero.

La Catedral, joya artística de incalculable valor, en su exterior aparece como sencilla construcción: templo románico del siglo XII, bajo el cual hay otra iglesia, la del Cristo, que podría ser la cripta de la Catedral. En los edificios modernos se destacan: el Instituto General y Técnico, Banco Mercantil, la Casa-Ayuntamiento, el Casino del Sardinero, el Real Palacio de la península de la Magdalena y el Hotel Real.

Entre sus monumentos escultóricos se en-

cuentran: el de Velarde, «Cabo Machicaco» y Pereda, obra esta última de Coullaud Valera, en donde no se sabe qué es más bello, si el conjunto o la expresión de las figuras del gran novelista, recortadas del papel para grabarlas con el buril sobre el mármol.

Escritores, literatos, poetas, ha sido en ello fecunda la Montaña; pero todas sus glorias y ejecutorias, con ser muchas, quedan eclipsadas por dos genios que su valer aclaman las trompetas de la fama por los ámbitos del mundo: Menéndez y Pelayo y Pereda.

Una de las riquezas de Santander son las playas del Sardinero; desde hace unos años la gente *bien*, como han dado en decir de un lustro a esta fecha al mundo elegante, pasa aquí parte del verano, rodeado de un ambiente fresco que embalsama las algas; sus playas son magníficas, la vista desde el Sardinero no puede ser más ideal; pero el Casino, a pesar de ser muy bonito, ni está tan animado, ni tiene ese aire elegante del de San Sebastián; queda mucho aún por hacer a los montañeses para que el forastero encuentre las comodidades de allí, y la competencia que parece quiere establecerse no cabe; para ello tendría Santander que quitar las pendientes de sus calles, poner una frontera a su lado, limar algo el

carácter brusco del hostelero, haciéndole más amable al turista, e implantar una red de tranvías para que las excursiones a los pueblecitos próximos se pudieran hacer cómodamente; hoy por hoy, el Sardinero comparado con San Sebastián está en mantillas, pese a quien pese, y no hablemos de la Plaza de Toros, porque entonces se queda en pañales, y no sigo para que el rorro no se constipe.

* * *

Razón tenían los santanderinos en aguardar a Belmonte, después de dos años de espera en la incertidumbre de sí volvería o no; al fin han conseguido ver su nombre estampado en los carteles anunciadores de las corridas, y en efecto, desde el día antes de la primera corrida ya llegan los trenes abarrotados de viajeros procedentes de Bilbao y Oviedo; muchos de ellos sin sitio en que alojarse, se posesionan de las mesas del café del Ancora, Royalty y otros muchos de los que se hallan situados frente al muelle, o bien se dedican a pasear por los jardines del paseo de Pereda en espera del nuevo día; los más felices pasan la noche en una habitación de cinco metros y cuatro camas, o el que tiene algún amigo empleado en la estación, o conocimiento con el jefe, la pasa cómodamente durmiendo sobre el asiento espléndido de un coche de primera; luego dicen que la afición

decae. Que se lo pregunten a estos desgraciados, indudablemente los más castigados por ella, y seguramente os responderán: ¡la afición! ¡Pero, caballero, si cada día hay más! Y no les deja de faltar razón, que nunca se pagó tanto como ahora por ir a los toros, si bien es verdad que en estos tiempos se torea tan cerca, que los mismos viejos aficionados reconocen que ni en los decantados tiempos de *Guerrita*, el sempiterno crítico de los toreros de ahora, se pisaba el terreno de los toros que hoy. Y ahora vamos a atravesar el boulevard; pasemos bajo el puente, y después de caminar por la Avenida de Alfonso XIII, entremos en la Plaza de Toros, cuya diferencia principal de las demás de España, consiste en la carencia de pasillo-circular; allí el que entra al coso taurino, tiene que penetrar directamente en su tendido; realmente los alrededores de la plaza, por decirlo así, no tienen relación con el interior, que por el contrario es bonito; Belmonte aquí este año, ha dejado un agradable recuerdo de su paso.

En la corrida del día 2 de Agosto estuvo voluntarioso y con deseos de agradar, consiguiéndolo en parte, no obstante la masedumbre del ganado.

El día 3, que toreó con *Joselito* y Manolo Belmonte reses de Nandín, tuvo una buena tarde... Erase un toro negro, meano, al que Juan, no bien hubo salido, le cogió entre los vuelos de su capote y le dió una serie de verónicas moviendo los brazos como él sabe hacerlo y girando toro y torero confundidos en una sola pieza; después, un capote que se enrosca a la cintura, un toro que ávido buscando al torero lo sigue, y un hombre que queda con los pies clavados en la arena después de ejecutar la suerte, ¡el torero de Triana había dado la media verónica! ¡la que nos trae la sensación de la tragedia, unida a los clamores del triunfo!; después de esto, los aplausos, que se des-

bordan; *Magritas*, que cuadrando ante la cara del toro, coloca un par de garapullos que quedan erguidos sobre la sangre que cae de las brechas de los puyazos; luego otro gran par de *Maera*, y después Juan, que solo con el toro, después de una serie de pases de pecho y naturales, lo tumba de una estocada hasta la mano; al otro bicho, que era un beerrando en negro, Belmonte se va hacia él, y quieto, erguido, en medio de una constante ovación, hace una faena con pases de todas las marcas; allí hubo pases altos dignos de un cartel de feria, ayudados, ceñidos, de rodillas, emocionantes; el diestro, arrodillado, se vuelve de espaldas al toro, después, levantándose se perfila, y doblando sobre el costillar limpiamente, deja una estocada corta; el toro se desploma, y el diestro, después de cortar la oreja, da la vuelta al ruedo, mientras las mulillas arrastran al toro hacia los corrales.

En la corrida del 7 sostuvo su cartel, hasta el día siguiente, 8 de Agosto, en que tuvo una gran tarde; era el toro quinto que salía por los chiqueros. Belmonte lo toreó con el capote con su gran estilo; allí hubo arte, valor, elegancia; después, con la muleta, da un pase natural, de esos en que el cuerno suele arrancar algún alamar de la chaquetilla; luego, dos pases de pecho, uno de ellos obligado, con todos los honores de superiorísimo; aunque el toro no quería pasar, Juan le obligó tanto, que el bruto acabó por convencerse de que era inútil su terquedad; el diestro continúa cerca, da dos molinetes de los buenos, después se hinca de rodillas, cita al toro y le administra dos pases por alto monumentales; ya era la ovación enorme y antes de entrarle el diestro a matar, y atremolaban en el aire una multitud de pañuelos; un gran pinchazo, seguido de una estocada monumental, propinada por el diestro, atacando soberbiamente,

fueron el remate de esta enorme labor... Cuando luego, después de concedidas orejas y rabo, se mezclaban los gritos de entusiasmo con los de despedida hasta el año próximo, aún me parecía oír la voz de Juan en el momento más culminante de la faena, que dirigiéndose al toro le decía: ¡¡Anda, hombre!!... ¡¡No seas tonto... embiste... anda...!!

MALAGA

MALAGA

La tierra del sol. El clima es delicioso durante el verano, excepto los días en que corre el viento llamado vulgarmente *terral*, en que cada malaqueño se convierte en una especie de San Lorenzo con parrilla y todo; estos días se ponen los boquerones al sol y ellos solitos se fríen, ¡exagerao! En invierno la temperatura es agradable, hasta el punto de constituir estación, y hay quien opina que aventaja al clima de Roma y Pisa (demasiado húmedos), comparándolo al de Nápoles, que es al que más se asemeja; y así como por las tierras del Vesubio cuentan que hay cada *napolitana*..., por este jirón de cielo hay cada forma tangible de *perchetera*... que hiciera ocuparse a Cervantes, en su obra inmortal, de este clásico

barrio, puesto en cantares más de una vez por la belleza que atesoran sus mujeres; una muestra nos la da el poeta D. Narciso Díaz de Escobar:

Repicaron las campanas
en el Carmen y en San Pablo,
al pasar mi perchelera
por el puente de su barrio.

La piqueta demoledora, que es el arma de que se vale el progreso para reducir a escombros la tradición, se encargó de convertir en cascote—para dar lugar a una vía moderna—vetustos edificios y tortuosas callejas, cuyo trazo procedía de la época árabe, y aquella belleza, creada quizá por Jusef Abul Hegiag, séptimo rey de Granada, vino a rodar por los suelos, con la acción de los siglos, para dar paso a la nueva calle denominada de Don Juan Díaz, desapareciendo, por tanto, parte de las siete revueltas y Toril, el callejón del Perro y alguna más, menos típica; si de lo típico saltamos a lo tipo—sin que nadie se ofenda—nada más curioso que el vendedor de pescado; hay una barriada, la de Miraflores del Palo, habitada exclusivamente por esta gente dedicada al rudo trabajo de tirar de la jábega, que transita a pie desnudo por las principales calles de la capital, vendiendo la mercancía colocada sobre ce-

nachos que penden de sus robustos brazos, entre pregones que requieren todos su traducción, bien los oiga un inglés, o sean escuchados por el hijo más cariñoso de su madre Málaga, pongo por ejemplo: «sardinaj pasala», que en regular castellano quiere significar sardinas propias para el asado. El pescador es hombre que, como cada hijo de vecino, tiene su alma en su armario, su ropa en la percha—si es ordenado—y su pelo en el pecho—si es velludo—; es valeroso, y cuando arma bronca no tira almohadillas, se contenta con hacer saltar la navaja; estas peleas se ofrecen gratuitamente con gran frecuencia: pero no temas, lector, que la sangre llegue al mar: dentro de sus constantes pendencias aman la vida como el que más.

Ya que de lo típico y lo tipo nos hemos ocupado, siquiera sea a vista de pájaro, no queremos dejar de sacudir un poco, aunque a la ligera, el polvillo del viejo tapiz histórico y que pasen por vuestra vista, con la rapidez de una cinta de película, aquellos baluartes pedazos del corazón antiguo; que escalaran a pecho descubierto con la espada en mano, riñendo combate cuerpo a cuerpo, y como defensa un escudo sujeto por férrea mano; unos hombres hirsutos y fieros que sabían pelear con nobleza, llevando grabado en la frente con el

sello de alguna conquista el recuerdo de su civilización. El tiempo, que no en vano corre veloz, poniendo a cada paso jalones de distancia entre unas y otras edades, se encarga de ir transformando las esencias de las cosas, y lo que fué en la antigüedad Palacio del Procónsul, al correr de los siglos se convierte en castillo feudal, y hoy sólo resta de aquella regia morada un montón de peñascos y alguna derruida torre, tan sólo contemplada por la curiosidad del forastero; en el amplio patio de armas, donde el bizarro guerrero arengara a sus huestes antes de la partida, aparece hoy una cabeza de toro en los hombros de un niño, ¡ironías de los siglos! ¡Gibralfaro!, un castillo que tué; el esfuerzo de Abderramán I, Rey de Córdoba, hizo que se reconstruyera por los años 787 de la Era Cristiana; ayer mañana, como el que dice; para qué contar lo que de él queda. Su torreón sirve hoy de asiento en los días de corridas: es una entrada sin numerar y gratuita, ocupada, no sin alguna que otra pendencia, por gente *bien*. La Alcazaba y la torre de Santiago son los otros dos recuerdos históricos que tuvieron a bien edificar en esta ciudad-paraiso, unos señores que en la antigüedad se llamaron romanos y árabes; quisiera yo que alguno de ellos se diera conmigo un paseito por el Parque, camino

de la plaza, y entrando en ésta verían cómo luchan los hombres con las fieras, y cómo los refinamientos de las edades han cambiado el escudo por la muleta, el tridente por la espada, y por red una capa que bien puede servir para llorar (verónica) o para alumbrar (farol), y como no es cosa de dar más largas, rematamos la presente con unos ojos verdes encuadrados en una blanca mantilla de malagueña que miran al torero.

* * *

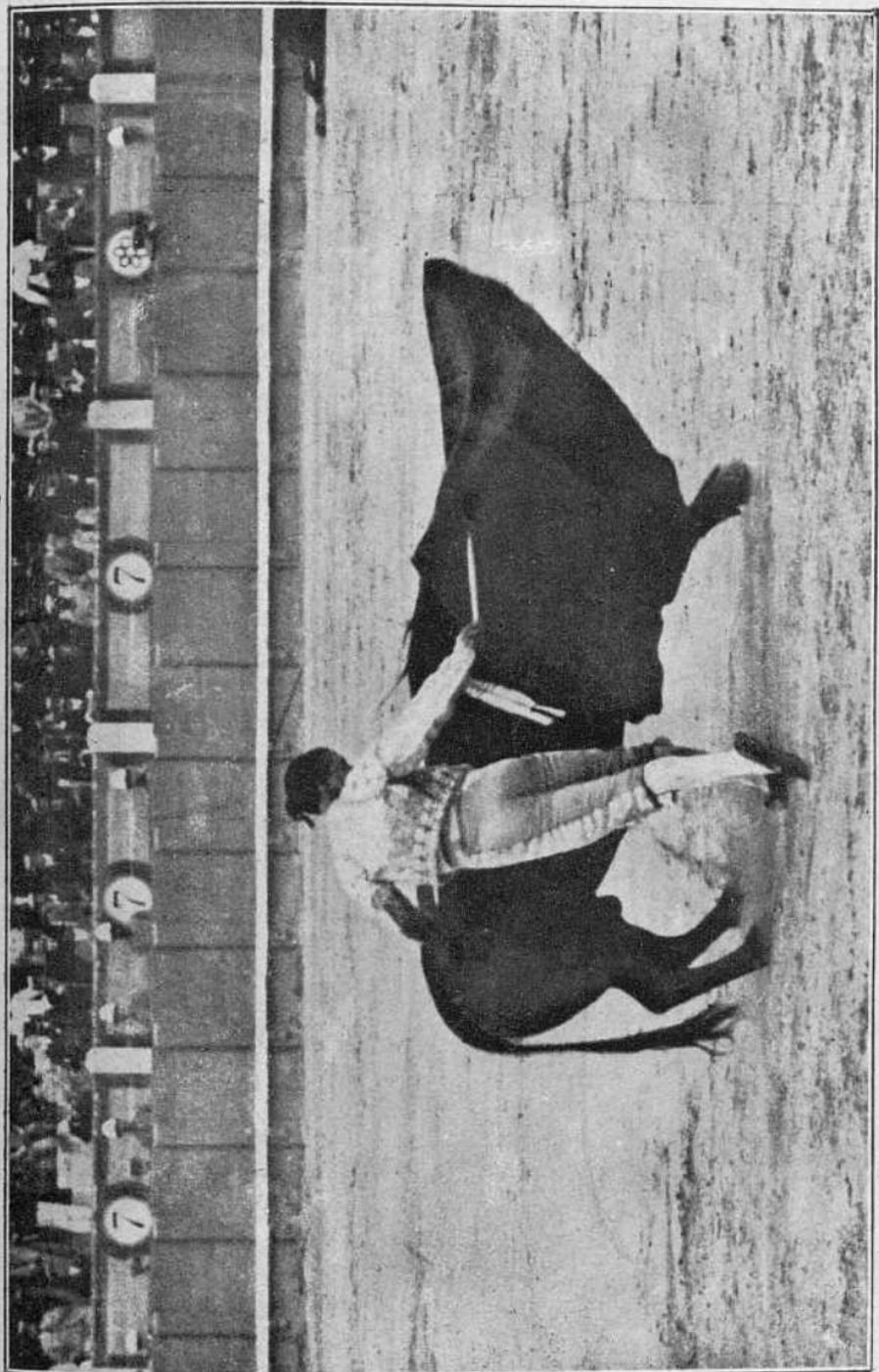
Si el Paraíso Terrenal estuvo enclavado en algún lugar, no cabe la menor duda que tan alto honor le debió haber correspondido a esta bonita población, donde, para que nada desentone, hasta el tiempo es siempre igual, convidando a vivir en ella toda la vida; así se comprende que en pleno mes de Febrero den comienzo las corridas, y empiecen a darse llenos en el tendido de los sastres, lugar donde, congregada la gente, presencia los toros sin costarle más que la molestia de un paseito bastante regular. El día 16 de Febrero se abre el paréntesis taurino, cerrado durante el invierno, y son los cuistros encargados de despachar los seis mocitos de Campos Varela que hay en los chiqueros, Belmonte, su hermano y el sobrino de *Machaquito*. Al salir las cuadrillas se oyen palmas de salutación a Juan; a la fiesta asisten el que se llamó *Divino Calvo* y el hijo de

la tierra, Paco Madrid; y uno y otro juntaron las manos para aplaudir la serie de verónicas con que Belmonte saludó a su primer toro, modelo de temple y suavidad, y después, la faena que hizo en su otro toro, después de mandar retirar a la cuadrilla, al que toreó con la muleta en la mano izquierda, fué valentísima; el pase natural, el de pecho, el ayudado, el molinete, todos fueron administrados por el torero con ese temple y suavidad que sólo él posee; después se arrodilla, y en esta forma hace pasar al toro; luego, el diestro se perfila y entra a matar, dando un pinchazo, seguido de una media estocada, que hace estallar la ovación.

En las corridas de feria también logró hacerse aplaudir en la de los Pablo Romero; le vimos dar a su primero una serie de verónicas que levantaron a una, como movida por un resorte, a toda la plaza; después, con la muleta empieza a torear un poco descompuesto; pronto se enmienda, y librándose de las cornadas que el bicho, que está muy incierto, le tira, le vemos cerca y derrochando valor; cuadra el toro, y después de darle dos pinchazos y una estocada delantera, muere; en el otro, con los pies fijos en la arena, aguantando el embroque del burel y sacándose del vientre, da una serie de verónicas de la marca exclusiva de la casa; después, solo el diestro con el toro, que no está, por cierto, para lucimientos, tiende a cuadrarlo, y a la hora de la verdad da un pinchazo, seguido de una estocada muy bien colocada, que es suficiente; el público aplaude al diestro, que ha salido arrollado por el toro al consumir la suerte.

En la corrida de los Murubes, en que, a más de un lleno rebosante, había un sin fin de mujeres bonitas, de esas que han hecho célebre a esta provincia; quizá por eso Belmonte, percatado de la cantidad de ojos

negros que estaban fijos en él, y de la multitud de manos enguantadas que ansiaban aplaudirle, se propuso que aquellas figuritas de *biscuit* no se fueran sin realizar sus deseos; para ello, después de hacerse aplaudir en su primer toro, estuvo en su segundo muy valiente, dando pases con su peculiar estilo; lo mismo prodigó el pase ayudado que el de pecho, sobresaliendo uno de ellos capaz de poner los pelos de punta a la mismísima estatua de Neptuno; entra a matar como él sabe, dando al toro una estocada un poquito delantera, y acabando con él de un descabello. El público le ovaciona y el diestro da la vuelta al ruedo, sonriente, devolviendo sombreros y chaquetas... Sobre la arena se destaca el azul de un abanico como un jirón de cielo abierto entre las nubes...; ¡el matador lo coge y lo mira un momento...!; ¡pero no lo devuelve, se lo guarda...!



Un gran pase.

Fot. Alfonso.

GRANADA

CANADA

GRANADA

Ciudad morisca, ungida por la fama de su Alhambra, la que inunda de belleza suprema ese pedazo de Andalucía, en donde el perfume de sus cármes floridos embriaga el ambiente de lunáticos ensueños; allí las mujeres conservan aún algo árabe, y sus ojos negros, grandes, soberbiamente hermosos, nos recuerdan aquellas sultanas de mágico mirar de fuego, a cuyos pies caían rendidos los emires llegados del campo de batalla con ricos presentes, que las ofrecían entre caricias de manos marfileñas y rítmicas contorsiones de danzas orientales.

Granada, es una de las ciudades que más conservan el sello de los árabes; aún parece resonar sobre el empedrado de sus calles y sobre su hermosa vega el galopar de caballos montados por

abencerrajes y cegries, esos dos bandos que capitaneados simultáneamente por la arrogante figura de Abdallah y por Boabdil libraron sangrientos combates en las calles granadinas; las noticias que tuvo *el Zagal* de los pactos entre Boabdil *el Chico* y los Reyes Católicos acabó de aumentar su odio al sobrino, al cual envió gente con orden de envenenarle; descubrió Boabdil el plan tramado por su rival, y lleno de cólera escribió al *Zagal* que no daría lugar al reposo hasta ver clavada su cabeza en una de las puertas de la Alhambra; desde aquel día no hubo tregua en el combate para los dos bandos, hasta que llegada la noticia de haber sido puesto cerco a Velez-Málaga por los cristianos, les obligó a unirse para la defensa, marchando *el Zagal* en ayuda de la plaza amenazada; fué vencido en la empresa, y ya de retorno a Granada supo cómo Boabdil se había aprovechado de su ausencia, proclamándose único emir, apoderándose de la Alhambra y de las demás fortalezas de la ciudad; retiróse entonces Abdallah a Guadix, que, con Almería y alguna otra población de menor importancia, le permanecían fiel, y desde allí, en cuantas ocasiones pudo, no las dejó pasar sin levantar armas contra los cristianos, en tanto Boabdil, siempre que podía hostilizaba a su tío; más tarde se rindió Baza a Doña Isabel y Don Fernandó, quedando some-

tido a ellos *el Zagal*; al llegar esta noticia a Granada corrió como reguero de pólvora por toda la ciudad, amotinándose la muchedumbre, la que se levantó contra Boabdil por creerle culpable de la ruina que se cernía sobre el pueblo; pudo lograr apaciguarla al saberse que algunos partidarios del Rey habían corrido a pedir auxilio a los cristianos: tal era el miedo que en aquella comarca se tenía a la probable presencia del *Zagal*; los Reyes entre tanto habían intimado a Boabdil para que entregara la capital, con arreglo a lo pactado en Loja, a cambio del título de duque de Guadix; pero el Rey moro contestó que a ello se oponían muchos de los suyos; la respuesta del rey de los cristianos no se hizo esperar, y a poco un aguerrido ejército acampaba en el hoy pueblo de Santa Fe; desde allí, en una noche oscura en que sólo se vislumbraba la ciudad a la luz del relámpago, llegó a las puertas de Granada, jadeante de sudor, un potro castellano montado por un valiente capitán de la reina; sacó del pecho un pergamino con una sencilla inscripción, y clavándola con un puñal logró burlar la vigilancia de los guardianes moros, llegando al campamento cristiano en ocasión de salir de su tienda el conde de Tendilla, que al enterarse del relato de la brava hazaña contada por su amigo, estrechó la mano del valeroso Hernando Pérez

del Pulgar. Todo hacía presumir que de un momento a otro sería la marcha; los capitanes corrían de un lugar a otro dando órdenes, las banderas tremolaban al viento, la Reina animaba a los soldados; sonó el clarín, y las huestes castellanas se dirigieron a Granada para sitiaria, y al empuje y acometividad del acero toledado se rindió la ciudad con su Alhambra, ese egregio monumento fundado por Ibn-Alhamar y ocupado por los cristianos el día 2 de Enero de 1492, poniéndose fin con esta victoria al imperio de los árabes en España, verificando los Reyes Católicos su entrada triunfal en la ciudad el día 6 del mismo mes. Es tradición que después de entregar Boabdil a los Reyes las llaves de la ciudad, y montando en su caballo se alejó, y al llegar a un punto desde el cual se divisaba Granada, antes de perderla de vista tras una colina, suspiró llorando, y entonces fué cuando su madre, la implacable sultana Aixa, la eterna rival de Zoraida, le dirigió el conocido apóstrofe: «Razón es que llores como mujer, ya que no has sabido defender tu reino como hombre»; desde entonces fué bautizado aquel sitio con el poético nombre de *Suspiro del moro*; cuentan las crónicas que su esposa, la sultana Moraima, murió de pesadumbre, y que él, allá en Fez, vivió como príncipe, hasta que en un combate sostenido con los jarifes, en

defensa de Muley Ahmet ben Merini Fez, perdió la vida.

Granada une a la belleza de sus mujeres y a su rica vega, admirada por cuantos la contemplan, un verdadero tesoro en monumentos, y el extranjero pasa horas y horas extasiado en la contemplación de bellos paisajes, ora mirando desde la Torre de la Vela los muchos pueblecillos como blancas palomas, diseminados por su larga vega, ya contemplando a la ciudad desde el Generalife, o volviendo los ojos a esa sierra sobre la cual el frío de los inviernos ha extendido un tapiz de blanco colorido.

La *Puerta del Vino* conserva completas sus fachadas, una de piedra y otra de ladrillos; se ha escrito de esta puerta varias leyendas; lo más atinado es lo que opina Riaño, que «pudo ser una de las entradas que comunicase con patios, galerías o jardines de la Casa Real de los moros...» La *Puerta de la Justicia*, que es hoy la principal entrada de la Alhambra, soberbio arco de veinticuatro metros de altura, que sirve de paso al vestíbulo; en la clave del arco está grabado el perfil de una mano, que bien pudiera significar el compendio de la ley musulmica. El *Patio de los Arrayanes*, el *Patio de los Leones*, con sus ciento veinticuatro columnas, los arcos primorosamente decorados, los templetos elegantes de delicada traza, adivi-

nándose en sus líneas arquitectónicas la influencia indo-sirio-persa; la *Sala de los Abencerrajes*, con preciosa puerta tallada que cierra el airoso arco de entrada, siendo el trazo de esta sala elegante y espléndida la cúpula de bóvedas de estalactitas; *Sala de las Dos Hermanas*, uno de los sitios primorosos que existen en la tierra; *El mirador de Lindaraja*, desde donde se divisa el Albaicín, hoy barrio de los gitanos; *El mirador de la Reina*, construido sobre la plataforma de la torre de Abul-Hachach; se entra al mirador por un pequeño corredor que estaba pintado; en el mirador se conservan las pinturas con que lo embellecieron Aquiles y Mayner; el *Patio de Lindaraja*, su jardín está embalsamado de poesía; en él álzase una elegante fuente cuya taza es árabe; la *Sala de las Dámas y los Baños* es una estancia preciosa, así como la *Sala de las Ninfas* y el *Patio de la Mezquita*; en la *Capilla Real* se admira su altar, que es una creación extravagante; se hizo con los componentes de una chimenea italiana; es también muy notable el mihrab, pequeño oratorio real nazarita, que el incendio ocurrido en el año 1590 destruyó en parte; la *Sala de los Comares o de los Embajadores*, todo es grandioso en este salón: desde el zócalo de azulejos de colorido bello, hasta su maravilloso techo de lacería, una de las obras más notables de carpintería artística

que guarda esta ciudad; en la alcoba del centro hay una leyenda de interés: dice que aquella alcoba es «lo que el corazón para los miembros...», y que Jusuf la «eligió para ser el solio del reino...»; el pavimento era de mármol blanco, y había ventanas con artísticas vidrieras, habiendo sufrido el decorado de esta estancia trascendentales alteraciones; la *Sala de la Barca*; se entra a ella por un elegante arco de mocárabes, con preciosos adornos de hojas y flores en las enjutas; en las poesías que rodean los nichos de las jambas, saltan a la vista unos versos que dicen así: «Contempla este esplendor; aquí se establece para administrar justicia a sus siervos. Siempre que de aquí se aleja, sus vasallos se entristecen de no encontrarlo...»; esta inscripción viene a demostrar que esta parte del palacio era asequible al pueblo, y que el sultán, en la puerta de esa sala era donde administraba justicia; esta sala ha sufrido muchas transformaciones, y uno de los incendios ocurridos en parte de la Alhambra, destruyó su magnífico techo y el del vestíbulo; del de la sala dice el erudito crítico Argote: «Corona y cubre esta hermosa pieza una bóveda cilíndrica embutida de piezas de madera, que forman exquisitas labores de estrellas, cuadrados, exágonos, rombos y romboides, que estaban plateadas, doradas y pintadas de colores

combinados con gracia y variedad...»; es también digno de visitarse el Museo de Antigüedades y el archivo, la famosa *Torre de la Vela*, de la cual hay el cantar:

Quiero vivir en Granada,
 porque me gusta el oír
 la campana de la Vela
 cuando me voy a dormir,

se alza robusta y altiva sobre la cima del monte en donde se amurallan los palacios de la Alhambra; esta *Torre* aparece con el nombre de Aben Giafar en algunos documentos antiguos; hoy día es conocida también con el «de la Campana», por la costumbre que existe el día 2 de Enero de acudir a ella las mozas y mozos, pues este día, así como el del primer sábado de Octubre, se permite tocar la campana a la gente del pueblo, y es creencia general que los que hacen sonar la campana en estos días se casan aquel mismo año. El *Palacio de Carlos V*, donde en nuestros tiempos y durante el Corpus se celebran grandiosos conciertos, de los cuales ha llegado a hablarse en todo el mundo por su magnificencia y selecto público que a ellos concurre; hizo las trazas y comenzó la obra de este edificio, que albergó entre sus muros al *Monje del Monasterio de Yuste*, el famoso arquitecto Machuca; no pudo éste aca-

barla y la continuó su hijo Luis, paralizándose a causa de la guerra con los moriscos; en 1851 se hicieron reformas bajo la dirección de Juan de Herrera; a fines del siglo XVI se había invertido en la obra más de 80.000 ducados, según opinión de Jorquera, agregando que el marqués de Mondéjar, si hubiera podido, habría terminado el palacio; pero hacía falta para ello más de 600.000 ducados. La idea de Carlos V no pudo ser más noble, no queriendo convertir en vivienda el palacio árabe; con objeto de que esta maravilla musulmana conservara a través de los siglos su sello característico, ideó un palacio en la Alhambra; con él intento quizá de convertir en corte a Granada, siendo este monumento la más hermosa creación del Renacimiento español; sus fachadas de Mediodía y Poniente son magníficas por sus esculturas y relieves; los documentos que se conservan de esta «maravilla del arte», según expresión de Bayer, no dan completa idea de cómo había de terminarse esta obra.

Sería relato largo y asaz pesado ir enumerando uno por uno los monumentos que conserva y embellecen esta población; por eso he de hablar de ellos con rapidez propia de película: *La Catedral*, el mejor y más acabado ejemplar que tenemos en España de templo del Renacimiento, con la visitada capilla de los Reyes Católicos; *La*

Cartuja, fundada en 1515 con monjes de la cartuja del Paular, en paraje cerca de Granada, y destinada a señalar una acción de armas del Gran Capitán contra los moros; en ella es digno de admiración sus mármoles; *San Juan de los Reyes*, *El Generalife*, con sus bosques de laureles y sus fuentes inagotables; *La Casa del Chapiz*, *Puerta de Elvira*, *La Alcaicería*...

Cuenta Granada en la actualidad con anchurosas calles y vías, teatros grandes y lujosos, como el de los Reyes Católicos; monumentos como el de Isabel la Católica en el paseo de la Bomba; un derroche en cafés, todos ellos muy bien decorados; suntuosos hoteles, entre los que se destaca el Alhambra Palace, situado en la cumbre de la colina de la Alhambra, a una altura de 800 metros, capaz de competir con los más afamados de Europa, y en donde el mobiliario y parte del decorado ofrece la particularidad de ser de estilo árabe; desde sus magníficas terrazas se contempla la ciudad y toda la vega inundada de pueblecitos; la Gran Vía, amplia calle moderna rodeada de magníficos edificios; la típica *manigua* con sus tortuosas y estrechas callejas, en donde en cada esquina hay una guitarra y en cada puerta una *copa*; Puerta Real, siempre llena de gente; la Carrera de las Angustias, en donde se venera la Virgen de las Angustias, por la que

todo granadino siente verdadera devoción; la renombrada calle Mesones, en donde, al pie de una reja, oí este cantar:

La Virgen de las Angustias,
la que vive en la Carrera,
esa Señora me falte
si no te quiero de veras.

La plaza de Bibarrambla y Zacatín, lugares que recorre la procesión que se celebra el 2 de Enero en conmemoración de la toma de la ciudad en dicho día a los árabes, siendo costumbre tradicional la ceremonia de tremolar el Pendón de Castilla en el balcón del Ayuntamiento.

Las fiestas del Corpus son las más renombradas en esta ciudad; en esos días se ven caras de todas las regiones de España, y las granadinas, mujeres hermosas con ojazos negros que irradian fuego al mirarlos, lucen sus galas, cubriendo sus talles de palmera ricas sedas, que si no vinieron de Oriente, por quien las llevan parecen de Damasco; odaliscas cristianas que tienen en el arco de su mirada la suave y melancólica dulzura de las hijas de Alá; la víspera del Corpus se organiza en la plaza del Ayuntamiento *la Pública*, cuyo cortejo la forman: batidores de la Guardia municipal con sus trajes de gala; los gigantes y enanos y cabezudos, que van repartiendo golpes bo-

tijiles a la gente menuda; banda de música, heraldos, reyes de armas, pajes, *la Tarasca*, la reina de un día (una grande serpiente con un largo rabo, la cara feísima y en la cabeza sus correspondientes cuernos. La gracia de Dios se representa sobre la Tarasca con la figura de una joven hermosa y vestida con elegancia); cierra la Pública una escolta de la Guardia municipal; al día siguiente se celebra la Procesión del Santísimo, que es muy solemne y esplendorosa; los balcones lucen lujosas colgaduras, y las mujeres granadinas adornan sus pechos con guirnaldas de claveles rojos y en sus manos guardan manojos de rosas que arrojan al paso de la soberbia Custodia, donación que hizo a la Catedral, en unión de otras valiosas alhajas, la reina Isabel la Católica; se celebran estos días grandes festivales, entre otros, carreras de caballos, iluminaciones que son fantásticas, convirtiendo a la ciudad en ascua de oro; corridas de toros, funciones en los mejores teatros por afamadas compañías y divinos conciertos de suprema melodía en la Alhambra, en el palacio de Carlos V, entre los evocadores sueños de sus muros y el velo de una mujer, que flota sobre la agrietada Torre de la Cautiva, cayendo suavemente sobre las frondosísimas arboledas, en donde los humanos se deleitan y admiran el vergel de un sultán, embellecido por

la corona de laurel que Granada ciñera en las sienes de aquel vate que supo con sus bellas estrofas, en galano estilo, cantar sus glorias.

*
* *

Para los granadinos, es el «Corpus» heraldado que les anuncia el comienzo de sus fiestas, y todos ellos, estos días, se dedican con todas sus fuerzas a gozar de los múltiples festejos que en esta época se acumulan en la población andaluza; y lo mismo se le ve en las carreras de caballos que acomodado en una butaca del teatro de los Reyes Católicos, que en las calles presenciando el paso de la procesión, que en el paseo de la Bomba, caminando indolente a orillas del Genil, o en los toros, o entre las espléndidas iluminaciones que por las noches convierten los bosques de la Alhambra en fantástico jardín de fuego, en todas partes donde toquen a divertirse le veréis; pero también hallaréis una gran cantidad de forasteros que llenan sus hoteles y fondas, atraídos por el renombre del «Corpus» granadino; muchos de ellos llegados desde allá donde el mar estrella su recio ímpetu contra las rocas cantábricas, otros de Madrid, de ese Madrid bohemio que sabe estar donde se pueda distrutar de la vida; otros desde los altos riscos de la tierra, y los más de las provincias hermanas; toda esta policroma multitud, invadiendo sus calles, lleva la vida a la histórica capital, que por unos días vive deslumbrada entre el brillo de sus fiestas, para luego volver a caer en ese letargo que la convierte en la ciudad del ensueño, glorificada por nuestros vates.

Este año Belmonte ha toreado en la patria de Boabdil *el Chico*, y sin género ninguno de dudas han sido los afortunados habitantes de esta población los que han presenciado las tres tardes más completas que en la presente temporada ha tenido.

En la corrida del 19 de Junio, actuando con *Saleri* y Belmonte II y ganado de Campos Varela. A su primero, un toro grande, después de darle dos verónicas superiores y hacer un quite tirando de media verónica que alborotó a la concurrencia, le da unos muletazos cerca y decidido, y atacando con fe agarra una gran estocada, seguida de un certero descabello, siendo muy aplaudido; en el segundo, de Campos Varela, que había hecho algunas cosas que mostraban su mansedumbre, Juan hace una faena enorme, pasando al toro, con la muleta, por altos, redondos, molinetes y ayudados, de una manera colosal; se arrodilla ante la cara del toro, y después remata su labor con dos medias estocadas bien colocadas y un descabello. El público le tributa una gran ovación. En la segunda de feria, celebrada el 21, que la toreó con *Gallito*, estuvo divinamente; Juan, que ya había sido aplaudido en un quite espléndido, torea a su primero, valiente y apretado. por verónicas, arrancando aplausos; después, en los quites está cerca y artístico; con la muleta pasa apretado y mandando mucho; media estocada tendida, entrando a toda ley, dos pinchazos y un descabello acaban con el bicho. Al segundo, apodado «Fatigoso», lo toma Juan entre los vuelos mágicos de su capotillo, y con una serie de verónicas llenas de arte y emoción, seguidas de una media verónica magna, lo que hace estallar en la plaza un clamor de entusiasmo; después de un quite con repetición de media verónica y un farol deslumbrante, nos vuelve a sacar de nuestras casillas, y con el trapo rojo vemos unos pases altos barriendo los lo-

mos del toro y unos molinetes metido entre los mismísimos cuernos, que hacen que nuestras manos, en un momento de entusiasmo, se junten y aplaudan con estrépito; luego el trianero, en un adorno, se arrodilla de espaldas al toro; al irse a levantar se le arranca y él le detiene apoyándole la mano en el testuz; después de un pinchazo estupendo y una corta en la cruz, el diestro descabella, y es obligado por el público a dar dos vueltas al ruedo, en medio de una tempestad de aplausos. A su tercero lo lancea con valor, y en quites continúa tirando de verónicas y faroles, alborotando a la concurrencia. Después presenciamos una faena inenarrable; Juan, solo con el toro, tan ceñido, que en muchos pases tiene que marcar la salida con el cuerpo, torea por naturales admirables y redondos enormes, en medio de una indescriptible ovación; se arrodilla de espaldas al toro; luego se vuelve otra vez de frente y coloca la mano en el testuz; después... el caos; un matador elegante, de líneas perfectas, que marcando la salida admirablemente y doblando sobre el costillar de «Carnicero», le atiza una estocada al volapié, magna; a los pocos momentos, la multitud entusiasmada que pide las dos orejas, el presidente que las concede y luego el público que pasea en triunfo al diestro por el ruedo y lo conduce hasta el automóvil.

Veamos la tercera y última corrida, en que se lidiaron reses de Guadalest, actuando de mafadores *Joselito*, Belmonte y Sánchez Mejías. Juan, a su primer toro, apodado «Majito», grande y de poder, después de una serie de verónicas y faroles marca belmontina, que son ovacionadísimos, acaba con la clásica media verónica; vemos un quite enorme del trianero; con la muleta nos hace recordar la tarde anterior, dando pases de pecho de gran exposición, se agarra a un pitón y se arrodilla ante la misma jeta; entra a matar y deja media estocada en su si-

tio que es suficiente (grandísima ovación y vuelta al ruedo). Al torear por verónicas al otro toro, estalla una ensordecedora ovación. En los quites le aplaudimos uno muy valiente, y otra vez en dominio de estoque y muleta, trastea de cerca al Guadalest, destacándose de su labor un estupendo pase de pecho; se arrodilla de espaldas al toro, y luego, sin levantarse, vuelto de frente, lo cita y da un pase de gran emoción; después, arrancando recto y por derecho, media estocada en los rubios que mata, y otra vez el clamor de los aplausos.

Así fué despedido Juan de Granada, donde dió, por espacio de algunos días, no poco que [hablar al comentar sus faenas.

VITORIA

VITORIA

Fué fundada por el rey Don Sancho *el Sabio*, de Navarra, en un cerro donde antiguamente estuvo enclavado Gasteiz.

Sus alrededores son pintorescos en extremo, y en verano resultan deliciosos a causa de sus muchas huertas, todas ellas con gran abundancia de agua, llamando la atención lo bien cultivadas que están.

Su suelo produce patatas, cebada, maíz, trigo, mijo, avena y guisantes, siendo gran cantidad la que hay de árboles frutales. En el ramo de industrias, la más adelantada es la fabricación de muebles, que exporta a todo el reino, habiendo llegado a ganar con su fama los mercados del extranjero, en donde tienen gran aceptación.

Sus casas, de construcción moderna, son bue-

nas. Entre sus edificaciones más salientes se cuentan la ermita del Prado, la nueva catedral gótica en construcción, los Arquillos, el convento de las Brígidas, las Salesas, las basílicas de Armentia y Estibaliz, la Casa Consistorial, el palacio de la Diputación provincial y el moderno Asilo provincial.

Sus paseos son hermosos y muy bien cuidados; los de la Florida, el Prado, el Mineral, Campos de los Palacios, Polvorín Viejo, Campo de Arana, hay que verlos rebosantes de gente en sus fiestas del 5 de Agosto.

*
* *

En esta población, tan bonita, tan limpia, que después de salir de entre los riscos de los montes se nos presenta a lo lejos como una nube de blancas palomas posadas en el fondo del valle, también ha toreado Belmonte este año, después de bastante tiempo de alejamiento de aquella Plaza. Por unas horas las calles de la capital alavesa se han llenado de forasteros, que de San Sebastián y otros lugares han llegado a las corridas, y una alegría que extrañaría al habitual vecino de estas latitudes sorprende a sus moradores... Es la alegría, el placer que nos produce un día de sol, de esos en que sus rayos caen sobre nuestra piel como lluvia de fuego, y en que, para resguardarnos de sus rigores, esperamos a la puerta del café, pacientemente, con el puro entre

los dientes, el mosconeo de una florista que pretende colocarnos una flor y la sempiterna taza de café ante nosotros, y luego, subiendo anhelantes a un coche, rodeados de mantillas de blancas blondas, de olor a rosas fragantes, a sangrientos claveles, mezclados con alegres risas que nos traen la visión de mujeres que saben llevarlos, y de vez en cuando el galopar entre las filas de coches, sobre el duro asfalto de la jardinera que conduce a los toreros con sus trajes deslumbrantes, de donde arranca el sol dorados destellos que rivalizan con él. ¡Es día de toros, decimos desde nuestro vehículo...! Juan Belmonte, el mago de la muleta y el capote, el rey del estoque, también toreó en esta plaza los días 5 y 6 de Agosto, y ante los atónicos moradores de aquellas latitudes, Juan el de Triana venció en buena lid las reses, togando afianzar su cartel en esta Plaza, no obstante las malas condiciones del ganado, causa de que sus faenas no lucieran todo lo que debían.

MURCIA

MURCIA

Bosques frondosísimos de moreras, árboles frutales de todas clases, variedad de flores y risueños campos, que más pudieran llamarse jardines: tal es el panorama pletórico de belleza que se presenta al viajero cuando llega a esta encantadora ciudad, envuelta por las ricas caricias de su huerta, donde nadie es pobre, y en donde hay tal variedad de raza, que lo mismo se admira desde el tipo árabe casi puro, al europeo del Norte, de cabellos rubios, distinguidas facciones y cara naturalmente blanca, aunque curtida por el sol y el ambiente. El murciano, por lo general, es refractario a todo lo que sea bullicio, y poco aficionado al roce de las gentes; amante de la tradición, procura conservar los usos y costumbres de sus antepasados; la mujer murciana se distin-

gue por su belleza y por la gracia que pone en sus palabras y andares, recordando en sus frases a las andaluzas y en el pisar a las castellanas. Entre las producciones más importantes de la huerta, que cubre una superficie de 12.000 hectáreas de regadío, sobresalen el trigo y el maíz, cultivándose también en gran cantidad el pimiento, que se cosecha para ser molido; azafrán, legumbres, hortalizas y frutas, especialmente naranjas, lino, etc.; es también riqueza de gran importancia en la huerta de Murcia la que resulta de la cría de ganado caballar y mular, así como la de aves de corral, que en su mayor parte se dedica para el consumo de la población.

La ciudad de Murcia se levanta casi en el centro de la huerta que lleva su nombre, sobre ambas márgenes del río Segura, que la divide en dos partes desiguales; la mayor y más antigua, que queda a la izquierda del río, y la menor, o primitivo barrio de San Benito, unidas ambas por un puente de hierro y otro magnífico de piedra de dos arcos, desde el cual se disfruta un hermoso panorama; por un lado se descubre la casa del Ayuntamiento y la Biblioteca Episcopal, que adelanta en dirección al río por el paseo de Garay, al frente el Arenal y a la izquierda las casas llamadas de Zabálburu y el Malecón, que sigue aguas arriba el curso del Segura, des-

collando sobre todo ello la torre de la Catedral de Santa María.

A pesar de haber sido la ciudad capital durante el período mulsumán, y de gran importancia en la Reconquista, no conserva apenas nada de la monumentalidad de aquellas épocas, debido, sin duda, a su reedificación y reformas urbanas que experimentó en tiempos de Floridablanca, en cuya época, el impulso dado a su agricultura e industria fué grande, llegando a constituir una era de enorme prosperidad en toda la región; no se conserva nada de la muralla árabe, ni de sus siete puertas, así como tampoco de los suntuosos alcázares Kibir y Nasir; de la mezquita, Casa del Príncipe, tan solo resta de la arquitectura árabe unos baños, por cierto nada grandiosos, con varias estancias bastante desfiguradas, y algunos fragmentos de yeserías en el convento de Santa Clara.

Dos obras notables, destacan haciendo célebre la Catedral de Murcia: la torre y la fachada; es aquélla monumento notable en toda España, y más aún en la huerta murciana, a la que domina; para sustituir aquella torre, que hiciera Jacobo de las Leyes, propuso levantar otra el obispo Mateo Langa, cardenal de Santángelo; la magna obra, tardó mucho en acabarse, y no obstante la variedad de artífices que en ella intervinieron, el mo-

numento no carece de unidad; su planta es cuadrada, la decoración se basa en órdenes apiladas en los ángulos, dejando intermedios grandes paños, en los que se destacan muchos huecos; el estilo es de rico renacimiento italiano en el primer cuerpo, más español en el segundo, algo abarrotado en el tercero y más severo en los de terminación; fué autor de la traza general, y de los comienzos, el maestro italiano *el Indaco*; sucedióle e hizo el primer cuerpo su hermano Jacobo Florentino, el segundo cuerpo pertenece a Jerónimo Quijano, el tercero lo proyectó Juan de Gea, ejecutándolo José López, y el remate obedece al dibujo de Ventura Rodríguez.

Tenía la Catedral una fachada del siglo XVI, que se pensó en reemplazarla, por lo ruinoso que se encontraba, en el siglo XVIII; el proyecto lo trazó Bort, comenzándose las obras y siendo varios los colaboradores, entre ellos Juan Federico, que había trabajado mucho en Versalles, por lo que se explica el estilo Luis XV que se ve en algunos pormenores; la fachada se ideó como un gran retablo, sobre el simbolismo del culto a María Santísima y la exaltación de la fe. El estilo tiene de todo: Renacimiento en la parte general, barroco en los pormenores, neoclásico en el dominio de severas columnas grecorromanas. El conjunto marca las tres naves interiores y las respectivas

alturas de ambas; grandes órdenes superpuestos, coronados por una enorme hornacina, encuadran la puerta y ventana centrales; son notables los pormenores, que constituyen una serie capital en la historia de la decoración en España; estatuas, guarniciones, netos de pilastras, etc.

Al lado de estas dos magníficas obras, importancia menor tienen las otras partes del exterior de la Catedral; sólo mencionaremos la puerta de las Cadenas, en el brazo norte del crucero.

Tiene la catedral algunos cuadros buenos; entre los mejores se cuentan la arcaica tabla de San Miguel, atribuída a Pedro Fábregas, pintor de los últimos años del siglo xiv; el retablo de Nuestra Señora de Gracia, y la notable tabla de Los Desposorios, en el altar de los condes de Carrión.

Vive Murcia sosegadamente, con dejos patriarcales que van desapareciendo de las grandes poblaciones levantinas. Sus calles y plazas son largas y estrechas; las principales son: Platería y Príncipe Alfonso, que atraviesan la mayor parte de la ciudad y en donde está concentrada la vida de ésta; allí se encuentra el Casino, lujosos hoteles y las principales tiendas; la del Príncipe Alfonso presenta la particularidad de hallarse entoldada, ostentando carácter histórico por haber sido designada por Jaime I de Aragón, a raíz de

su conquista de Murcia, como línea divisoria entre la población cristiana y la musulmana. Son dignas de mencionarse las calles de Floridablanca y las Pilas, y entre sus plazas, la de la Constitución, la de Chacón, con un monumento dedicado a los murcianos ilustres, y la del Marqués de Camacho, donde se corrían antes los toros. Sus parques y paseos son magníficos; el Camino Nuevo, que va desde la plaza de la Media Luna al Palmar, y que es una larga bóveda de árboles que apenas traspasan los rayos del sol; el del Malecón, que a la vez que defiende a la ciudad de las avenidas del Segura es un sitio sumamente pintoresco, desde el cual se pueden apreciar las bellezas de la huerta, y el de la Puerta de Castilla, que empieza en la calle de San Antón y acaba cerca de Espinardo, con unas vistas soberbias.

Cuenta la ciudad con buenos edificios modernos; Casino, situado en la calle del Príncipe Alfonso, instalado con sumo lujo; Círculo de Bellas Artes, Museo provincial; monumentos como el erigido a Salcillo, el de la Fama, y otros espectáculos, entre los que se cuentan el teatro Ortiz, el de Romea, el Campo de Tiro en el camino de Espinardo y una Plaza de Toros con cabida para 17.000 personas.

Murcia une, a las delicias de su clima, a la alegría de sus fuertes y gráciles mujeres, a la riqueza

za de su huerta, la belleza sublime de los místicos días de Semana Santa, en que por sus calles desfilan lucidas procesiones, sólo comparables con las de Sevilla, admirándose la *Cena* y la *Dolorosa*, esos magníficos pasos que provocan la admiración del forastero y que en días de divino ensueño ejecutó la inmortal mano de Salcillo.

* * *

También aquí, en el antiguo reino de Teodomiro, entre el perfume de sus flores y el suspirar de sus mujeres, ha toreado Belmonte: ese torero tan popular, conocido lo mismo en las altas regiones españolas donde las notas de sus zortzicos nos dan la impresión de cantos sentimentales, que en las del Sur, donde sus canciones alegres como trinos de ruiseñor, nos descubren el fondo del alma andaluza, o en Aragón, donde son los acordes de sus jotas los que nos traen alegrías y tristezas, recuerdos y amores, todo ello mezclado entre el conjuro de sus brillantes notas; también la figura de este lidiador es conocida allá al otro lado del Océano, en tierras hermanas, que por ser hijas de la misma madre tienen las mismas aficiones, y por eso también a los agudos sonos del clarín vibra todo su ser en una oleada de entusiasmo, y aplauden lo mismo que lo hacemos aquí en España, en esos días de sol primaveral, que extendiendo sus rayos sobre nuestras Plazas de Toros, cubriéndolas con un nimbo de luz, nos brinda a que gocemos de un espectáculo tan español

y tan lleno de vida y color como es esta fiesta de toros, tan genuinamente española. Y ha sido Murcia, la adorable ciudad de la Península, la que este año ha tenido la suerte de presenciar en su Plaza de Toros dos de las tardes más valientes que Juan Belmonte ha tenido este año. Los toros lidiados en esta feria han sido de Antonio Flores y Samuel Hermanos, y los diestros que acompañaron a Juan en el desempeño de su misión, José Gómez Ortega y José Flores, *Camará*.

Un lleno hasta el tejado es la entrada que acusa la primera corrida de feria. Juan pasa a su primero valiente y con mucha decisión; en algunos pases el toro le entra rozándole el traje materialmente; dos molinetes en la misma cuna son ovacionados, lo mismo que el buen pinchazo y la estocada contraria que mata. Al toro negro zaíno que le tocó matar en segundo lugar, le vemos torearle con la muleta valentísimo, y son los pases de pecho y molinetes que administra al de Flores, los que hacen estallar la ovación. El público, entusiasmado, pide al diestro que continúe toreando; Juan complace y continúa entre los cuernos; después da media estocada tendida, dos pinchazos y un descabello acaba con el toro, escuchando las muestras de agrado de los murcianos por su labor de muleta.

En la segunda tarde de feria, que se lidió ganado de Samuel Hermanos, Juan, a su primer toro, de hermosa presentación y con mucho poder, después de haberlo toreado muy bien en los quites, oyendo muchas palmas, le hace una faena de muleta temeraria, jugándose la pelleja a cada pase y dando al animal pases de todas marcas. Da un gran pinchazo en su sitio, que es muy aplaudido; a continuación sigue la valiente faena, y es el final de ella media estocada y un descabello. Al otro toro le da unos lances de capa muy bonitos; el bicho, que le han

castigado en demasía con las picas, llega un tanto aplomado a la muerte; no obstante, el diestro intenta torearle y pasa por alto valiente y artista; la faena es un alarde de conocimiento y valor, y es finalizada con dos pinchazos y un descabello. El público, que ha visto que Juan, en las tardes que ha actuado aquí, ha hecho cuanto ha sido preciso para agradar al público y justificar un nombre ganado en la ruda pelea con los toros, le hace objeto de una cariñosa ovación.

ALBACETE

ALBACETE

Es de ver esta población en el día de la Patrona, la Virgen de Llanos; rebosa la alegría en todos los semblantes, se queman artísticos castillos en la plaza, se celebran alegres veladas y funciones de teatro, y el público se entrega al baile; ese día las calles principales se encuentran muy animadas, viéndose mujeres que parecen llegadas de Venecia, de ojos soñadores y enigmáticos, envueltas por la fragancia de unas rosas que abren sus corolas al ligero soplo de una de sus sonrisas. Fuera de estos días, que son pocos en el año, el resto lo pasan los naturales del país dedicados a la agricultura, que aquí se encuentra muy desarrollada, así como su industria, y habiendo alcanzado gran celebridad esas navajas de Albacete, que en más de una estación se venden a la llegada de los trenes; hay una, sobre todo, en la línea de Madrid a Sevilla, Al-

cázar de San Juan, en donde apenas llega el tren y asoma el viajero las narices por la ventanilla, largan el consiguiente ruido escalofriante de seis respetables muelles de una navaja diminuta, con la que puede jugar un niño y herirse un mozo; el vendedor de este artículo suele ser terco, y tenéis que terminar por comprarle su mercancía para libraros de semejante lata.

Supone el historiador Miñano que los árabes llamaron a Albacete *Albasite*, habiendo sido su nombre antiguo Abula. Espinat y García opinan que fué fundada por los cilicios, denominándola *Celtide*, y se apoya en la autoridad de Luitprando, que dice: *in Hispaniam venientes Celtide vocaverunt hunc locum, quem mauri vocant Albacen corrupt.* Durante el reinado de Juan II fué esta población teatro de correrías del infante D. Enrique de Aragón y de otros incidentes de las luchas que los nobles sostenían contra el poder real, representado por el condestable D. Alvaro de Luna. Aprovechando estas luchas, los moros de Granada entraron en Albacete, saqueándolo todo y obligando a D. Alvaro Téllez de Girón a refugiarse en la fortaleza de Hellín. Cuando se le concedió el título de villa por merced de don Alfonso, marqués de Villena, hijo de D. Pedro de Aragón, contaba escaso número de vecinos y estaba situada en el lugar que hoy se conoce

con el nombre de Alto de la Villa y antes Villavieja. En la época que gobernó la Casa de Austria, esta ciudad siguió la suerte general del resto del país, no ocurriendo por aquellas fechas acontecimiento que merezca especial mención. A la muerte de Carlos II estalló la guerra, que pronto se extendió por toda la Península, decidiéndose precisamente en las llanuras de Albacete. En la guerra de la Independencia se preparó para rechazar al invasor, y después de la derrota de Blake delante de Murviedro, la Junta de la Mancha se retiró a los montes de Alcaraz. La guerra civil ocasionó por esta comarca los mismos estragos que en las demás provincias, y durante la última guerra civil fué ocupada pocas horas por las huestes de Don Carlos, al mando de Santés, en Enero de 1874, los cuales tuvieron que abandonar la ciudad a toda prisa ante el anuncio de las fuerzas enemigas que llegaban en gran número.

Celebra su feria del 7 al 15 de Septiembre y en ella se hacen muchas transacciones en ganado, artículos manufacturados y productos del país.

Entre sus edificios sobresalen el Palacio de la Diputación, de construcción moderna, rodeado por elegante verja; el Palacio de la Audiencia territorial, y el nuevo Palacio Municipal, acariciado por la sombra de centenares de árboles, a

cuyo pie más de una vez se habrá oído el suspiro de gentil alondra, entre trinos de un parlero ruiseñor, envueltos en manto de plata que la luna les dibujaba al mirarlos con suave sonrisa picaresca.

* * *

El sol del mes de Septiembre, dejando caer sus rayos de fuego sobre esta ciudad, y lo que es más triste, sobre nosotros, hace que del fondo de nuestro ser se levante una protesta contra él; ¡no hay derecho a tostar, con sus caricias de fuego, las caras de las adorables mujercitas de estas tierras, o el principio del escote que bajo su cuello se deja adivinar, como tesoro oculto! Ellas caminan hacia los toros, a decir verdad, sin preocuparse mucho del calor, y sí bastante más de los forasteros, envolviéndoles entre el mágico conjuro de sus miradas ardientes y sus risas argentinas. Unas van en coches camino de la plaza, y su animada charla, convertida, a veces, en efusivos saludos, trasciende de unos vehículos a otros, mezclado con el restallar de un látigo, que golpea a una jaca que tira de un diminutivo coche, ocupado por varias personas, que en loca carrera parece querer adelantar a los demás, creyendo que van a llegar retrasados; otras marchan a pie, y con su andar, menudo y rítmico, atraen sobre ellas la mirada de más de cuatro pollitos, que generalmente suelen traducirse en los más tímidos en forma de piropo, como por ejemplo pongo: «Joven, ¿de dónde ha extraído usted esa tontería de iluminación?» Y en los más descarados, en forma de ocurrencia, como por ejemplo: «Morena, ¿está usted, por casualidad, pidiendo algo a San Antonio? ¡Porque aquí estoy

yo!» Unos y otros, mujeres y hombres, en alegre algarabía, se dirigen al lugar de todos, o por lo menos casi todos, sus pensamientos, ¡a la Plaza!, ansiosos de ver a los toreros en franca pelea con los toros, para luego premiar su trabajo con palmadas efusivas o con pitos significativos. Albacete cuenta con una de las Plazas de Toros más modernas; su inauguración no se remonta más allá de dos años; su ruedo, hermoso y bien cuidado, parece que está pidiendo que toreen en él; y este año no puede, en verdad, estar quejoso, que bien le han hecho los honores los diestros que han lidiado las corridas de feria que en él se han toreado; José Gómez, Manuel Belmonte, Ignacio Sánchez Mejías y Juan Belmonte han sido los que este año se han encargado de despachar los morlacos de D. Vicente Martínez y de don Luis Gamero Cívico que la Empresa les tenía preparados. El ganado cumplió, y no se puede tener queja de él si lo comparamos con la serie de pavos amaestrados que hemos disfrutado. De la actuación de Belmonte en estas corridas no se puede hablar más que para alabar su labor. Aún recuerdo la serie de verónicas que el torero de Triana dió a su primero, de Vicente Martínez, que fueron un alarde de ejecución, valor y temple, y que hicieron que las masas estallasen en una e tusiasta ovación...; el toro acomete a los piqueros, que le clavan la puya a su sabor; luego a los banderilleros les entra franco, y al llegar al último tercio, el animal, noble y boyante, está como para hacerle una serie de cosas inverosímiles... Y aquí tenemos a un torero, que dándose perfecta cuenta de la breva que tiene delante, se dispone a comérsela; y después de un pase por alto como introducción y uno natural con tratamiento de usía, vienen una serie de pases que enloquecen a la concurrencia... Allí se dieron cuantos posee el abundante repertorio de Juan; el público le pide que siga

toreando a voz en grito, y el diestro, que ya no tiene enemigo, de rodillas, de pie, de espaldas, en todas formas y posturas, tocándole al bicho los cuernos, hace mil desplantes, que arrancan frenéticas ovaciones y gritos de entusiasmo; luego, el diestro se perfila, la mano izquierda con la muleta pegada a la pierna, la mano derecha armada con el estoque, y dándole el hombro al bicho, dejando resbalar la pierna hacia adelante y yéndose tras el estoque, coloca una monumental estocada, de la que el toro queda muerto a los pocos instantes; la oreja y una nube de aplausos son el premio a la labor de Juan, que ha estado valiente y artista de verdad. En el otro cornúpeto, otra vez nos volvemos a entusiasmar con unos lances de capa del *fenómeno*, que nos transportan al mejor de los mundos; el toro desarma, y por eso la faena de muleta no luce tanto, predominando en ella la brevedad; un pinchazo y una estocada entera bien administrada acaban con el de Martínez.

El día 10 de Septiembre se celebró la última corrida, con el completo echado en todos los lugares de la Plaza, y vimos a Belmonte, que en su primer toro nos admira con una serie de verónicas, dignas de ser esculpidas; el de Gamero, que había sido acosado por la gente de a caballo, llegó al último tercio hecho un marmolillo, y después de una faena valiente y positiva, dándole al toro lo que necesitaba, colocó media estocada, que fué suficiente para matarlo; en su segundo, Belmonte se despide de la afición albacetense prodigando una serie de verónicas inimitables, rematadas con una media, marca súper, y haciendo luego con la muleta una faena cerca, valiente y con gran tranquilidad, rematando su labor con dos pinchazos buenos. Suenan las palmas en su honor, y seguido del eco de ellas abandona el coso taurino...

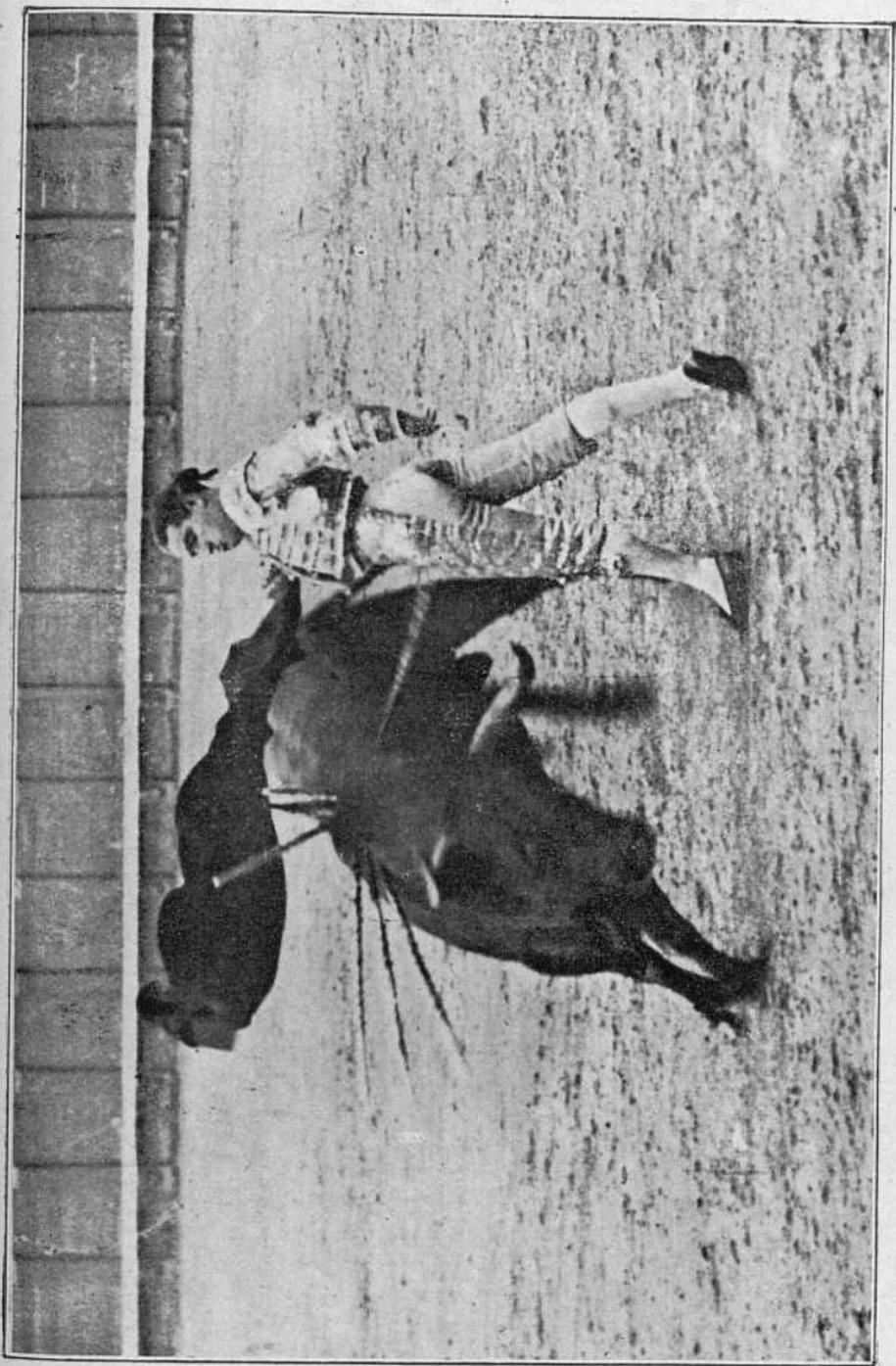
LOGROÑO

LOGROÑO

Escasas son las noticias que se tienen sobre el origen de esta ciudad; antiguas crónicas de los tiempos de Alfonso VI nos hablan de los condes D. García y doña Urraca, que la reformaron y engrandecieron, y que después de la invasión musulmana fué recuperada por los cristianos, allá por los años de 755, haciendo constar la crónica de Cardaña que el Cid entró en ella en 1073. Después de la muerte de Sancho el de Peñalén, tomó la ciudad Alfonso VI, el cual le concedió los famosos fueros, que hizo extensivos a la Rioja y Vascongadas; tales fueros contribuyeron de un modo notable a su progreso y bienestar. En las guerras de Castilla y Aragón sufrió mucho esta población, cayendo en poder de Alfonso I *el Batallador*; más tarde en manos de

Alfonso VII y en el 1160 la tomó Sancho *el Sabio* de Navarra, el cual confirmó sus fueros y mejoró grandemente sus agrietadas y en algunos trozos casi derruidas murallas; a pesar de lo cual Alfonso VIII la redujo a la Corona de Castilla con los demás pueblos de la ribera. En el año 1136, el célebre puente que baña las aguas del río Ebro, fué testigo de una defensa heroica contra los ejércitos navarros, que tenían la pretensión de extender por allí sus territorios; durante la lucha quedaron abiertas las puertas de la ciudad para recibir a los fugitivos, contingencia que aprovecharon los navarros embistiendo las puertas; entonces, el valiente ciudadano de Logroño Ruiz Díaz, consólo tres hombres, defendió la entrada del puente, logrando no dejar penetrar a los sitiadores, acto de heroísmo que pagó con la vida; en 1369 cayó la ciudad en poder de los de Navarra en virtud de un pacto entre reyes, pero la población reclamó su independencia, y sometiendo el fallo ambos contendientes al Pontífice Gregorio XI, éste resolvió cediendo la ciudad a Castilla.

Una traición fué origen de una nueva guerra: Carlos *el Malo* ofreció una crecida suma en oro al adelantado Manrique para que le dejase libre la entrada a la ciudad; éste comunicó la oferta al rey D. Pedro, el cual le dijo que recibiera al rey



Fot. Alfonso.

Un buen pase de pecho.

de Navarra y se posesionara por sorpresa de su persona; el adelantado, después de haber reforzado con gran sigilo la guarnición, pasó a cobrar la cantidad ofrecida, invitando al rey a tomar posesión de la plaza; entró la mayor parte de su comitiva, que Manrique hizo alojar en varios barrios con objeto de derrotarles con más facilidad, y hecho esto salió al puente para que entrara el rey; mas, receloso éste, demoró su entrada para el siguiente día; al volver Manrique a la villa mandó prender a los navarros, entablándose entonces una lucha en donde muchos de ellos perecieron; el abanderado pudo salvar su estandarte pasando el Ebro a nado y con él algunos más; a los pocos días ambos reinos estallaban en guerra. Don Juan II le otorgó los títulos de ciudad y de muy noble y muy leal. En la primera mitad del siglo xv, los navarros, aliados a los aragoneses, volvieron a apoderarse de Logroño, y más tarde el rey Enrique IV llegó con un buen ejército, recuperándola definitivamente. Carlos V entró en la ciudad acompañado del duque de Alba, del almirante Diego Colón y otras personas ilustres y le concedió tres flores de lis que añadió a su escudo.

Uno de los fueros municipales españoles más importantes es el de Logroño; «las leyes de este fuero eran comunes a todos los que habitasen en

Logroño, cualquiera que fuera su naturaleza o procedencia». En primer término se ocupa de la administración política y administración de la ciudad, y después, de los privilegios de sus habitantes. Consagra la inviolabilidad del domicilio, hasta el punto de que autoriza a todo vecino para matar al merino o sayón que entrara por fuerza en su casa. El señor de la ciudad no podía nombrar merinos, alcaldes ni sayones que no fuesen vecinos y pobladores de Logroño; éstos podían comprar y vender heredades donde quisieran, con libertad absoluta, y la tenencia pacífica por año y día les aseguraba en su posesión, debiendo pagar cuarenta sueldos quien les perturbase en ella; y los habitantes de Logroño también podían utilizar los pastos, aguas, viñas, molinos, huertos, montes y leñas que hallasen fuera de su término, construir casas y ejercer otros actos semejantes; disposiciones que contrastan con el sistema de restricciones y prohibiciones propio de la época. La compensación pecuniaria era el sistema penal generalmente seguido, señalándose para el homicidio 500 sueldos, para las heridas con efusión de sangre, 10 sueldos, y para la sin ella cinco sueldos, castigándose también con diferentes penas y multas los delitos contra la honestidad. Finalmente, declara este fuero abolidos en Logroño los malos

fueros de sayonia, anubda, mañeria, vereda, hierro y agua caliente, fonsadera, pesquisa, etc., lo cual representa un grande adelanto en el camino de la libertad.

Este fuero se hizo extensivo a Vitoria, Miranda de Ebro, Santo Domingo de la Calzada, Castro Urdiales, Briones, Laredo, Salvatierra de Alava, Medina de Pomar, Frías, Santa Gadea, Orduña, Tolosa de Guipúzcoa, Arciniega, Lasarte, Azpeitia, Elgóibar, Plencia, Peñacerrada y otras villas y lugares; de modo que puede decirse que fué general para la Rioja y las Provincias Vascongadas.

Tan solo se conoce una copia auténtica de él (lo que es extraño dada su difusión), encontrada en el archivo de Vitoria e inserta en una confirmación del rey D. Pedro en 1351, de la que resulta que también fué confirmado por D. Sancho de Navarra en 1168. Lo imprimió por vez primera D. Joaquín de Landázuri y Romarate por vía de apéndice a su *Historia de la ciudad de Vitoria*, aunque con grandes errores y barbarismos, debidos a que el editor no pudo adquirir una copia exacta.

Baña a la ciudad el Ebro, hallándose el río dividido en dos brazos por una extensa isla, llamando los naturales Ebro Chiquito al brazo menor; le cruzan dos puentes: uno de hierro que da

acceso a la calle de Sagasta, y sirve de paso para Navarra y Alava, y otro de piedra, a pocos metros del anterior; tiene seis grandes ojos y es de época antigua, habiendo sido reconstruido modernamente.

En cuanto a monumentos arquitectónicos, aunque los tiene muy buenos, no responden a la importancia que esta ciudad tuvo en otros tiempos; ha desaparecido el puente que se construyera en el siglo XII para el tránsito de los peregrinos; se han reconstruido casas e iglesias, perdiendo el carácter peculiar de época; se han modernizado sus calles y plazas, y hoy no tiene la ciudad más que alguna casa o portada con el sello primitivo y cuatro iglesias monumentales: la colegiata de Santa María la Redonda, San Bartolomé, la imperial de Santa María del Palacio y Santiago, de principios del siglo XVI, de estilo gótico muy decadente; es notable por la enormidad en ancho y en alto de su única nave y por la singular terminación de la cabecera y de los pies en forma de ábside; tiene bóvedas de crucería, de nervatura muy complicada; merece la atención la gran puerta de estilo barroco, sobre la cual encabrita su caballo un colosal Santiago Matamoros; San Bartolomé, pequeña iglesia; tiene tres naves muy cortas, crucero y tres ábsides, semicircular el central y cuadrados los laterales; la planta y bó-

vedas de sencilla crucería indican una construcción romano-ogival del siglo XIII; en el interior son de admirar dos sepulcros del siglo XIV; en el exterior una torre cuadrangular de azulejos y ladrillo, de estilo mudéjar aragonés; la imperial de Nuestra Señora del Palacio debe el título a haber sido capilla palatina de la morada que los reyes tuvieron allí, y quizá a alguna concesión de Carlos V.

Posee Logroño buenos establecimientos de instrucción, entre los que se cuentan el Instituto provincial, Biblioteca provincial, Instituto geográfico y estadístico; en cuanto a establecimientos de beneficencia cuenta con gran número, y para sus diversiones tiene un buen teatro, Plaza de Toros, Frontón Logroñés, Beti-Bai, etc.; de sus calles, plazas y paseos, los principales son la de la Constitución, el de Sagasta, en donde se encuentra el monumento de este esclarecido hombre público; la Rúa Vieja, continuación de la calle Barriocepo, en la cual se nota la casa en que vivió San Gregorio Ostiense, convertida en un oratorio en el siglo XVII; la calle Mayor, que pone en comunicación la ronda del Pósito con la de la Penitencia; la de Herrerías, Mercado, la del General Espartero, el paseo del Príncipe de Vergara, imitación de la Florida de Vitoria, y la calle de Vara de Rey, el invicto general que dió

la sangre por su patria, sucumbiendo con heroico valor en las lomas del Caney.

* * *

En esta población, donde el aire frío que corta la cara nos hace pensar, en pleno estío, en el próximo invierno, también ha toreado Belmonte esta temporada. Dos han sido las corridas lidiadas, y en ellas le hemos visto alternando con Joselito y Manuel Belmonte, y conteniendo con ganado de doña Carmen de Federico y del conde de Santa Coloma.

La primera de feria se celebra con un tiempo francamente malo; el frío y la lluvia parece que se han unido para hacer la tarde desapacible; sin embargo, en el ruedo tenemos dos toreros dispuestos a convertírnosla en agradable... Y fué Belmonte, que abriendo su capichuela, dió unos lances con ella a su primer toro, que hicieron que las palmas que antes sonaron en honor de Gallito, y que empezaron a desarraigar entrecejos, se volvieran a repetir, acabando ya de una vez de poner alegres a cuantos afortunados mortales lo presenciaron; los picadores buscan al toro y lo rajan sin compasión, contribuyendo no poco a que llegue a la hora de tomar la muleta un tanto descompuesto; Juan, con gran valentía, le obliga a tomarla; al intentar un adorno el toro se le queda, y el diestro, comprendiendo que el de Federico no está para florituras, acaba con él de una buera estocada, que es muy aplaudida; en el segundo que mató nos dió el susto: después de haberlo toreado de capa muy bien, empieza con la muleta metido entre los pitones; los pases son emocionantes, el torero cada vez se ciñe más, y parece inevitable una cogida, y lo que tenía que pasar sucedió, después de sufrir una colada, de la que le

libra el capote de Joselito; Juan sigue la faena enco-rajinado, dando pases ayudados y de pecho, tan metido en los terrenos del toro, que éste acaba por alcanzarlo y tirarlo al suelo... En la Plaza hay un momento de impresión... ¡Un capote oportuno que se lleva al toro!, y Belmonte que, levantándose sin mirarse siquiera, entra a matar, para dar un gran pinchazo, seguido de media estocada que basta; el toro, que ha derrotado al consumar el matador la suerte, es causa que se hiera en la mano con el estoque... Muere el toro y se ovaciona al de Triana largamente; a su último toro, un manso inlidiadle, a pesar de que no se le podía torear, ansioso de palmas, intentó sacar de él todo el partido posible; da varios pases por bajo y algunos molinetes, que aplaude el público; luego, para demostrarnos que no tiene miedo al buey, se arrodilla de espaldas a él; en medio de una ovación entra el diestro a matar, para colocar un pinchazo alto y una estocada buena.

En la otra corrida obtuvo un gran éxito toreando a su primer Santa Coloma por esas verónicas que él sabe dar, haciendo que trascienda hasta nosotros el soberano arte que pone en su ejecución; dos navarras y un farol unido a lo anterior, capaz de producir un incendio, son causa que estallen las ovaciones, que se van repitiendo conforme el diestro va pasando ante los tendidos para retirarse al estribo a coger la muleta; una vez con ella realiza una artística y reposada faena; hay en ella tres o cuatro pases de pecho, que el público jalea, y acaba dando en tierra con el del conde de media estocada superior; y por último, salió el quinto toro, grande, negro y huído; Belmonte lo toma bajo su jurisdicción, y primero una verónica empapando al bicho, luego ¡otra! y ¡otra...! y así hasta lograr recogerle, y el que salió huído acabó por transformarse en pobre cordero, atento solamente al capote que tan bien lo

supo sujetar; el público se entusiasma y aplaude a rabiar; sigue a esto un quite lleno de temple, y después una gran faena de muleta, de pases altos y molinetes ceñidísimos; la ovación estalla frenética; Juan se arrodilla de espaldas al Santa Coloma, luego se levanta para continuar dando pases de todas las marcas; remate de tan soberbia faena es una colosal estocada de muerte, que es premiada con una multitud de aplausos delirantes y la oreja del morlaco... Después de arrastrado el toro, mientras las palmas siguen sonando en el ruedo, el eco de ellas retumba lejos, donde una mujer espera ansiosa el telegrama tranquilizador.

ALICANTE

ALICANTE

Bella ciudad mediterránea, situada entre los cabos de Santa Pola y Huerta; está en el centro de una bahía y edificada en anfiteatro. En tiempo de los romanos era conocida con los nombres de *Lucentum* y *Loguntia*, también con el de *Acra-Leuca* (cosa blanca), pues tanto la ciudad como el castillo están asentados sobre un peñón que es todo blanco y calizo. De clima suave hasta el punto de constituir estación invernal, el cielo limpio y su mar tranquilo, las flores de un gran aroma y la bondad de sus habitantes, hacen que el forastero conserve un recuerdo grato de esta población. Fué tumba de Asdrúbal; cristianos y moros, castellanos y aragoneses, liberales y carlistas, riñeron sangrientas batallas; Escipión ancló con sus naves después de haber de-

rrotado a los cartagineses cerca de la desembocadura del Ebro; pasaron los siglos y don Alfonso *el Batallador* en 1123 la reconquistó a los moros; al poco tiempo fué recobrada por el emir de Valencia; en tiempos de don Fernando *el Santo*, por cesión del emir de Murcia, pasó de nuevo a los cristianos; en el 1262 se encontraba en poder de los musulmanes; a los tres años la entregaban a don Jaime de Aragón. En los últimos años del siglo xv, Fernando V le concedió el título de ciudad; sus armas son un castillo de oro con puerta cerrada y tres torres sobre una peña con figura de rostro humano, batida por las olas; fué concedido este escudo por Alfonso X *el Sabio*, le agregó un escudete con las barras de Aragón Jaime II y Carlos I le concedió el toisón.

Entre sus edificios más notables se encuentra la Colegiata de San Nicolás de Bari, de orden dórico, considerada como uno de los mejores templos de España; la iglesia de Santa María, y el palacio del conde de Soto Ameno.

Como ocurre con la generalidad de los pueblos del Mediodía, los alicantinos son de carácter alegre, aficionados a divertirse; les gusta la música, bailan la jota muy saltada al son de guitarras y postizas (castañuelas); de trato agradable y tranquilo, en las disputas demuestran instintos feroces. La mujer del pueblo viste faldas

de gran vuelo y al cuerpo pañuelo de punta; el hombre, alpargatas, zaragüelles, manita y sombrero de anchas alas.

Su puerto, uno de los mejores del Mediterráneo, gusta contemplarle desde la Explanada, un paseo limpio y bonito, con palmeras a los lados, a cuyo pie se mecen las barquichuelas; una de ellas susurra una copla sevillana; la había oído la noche antes al picador de confianza del espada que se le ocurrió la peregrina idea de dar una vuelta a la bahía en una noche sin luna, con su pedazo de turrón, como él llamaba a su media almedra, natural de Jijona.



A orillas del Mediterráneo, respirando el aire aromático que descende de la tierra valenciana, se alza la población de Alicante, que se presenta a nuestra vista como espléndido oasis, después de un viaje de algunas horas en pleno invierno, desde la capital de las Españas; pero todo tiene fin en este mundo, y después de haber atravesada los fríos eriales toledanos y los campos de Valencia, donde las primeras flores de la primavera empiezan a abrir sus pétalos, hemos llegado por fin a esta tierra hospitalaria que, abriéndonos las puertas de todos sus hoteles, se brinda a tenernos por una cantidad un poquito elevada con relación a la tarifa ordinaria; cosa que tiene su explicación debido al acontecimiento que hoy tiene lugar aquí, única razón por la que, dejando las comodidades del brasero y la estufa,

nos hemos decidido el sin fin de mortales que hoy llegamos a venir hasta aquí, en este tiempo que, a decir verdad, no es propio ni aun para llegar a este sitio, que en eso de temperatura la disfruta completamente paradisiaca.

Es el caso que Belmonte, que se nos marchó primero a Lima, y luego se casó, vuelve otra vez en su tierra a los toros, con el número de huesos completo; pues no obstante las mil historias contadas, al pasmo de Triana no le ocurrió más que lo que le puede pasar a cualquier otro mortal: que se enamoró de una mujer y se casó con ella. Había quien creía a Belmonte matador de su empresario; otros lo suponían huyendo para caer luego en poder de una tribu salvaje; hasta algunos se lo llegaron a imaginar en el propio corazón del Imperio amarillo, metido a empresario y organizando corridas; pues allí ocurre lo que en nuestro país, que hay muchos coletas. Ya está el diestro en España y todavía hay quien dice que Juan tiene que viajar con intérprete, porque se le olvidó el castellano; *¡habrá m'alange...!* Pero veamos lo que hizo Belmonte en la tarde lluviosa que nos ocupa, primera que toreó en su tierra desde su vuelta de América. Luchando contra el tiempo y el primer toro que le tocó en suerte, logró, después de hacer una buena faena con la muleta, pasaportarle de una buena estocada, que le valió el primer apéndice del año; en el otro animalito hizo que los aplausos volvieran a sonar; total, que dimos por bien empleada la mojadura (pues llovió durante la corrida), con tal de volver a ver al diestro de Triana entre nosotros.

El 6 de Septiembre toreó también en compañía de *Joselito* y Félix Merino. La labor que realizó en los dos toros fué premiada con frecuentes muestras de agrado. Al primero, de Pérez de la Concha, un bicho muy corretón, le paró los pies con una serie

de lances de capa de los suyos; luego viene una faena de muleta con pases de calidad especial, entre los que se destacan, por su artística y valerosa ejecución, tres molinetes y dos pases de rodillas; luego vino lo mejor de todo: un soberano volapié, que arranca la vida al toro, y una grandísima ovación a Belmonte, seguida de la concesión de la oreja; al otro, después de veroniquearlo muy bien, lo pasa cerca y derrochando valor, acabando con él de dos medias estocadas, atacando con coraje; otra vez suenan las palmas, y los últimos flexibles de invierno van cayendo en el anillo, junto al diestro, a medida que da la vuelta al ruedo.

VALLADOLID

VALLADOLID

La que fué en otros tiempos corte de Castilla, vió morir al descubridor del Nuevo Mundo y presenció en su Plaza Mayor la ejecución del condestable de Castilla D. Alvaro de Luna, se encuentra situada en una extensa llanura, regada por los ríos Pisuerga y Esgueva; es ciudad alegre, en donde la animación es uno de sus encantos, y parece un Madrid en pequeño. Sus mujeres son buenos tipos, arrogantes y de porte señorial; para las casadas yo no sé lo que tendrá esta tierra; pero el caso es que son de singular atractivo, más que en ninguna otra del planeta, y su fama de buenas hembras corre en coplas de ciegos, frases de escenario y dichos de la gente.

Entre las joyas arquitectónicas que encierra

Valladolid, se destacan la Catedral, de mérito artístico, que aún no está concluída; San Benito, el Palacio de los Reyes, el Colegio de San Gregorio, obra admirable del Renacimiento, fundado por el obispo D. Alonso de Burgos al finalizar el siglo xv; aparte de su fachada preciosa, muestra del arte de la época, lo verdaderamente portentoso en este edificio es el patio principal con su doble galería, y en cada lienzo seis arcos de curva aplanada, sobre columnas espirales, formando un conjunto suntuoso; en el claustro alto aparecen dos magníficos orlados colgadizos, festoneados por una guirnalda, entre cuyos huecos asoman pequeños ángeles en campo florde-lisado; son también primorosos los calados rombos del antepecho, por bajo del cual circuye el friso inferior una cadena de piedra; en el superior alternan haces de flecha con nudos gordianos, gloriosas divisas de los Reyes Católicos, y de la cornisa avanzan caprichosas gárgolas del mejor gusto, siendo este claustro uno de los más bellos que en su estilo posee España; el antiguo templo de San Pablo, que constituye uno de los más puros ejemplares del arte gótico; guarda en su interior incalculable número de joyas y reliquias de gran valor, que datan de los tiempos de Juan II, hasta el retiro del duque cardenal de Lerena; sin embargo, lo más hermoso de esta

iglesia, lo más netamente representativo de su época, son la riquísima portada de su fachada y la grandiosa nave principal, y el antiguo Colegio de Santa Cruz, convertido actualmente en Biblioteca y Museo, cuyo hermoso pórtico constituye uno de los más bellos ornamentos arquitectónicos de la capital.

Cuenta esta ciudad con buenos edificios modernos; uno de sus teatros es magnífico, teniendo algo parecido con el del Real de Madrid, y sus paseos, tanto los de verano como los de invierno, son espaciosos y bonitos; llaman la atención el parque de flores del Campo Marte, el Prado de la Magdalena y las Moreras, situado a orillas del Pisuegra; ese río tantas veces contemplado durante la niñez por aquel ingenio que en los últimos años de su vida apenas podía vivir con la mísera limosna, disfrazada de pensión, que el Estado le diera; aquel que la tradición y la leyenda encontraron en él el eco más puro de los que hasta allí tuvieran; el cantor de Granada, el vate prodigioso que muchas veces, azotado por la miseria, tuvo propósito de colocarse en la puerta del teatro del Príncipe, pidiendo al público una limosna para el autor del *Tenorio*; aquel poeta excelso que se llamó Zorrilla, de figura menuda y pálida, grande y sublime en su inspiración.

Es, sin duda ninguna, esta población de las que mejor saben organizar sus ferias, lo mismo en lo tocante a fiestas como en el tiempo de llevarlas a cabo. Cuando todas las demás provincias han celebrado sus festejos, los valisoletanos nos ofrecen las suyas como épilo y cornamental. La noble ciudad castellana, cuyas calles fueron holladas por los cascos de Babiéca, llevando como jinete a Rodrigo Díaz de Vivar, en cuya plaza cayó bajo el acero de tajante cuchilla la cabeza del que fué poderoso señor y condestable de Castilla D. Alvaro de Luna, y entre cuyos muros vió deslizarse parte de su vida un rey abúlico, sabe reunir en estos días en sus teatros las mejores compañías y en el ruedo de su circo taurino los mejores diestros y más selectas ganaderías; tres corridas se han celebrado este año en la antigua corte de España; de ellas, en dos se han lidiado ganado de Campos Varela y Guadalest, que han sido toreados por Belmonte, *Gallito* y Belmonte II. Los toros han sido malos; a Juan, sobre todo en la corrida de los de Campos, le tocó el peor lote; al primero que mató le administró cinco verónicas muy buenas; con la muleta le vimos con deseos de acabar pronto y terminó con el bicho de media estocada; a su segundo, que tenía la cabeza por las nubes y estaba muy incierto, el diestro entabló una ruda pelea con el bicho para hacérsela bajar; sin conseguirlo entra a matar, sin humillar el toro, para dejar dos pinchazos un poco delanteros y una estocada baja; al sexto y último de la corrida, otro torito manso y quedadote, que para hacerle tomar un capote era preciso tirar de él, Juan pretendió torearle, ¡con aquello no se podía hacer nada!, pero el diestro no se amilana y con la muleta le torea cerca y con gran valor; dos pinchazos superiores seguidos de una estocada un poco delantera, entrando bien, dan fin del animalito.

El 21 de Septiembre se corrieron los de Guada-

lest, que por cierto, debido a su extremada debilidad, tampoco se prestaban al lucimiento de los toreros; no obstante, Belmonte logró hacerse aplaudir en el quinto toro, al que en medio de una gran ovación dió cinco pases llenos de temple y emoción, ¡muletazos de los suyos, de esos que le hicieron ascender las doradas gradas del triunfo y la popularidad! Remate de ellos, que se premiaron con la oreja del bicho, fué un gran pinchazo, una estocada, entrando superiormente, y un descabello a pulso, que dió con el toro en tierra. Si los paisanos del ya retirado Pacomio Peribáñez no pudieron ver a Belmonte en una de sus faenas cumbres, culpen de ello al ganado, que, como antes he escrito, unos por mansos y otros por blandos, merecían haber ocupado un puesto de honor en algún matadero y no en el ruedo de la Plaza de Toros de Valladolid, que es muy digna de que no se lleven a ella desechos de ninguna ganadería.

J A É N

J A E N

Acariciado por la dulce sonrisa de bellas mujeres, que al contemplar sus ojos parecen venidas del Oriente, evocando en la mente del juglar una canción al pie de una reja de castillo medioeval, envuelto por su cielo azul suavemente soñador, embalsamado su ambiente por la fragancia de las rosas de sus huertas, rodeado de campos de olivos que al soplo de la brisa lucen sus hojas teñidas de plata, se asienta la ciudad del santo reino en la falda de un cerro, en cuya altura, un castillo de antiguos tiempos, evoca recuerdos de moriscas hazañas.

La Catedral, construída sobre la antigua mezquita, es un hermoso templo hecho, en alguna de sus partes, según los planos que trazó el famoso arquitecto Pedro de Valdelvira; tiene la figura de cruz latina, cuyos brazos están formados

por el sagrario y la sacristía, obras posteriores y de gran mérito artístico. Se notan en este monumento diversos órdenes arquitectónicos; pero el de mejor gusto es el de las tres naves, cuyas columnas de orden corintio son de la mayor elegancia y esbeltez. En esta grandiosa basílica existen reliquias de gran valor en mérito y antigüedad, entre las que se cuentan: el Relicario de D. Iñigo Manrique, joya del siglo xv, y el Santo Rostro, que se enseña al público todos los viernes y se adora en una capilla a espaldas del altar mayor; está el lienzo en el cual se encuentra estampada la imagen del Redentor en un magnífico marco guarnecido de piedras preciosas, siendo de gran valor sus esmeraldas. También la iglesia de San Ildefonso es un grandioso templo, en donde se venera la imagen de la Virgen de la Capilla, célebre por su tradición, así como Nuestro Padre Jesús Nazareno, efigie de mucho mérito, que se le da culto en la iglesia de la Merced, y el Cristo de la Expiración, escultura de belleza sublime atribuida a Montañés; otras muchas imágenes y monumentos notables existen en esta tierra, que un detenido estudio de todos ellos constituiría un libro de muchas páginas; sirva de mención, entre otras cosas de mérito, la magnífica verja de hierro repujado existente en la iglesia de San Andrés.

Su población presenta un aspecto pintoresco, y sus calles estrechas, en las que se admiran fachadas antiguas, nos recuerdan épocas moriscas, y es que, a pesar de los siglos, en cada rincón de Andalucía late el suspiro del alma musulmana. El barrio más antiguo es el de la Magdalena, famoso por sus mujeres, de ojos negros que lanzan destellos de luz y alegría, de andar saleroso y cuerpos esculturales.

Celebra ferias en Agosto y Octubre, siendo ésta la más importante, pues acude a ella mucho forastero; y en sus fiestas de Semana Santa lucen sus *pasos*, algunos de ellos magníficos, soberbias vestiduras y valiosas alhajas, y la mujer jienense, con la distinción que la caracteriza, toca su cabeza con la clásica mantilla, llevada con la gracia de la sevillana.

De construcción moderna es su teatro, Palacio Provincial, hermoso edificio situado en la ya antigua Plaza de San Francisco, una de las más animadas de la población; el Palacio del Obispo, frente a la Catedral, y entre ambas moles de piedra la Plaza de Santa María; ésta y el camino de la Estación, rodeado de huertas, son los paseos principales y en donde la música anima las veladas; entre sus calles, las mejores son: Alamos, Maestra, rodeada de tiendas y cafés y en donde se encuentra el Casino Primitivo y la calle de

Bernabé Soriano, hijo ilustre de esta localidad, conocido con el título hermoso de Padre de los Pobres, y cuya estatua se encuentra envuelta por bellas palmeras en la Plaza del Deán Mazas; también tiene estatua el preclaro hijo de este pueblo, que cantó con mágica lira a los héroes inmortales en su 2 de Mayo, el genial poeta Bernardo López García.

* * *

Dando vueltas por esas Plazas de Dios, hemos venido a parar a Jaén, a este rincón andaluz que, limitando con Córdoba, la ciudad sultana, Granada y Ciudad Real, provincia de Castilla la Nueva, influenciada por las principales características de ellas, sabe tomar de esta última su genio alegre y franco, ese carácter que sabe anudar los conocimientos de un momento en lazos de franca amistad; de Córdoba heredó el encanto de sus patios y el perfume de sus flores, y de la ciudad de los emires son sus mujeres morenas, de cuello grácil y de talle esbelto como los alminares de sus mezquitas, y sus pies menudos y pequeños, que parecen los de aquella sultana que, enferma de amores, envuelta en sus velos de seda, tejidos por las mágicas manos de orientales artífice, paseaba su tedio al través de los salones de su palacio encantado, edificado por el genio de un loco alarife, ansiosa de ver aparecer envuelto en nubes de polvo, allí a lo lejos, donde el sol besa a la tierra, al zegrí de sus sueños envuelto en su blanco alquicer, al galope de su potro árabe. Por eso cuando, subiendo el paseo de la Estación, penetramos en su plaza de San Francisco, el ambiente típico de las tres poblaciones se nos presenta fundido en una sola. Des-

ciendo desde la plaza de Santa María, siguiendo luego la carrera, atravesamos la plaza de San Ildefonso, y tomando después la calle de las Bernardas, se llega a la Alameda, en la cual, entre el follaje de los árboles y el polvo de las próximas minas de hierro, se alza la antigua Plaza de Toros jienense, y como en dondequiera que hay uno de estos circos indica que entre los habitantes de la población está muy desarrollada la epidemia de la fiebre taurina, claro es que éste también es utilizado con frecuencia, y todos los años Jaén no se priva de dar por lo menos un par de corridas y albergar en sus hoteles a los emperadores de la tauromaquia. Y este año, como no podía por menos de ocurrir, Juan Belmonte ha toreado en esta capital de provincia en las dos corridas que en su coso taurino se han dado, y ha sido su arte espléndido y plétórico de emoción el que nos brindó el primer día en las verónicas y el recorte con que tan admirablemente saludó al bicho, negro como la pez, de D. Juan Contreras, que le tocó matar en primer lugar; luego le vemos un quite en que el diestro, doblando estupendamente con la res, lo lleva, toreado, con un temple y una suavidad de maestro; las palmas, que hacían humo, acabaron de sonar. ¿Cuál fué la razón...? Pues ocurrió que una vez que el clarín anunció a los cuatro vientos que había llegado el momento de que matador y víctima se vieran frente a frente, el torero, con los pies fijos en la arena como si estuvieran atornillados a ella, empieza con un pase de tanteo que nos indica que vamos a ver faena, y no nos equivocamos, pues Juan se lía a dar una serie de pases afarolados y molineates que, como dije antes, hacen callar las palmas para luego volver a sonar con más fuerza, traducidas en petición y concesión de oreja, cuando rematando su labor con una estocada fenomenal, hace que su enemigo, inclinando sus patas ante él, caiga muerto.

como herido por un rayo; al que mató en segundo lugar le veroniqueó muy bien, y después de adornarse en los quites, arrimándose mucho, pasa con la muleta más valiente que un jabato, y con más ganas de palmas que de pan uno que lleve dos días sin comer; en particular hay dos pases de pecho de los de oposiciones directas al hule, que nos erizan el cabello y hacen que aplaudamos al torero valiente; un pinchazo, media estocada superior y un descabello, nos dejan tranquilos al ver al toro que se lo llevan muerto, y al diestro que, indemne, saluda desde los tercios del 2. Al salir de esta corrida no se oía hablar más que de las proezas realizadas aquella tarde por Juan Belmonte e Ignacio Sánchez Mejías, ese torero que a fuerza de valor y cornadas, y después de una gran temporada, se ha abierto paso hasta el tercer puesto de as de la baraja taurina. En la segunda corrida, con toros de Urcoia y alternando con *Varelito* y *Dominguín*, Juan tuvo una tarde de triunfo; a su primero, un toro cárdeno, lo toreó por verónicas; con la muleta, hace la faena entre los pitones; cada suerte es rematada apoyando la mano en el testuz; luego entra a matar, para dejar una estocada lagartijera... Y llegó la hora de matar al último toro de la feria, y Juan, alejando la cuadrilla, avanza hacia él, con el brazo izquierdo armado con la muleta, cerca, torero y confiado, empieza a torearlo; al intentar un ayudado, recibe un varetazo; el diestro se encorajina y pasa entre los pitones; ¡poco falta para que toree a cuerpo limpio! El público, entusiasmado, aplaude tanto alarde de valor; entra bien, para dar una estocada como la anterior, que mata instantáneamente. Belmonte escucha una grandísima ovación, y ya ha pisado la arena el toro siguiente cuando aún se oye el retumbar de las palmas tributadas a Juan, que, montera en mano, ¡saluda sonriente...!

SALAMANCA

SALAMANCA

Frente a la estatua de Fray Luis de León, en la plazoleta de su nombre, se alza majestuosa y altiva, con la esplendidez de las glorias de su pasado, la siempre famosa Universidad de Salamanca; madre alimentadora del saber español y de cuyas aulas salieron la generalidad de los hombres doctos que desde mediados del siglo XIII, época de su fundación, han dado páginas de gloria a la historia patria; toda ella evoca recuerdos de tiempos gloriosos, desde su magnífica fachada plateresca, su sello esculpido en el artesonado del claustro bajo, una tabla del primitivo archivo representando una cátedra de Leyes, su escalera del claustro alto, la Cátedra de Fray Luis de León, hasta la puerta de la biblioteca, de elegante arquitectura gótica, con reja de fino repujado de fines

del siglo xv. La Universidad de los teólogos ergotistas, de los soberbios y estirados jurisconsultos, de los soñadores astrólogos y pacientísimos escriturarios, tiene su leyenda de amor en el claustro alto; allí hay un relieve de gran mérito por su antigüedad: «Hasta donde alcanza el amor», donde el artista desconocido labró en momento de inspiración la eterna tiranía del amor; a todo lo largo del claustro alto se multiplican los símbolos con representaciones gráficas entre cintas de palabras griegas y latinas que encubren pensamientos de nuestros humanistas del siglo xv.

Salamanca, de rancia tradición, encierra entre su seno muchos edificios de famosa antigüedad, y es, sin duda, una de las poblaciones de España que conserva mejor el sabor de época; merece citarse como notable el puente romano sobre el Tormes, de 27 arcos; la casa de Las Conchas, en cuya fachada descuella magnífico escudo de estilo gótico; la Catedral vieja con su torre del Gallo y la Catedral nueva con la magnífica Puerta de Ramos; estas catedrales nos hablan de Alfonso VI, de Sancho IV, de doña Berenguela y doña Constanza, princesas de Castilla protectoras del culto; las fachadas de los palacios de los vizcondes de Garci-Grande, de los Espinosas, la del marqués de Almarza, el edificio llamado del Arzobispo y el histórico palacio de Monterrey, uno

de los edificios más notables de Salamanca, edificado por los Zúñigas Acevedos, y cuyos escudos campean en una de sus fachadas, entre leones, grifos y ángeles; el conjunto de este palacio resulta alegre, profano y lujoso.

Salamanca cuenta con bonitos paseos; entre los más principales se cuentan: La Glorieta, La Alamedilla y los portales de la Plaza.

* * *

En la típica capital española también tienen gran aceptación las corridas de toros. Todos los años en el mes de Septiembre, durante la época de sus ferias, Salamanca organiza sus carteles taurinos, que atraen los forasteros de otras regiones, que aprovechan estos días para disfrutar de la apacible calma que en aquellos lugares se goza y admirar el genio de nuestra antigua arquitectura, que supo convertir miserables piedras en hermosas obras de arte, y por la tarde refugiarse en la Plaza de Toros para presenciar las corridas. Dos han sido en las que este año ha tomado parte Belmonte, y en ellas ha lidiado toros de Santa Coloma y de doña Carmen de Federico. Los bureles que los ganaderos enviaron a Salamanca han sido buenos; merecen especial mención el ganado del conde, que a más de su hermosa presentación distinguióse en todos los momentos de la lidia por su bravura; un aplauso entusiasta se le debe tributar a este criador de reses bravas, que en el año actual fué quien dió mayor cantidad de toros de sangre, entre ellos alguno como el corrido en Madrid, en una de las de abono, apodado «Bravío», que una vez muerto,

arrastrado por las mulillas, se obligó a que le dieran la vuelta al ruedo; cosa hacía mucho tiempo no vista en la Plaza de la carretera de Aragón. Los de Carmen de Federico tampoco fueron malos, aunque pecaron de blandura.

En la primera corrida, Belmonte no tuvo suerte en el reparto; el bicho menos bravo, único que desentonó del conjunto en el primer festejo, le tocó a él; no obstante, le toreó valentísimo, metido en el terreno inverosímil en que se coloca ante los toros; terminó con él de una estocada bien colocada, en que predominó la habilidad, y varios intentos de descabello; el sexto, a pesar de mostrarse bravo en la pelea que hizo en varas, a la hora que Juan le tomó con la muleta se quedó entre sus vuelos; el diestro, a pesar de todo, da un pase ayudado, seguido de un natural; el toro no obedece al trapo rojo, y el torero, sin amilanarse, da un pase por alto; no pudo estar más valiente aguantando las cornadas que a cada minuto le tiraba el bicho; una vez que lo consiguió dominar, tira de adornos a granel, y la gente aplaude con entusiasmo; entra a matar y da un pinchazo; el toro derrota y lo desarma, ¡cómo está el animalito! Media estocada contraria y un descabello son premiados con palmas.

En la segunda corrida también siguió con el santo de espaldas en el sorteo; al quinto Murube lo veroniqueó muy bien, dándole una serie de lances que hicieron estallar la ovación; el toro no se prestaba al lucimiento, y Juan acaba de varios pinchazos sin igualar el bicho y de algunos descabellos; dejó a propio intento el primer bicho que le correspondió matar en último lugar, porque el arrojo con que Juan lo lidió, contrastando con las cualidades del Murube, que a más de no embestir, en eso de tirar cornadas no tenía que envidiar nada a los terroríficos miuras, bien merece ser mencionado aparte...;

ello fué que salió el susodicho toro con todas las buenas intenciones antes explicadas; Belmonte, decidido a dominarle o a recibir un hachazo, le mete la muleta en la jeta, y obligándole con el cuerpo le hace embestir; el clamor de los aplausos estalla entusiástico en todos los ámbitos de la Plaza; Juan sigue valentísimo, consiguiendo, a fuerza de verse varias veces con el cuerno encima, lo que parecía imposible, ¡torear!, dió dos molinetes, y después, no contento con todo esto, como queriéndonos demostrar que no tenía miedo a su enemigo, se arrodilló dándole la espalda; una estocada delantera hace que el toro deje de existir, y proporciona al diestro, a más de la oreja, una gran ovación. Así les demostró Belmonte a los salmantinos que cuando se tiene corazón y una muleta que sabe su obligación, no hay toros malos.

ZAMORA

ZAMORA

Alzada la visera y en la diestra una puntiagu-
da espada, legendaria en la Historia, por la bravía
apostura, que, cual zarpazo de león, desgarraba
los pechos de valerosos capitanes, logrando con
su filo victorioso llegar a ser la enseña más po-
derosa en el solar de la Edad Media, conquistan-
do plazas para su rey y señor, se presenta una
mañana ante la plaza, rodeada de murallas, em-
puñada por la férrea mano del Cid, que trae un
mensaje de intimidación de don Sancho II *el*
Fuerte; no se avienen a tal injusticia los zamora-
nos, ni tampoco doña Urraca, a la que por heren-
cia de su padre le había tocado esta ciudad, en
la distribución del reino que a su muerte hizo
Fernado I *el Magno* entre sus hijos, y comienza
el sitio de la ciudad, cuya causa no es más que la

desmedida ambición de Sancho, el cual, habiendo logrado despojar de la herencia de su padre a sus hermanos, sólo le restaba apoderarse de lo que a doña Urraca le había correspondido, para llegar a reunir en su Corona todos los dominios del padre; intentó Rodrigo Díaz de Vivar tomarla por asalto, mas visto lo imposible que era conseguir su propósito, se determinó a poner cerco a la plaza, la cual, después de una resistencia heroica de siete meses, hubo de entregarse; mas a don Sancho II de Castilla no le cupo en suerte el ver sus banderas en el patio de armas del castillo de Zamora, porque frente a él encontró la muerte días antes de la rendición el que había creído en los primeros días que su conquista era cosa de poco, y que andando los meses dió en pensar en la frase popular llegada a sus oídos: *No se ganó Zamora en una hora*. Cuenta la Historia que temiendo doña Urraca caer en poder de su hermano, se preparaba a huir contando con la hospitalidad ofrecida de cierto rey moro, cuando se presentó en la estancia de la reina un arrogante paladín llamado Bellido Dolfos, el que la ofreció libertarla de su enemigo; salió Bellido del recinto fortificado de Zamora, y captándose la confianza de los que rodeaban al rey don Sancho, buscó el momento propicio para matarle; una vez logrado su propósito, logró huir, viéndo-

sele tiempo después discurrir por la ciudad en compañía del viejo Arias, consejero de la reina. Mejor éxito que Sancho II tuvo Enrique de Trastamara, debido a la traición de Pedro Tenorio, que le franqueó la entrada en la plaza; las huestes del de Trastamara corrieron a apoderarse del castillo, defendido por buen golpe de caballeros y soldados acaudillados por el alcaide de la fortaleza, Alonso de Tejada, partidario del monarca asesinado en Montiel; las tropas de D. Enrique cogieron a tres de sus hijos, niños de corta edad, y a grandes voces dijeron que en el acto los matarían si no rendía el baluarte; mas Tenorio, emulando el heroísmo de aquel Guzmán el Bueno que allá, en la plaza de Tarifa, arrojara su acero al enemigo para sacrificar a su hijo, prefirió pasar por la amargura de ver morir a sus hijos, antes de que el deshonor de entregar la fortaleza manchara su noble ejecutoria de leal soldado; los días pasaban, y a medida que éstos se sucedían, cada vez era mayor en el castillo la falta de salud y vituallas; pero no se rindió; una noche como boca de túnel, burlando la vigilancia de los de Trastamara, salieron de la fortaleza los pocos que quedaban con vida, llevando consigo las banderas de D. Pedro I, camino de Portugal.

Zamora, la más ilustre ciudad del reino de

León, bañada por las aguas del Duero, en donde reviven las viejas hazañas del Romancero, aún conserva entre sus muros joyas arquitectónicas de estilo romano-bizantino y algo del gótico. Merece mención especial la cúpula románica de la Catedral, del siglo XII; el coro, el sepulcro del doctor Grado, y sus valiosas y floridas verjas, que tienen la fortaleza del hierro y la delicadeza de un bordado, y la casa de los Momos, que se mantiene en primoroso estado; ejemplar valioso de aquella época en que la mayoría de las construcciones de mérito eran guerreras o religiosas; hoy la habitan gentes que jamás han parado en pensar en la nobleza y valía de su albergue, y la que fué mansión del caballero D. Mendo Rodríguez de Sanabria, hoy está profanada por un mesonero.

* * *

La ciudad de las proezas del Cid; ante sus puertas se estrellaron los ímpetus avasalladores de más de un rey y bajo sus gruesos muros, en los tiempos heroicos de nuestra historia, se oyó el chocar de los aceros toledanos y alfanjes orientales. También hasta este lugar, enclavado en medio del antiguo reino de León y próximo a la frontera portuguesa, llegan, como lejanos clamores de otro mundo, las ferias y fiestas, que lo mismo se celebran junto a las azules y rizadas aguas del Guadalquivir que a las orillas del flaco y simpático Manzanares, y el zamorano, que no quiere ser menos que los demás, se

desvive por organizar las suyas, procurando echar toda la carne en el asador, para que no desentonen de las del resto de nuestro país, y en su Plaza de Toros, españoles y portugueses presencian las corridas que en esta población se celebran.

Este año, la primera que se ha verificado ha sido el 11 de Septiembre, con ganado de Guadalest, alternando *Joselito* y Sánchez Mejías con Juan. Los toros no fueron nada buenos, y de Belmonte sólo pudimos aplaudir algunos detalles: ¡una verónica!, ¡un quite, algún pase de muleta! En resumen: en esta corrida no nos divertimos. Otra cosa fué en la celebrada al día siguiente, en que se corrieron toros de Vicente Martínez para *Joselito*, *Belmontito* y Belmonte, y en que este diestro, después de dar unas verónicas admirables al quinto toro de la corrida, haciéndose aplaudir con entusiasmo, le hizo con la muleta una faena llena de alegría y desplantes temerarios: le vemos de rodillas, de espaldas a la res; después desafiándola con el cuerpo; hay luego dos pases de pecho intercalados que ponen en vilo a los espectadores; después cuadra al toro para darle un pinchazo seguido de media estocada buena, dejándose ver, que hace al de Martínez dar con el morro en tierra; la ovación, que no ha cesado un momento durante la faena, sigue una vez rematada, y el diestro, a ruegos del público, corta la oreja, que le es concedida por el presidente. De este modo, Juan, haciéndose admirar una vez más, consiguió que los buenos zamoranos desarrugasen el ceño y olvidasen la tarde anterior.



Fot. Alfonso.

Entrando a matar.

BURGOS

BURGOS

Se destaca entre todos sus edificios la renombrada catedral, obra debida a la iniciativa de Fernando III *el Santo* y el obispo D. Mauricio; es célebre por sus concilios, y varias de sus dignidades llegaron a ocupar la silla de San Pedro. Como detalle curioso apuntaré que el rey de España ostenta el título de primer canónigo de Burgos. Fué la primera iglesia española de traza francesa; el estilo de la fachada, en general, es gótico; presenta el templo, en el interior, la forma de cruz latina con dos naves principales; el *altar mayor*, así como el coro, son de mérito; la sillería, primorosa talla en nogal, se compone de 103 siales; junto al coro, además de los dos órganos, se halla el sepulcro del obispo D. Mauricio, todo él de esmalte y repujado, obra admira-

ble del siglo XIII, única en su género en nuestro país. Entre sus capillas, la de más fama es la del *Condestable*, mandada construir por doña Mencía de Mendoza de la Vega, hija del primer marqués de Santillana, Íñigo López de Mendoza, y de Catalina Suárez de Figueroa, mujer del condestable de Castilla Pedro Fernández de Velasco; a la derecha de la puerta del Sarmental está el *claustro* en donde se encuentra la capilla del *Corpus Christi*, en la cual se guarda el *cofre del Cid*; se conservan en ella documentos históricos de mucha importancia, y existen varios sepulcros; uno de ellos guarda los restos de Juan Cuchiller, paje del rey Enrique III, del cual cuentan que en cierta ocasión tuvo que empeñar el gabán del monarca para que éste pudiese comer, en tanto celebraban un festín los más altos dignatarios de la corte. Colocado al lado izquierdo de la puerta principal está el tradicional reloj, que si bien no goza de mérito es grande su popularidad; consta de dos figuras: el *Papamoscas*, vestido de encarnado y con un papel de música en la mano, que al dar las horas abre la boca a cada campanada, y el *Martinillo*, que sólo lo hace al dar los cuartos. Del Real Monasterio de las Huelgas, famoso en la Historia, se conserva sólo un claustro de estilo ojival; lo demás es un montón de ruinas.

Merece visitarse el *Ayuntamiento*, soberbio edificio de piedra, mandado construir reinando Carlos III; es notable el salón donde se celebran las sesiones y la capilla donde se conservan los restos del Cid y su esposa; en el despacho principal se encuentran los retratos de Fernán González, el Cid y Nuño Rasura, y el sillón en donde se sentaban los primeros jueces de Castilla. De las casas particulares, la *del Cordón* o *Palacio del Condestable*, mandada edificar por los condes de Haro; la *de Iñigo Angulo* y la *de Miranda*, propiedad del conde de Miranda, y después del de Berberana, son dignas de anotarse en la hoja del turista.

El teatro, capaz para más de 1.000 espectadores, está situado sobre el río Arlanzón, y a la Plaza de Toros, junto al paseo de los Vadillos, le caben 7.363 almas, que si fueran todas de D. Rodrigo Díaz de Vivar, ya se podría romper de buen grado una lanza por bajar al redondel.

* * *

Un tiempo hermoso, un sol espléndido alumbrando y un puñado de mujeres bonitas destacándose entre la compacta muchedumbre, son el prelude de la corrida que hoy se celebra en la Plaza de Toros de Burgos, ciudad de antiguas crónicas y fuente de tradiciones; son los toros que se lidian de la ganadería de Guadalest, que mandó seis buenos ejemplares que cumplieron bastante bien, dejando satisfecha a

la concurrencia; los diestros encargados de despacharlos son *Joselito* y Belmonte, que mano a mano se disponen a realizar su labor; bueno es apuntar que la labor realizada por los dos ases, nos satisfizo por completo.

Y ya tenemos a Belmonte que con la muleta establece en medio del ruedo una clase práctica de toreo gratis; la faena que el diestro realiza es muy artística y arranca frecuentes ovaciones; los molinetes, los pases de farol y los ayudados, administrados con gran elegancia, son realmente estupendos, y últimamente, para acabar, Juan entra a su sabor recreándose en la suerte para dejar una superiorísima estocada que, tras de ser premiada con la oreja, fué causa de que recibiera una gran ovación; en el sexto toro volvimos a ver el grandioso arte del trianero, el cual, después de brindar a los espectadores de sol (¡alguna deferencia tenía que tener para aquellos que por verle se estaban liquidando!), realizó una faena valentísima: los pases de pecho y los naturales que da son admirables y de una ejecución irreprochable; los sonnes de la música hieren el espacio; Juan continúa toreando produciendo gran sensación a cada pase que da y levantando una tempestad de aplausos, y últimamente, como despedida, media estocada magnífica y descabello certero, del que muere el toro; la ovación estalla imponente y Juan Belmonte traspasa el dintel de la puerta de la Plaza en hombros de la multitud enardecida.

SEGOVIA

SEGOVIA

Entre los viejos parajes de la ciudad que conservan su nombre, queda la plazuela de los Espejos; junto a ella el palacio de Enrique IV; en él vivió también doña Isabel antes de la jornada de San Román y él fué testigo de la lucha en que por un lado alzaba en nombre de la ciudad el licenciado Peralta y por otro Andrés de Cabrera, el prestigio egregio como alcaide del alcázar. Aquel Andrés de Cabrera, futuro marqués de Moya, que fué casado con Beatriz de Bobadilla, la dama predilecta de Isabel, y la que encendió en amor y en esperanza el alma de Cristóbal Colón; luego sirvió este palacio de aposento a la reina doña Juana, y aquí fué donde soñó con el novio ideal, y aquí gimió su tristeza de siempre; más tarde, al correr de los tiempos, pasaron por

sus salones la hermosura de doña Briande y la belleza de doña Guiomar.

El Parral, su claustro, hecho ya ruina y polvo. El viejo monasterio de Jerónimos con sus rollizos monjes, los mejor cuidados de todas las Ordenes. Los de aquellos conventos en que de cada carnero se hacían tres albóndigas y le daban cuatro a cada fraile, yace hoy abandonado, maltrecho y ruinoso. Desde el Parral corre una senda por donde se llega a los Templarios, templo extraño y misterioso, conocido con el nombre de la Vera Cruz.

Las dos cumbres del pueblo: la Catedral y el Alcázar; en la primera se admira, entre otras joyas, un Cristo de Alonso Cano; en el segundo, recordando el pasado, se contempla el balcón desde donde cayó el infante D. Pedro, hijo de Enrique II; el salón del trono, tal como estaba antes del incendio que destruyera el edificio, evocando en nuestra mente las figuras de Isabel y Fernando, los monarcas de la unidad española que, asomados a una de las ventanas de sus recios muros, contemplaban «cómo Castilla se ensanchaba».

* * *

Es Segovia la histórica ciudad donde un día ciñó la corona, aclamada por el pueblo, una excelsa reina, que más tarde supo unir bajo su cetro los disper-

sos pueblos de la Península; su alcázar, perenne recuerdo de muchos hechos históricos realizados entre sus muros, se alza ante nuestra vista como atrevida atalaya, no bien se divisa la población, y es el acueducto, que atraviesa sus calles, eco de la pasada grandeza de nuestra antigua arquitectura. Este año se ha celebrado aquí una corrida con toros de la ganadería de Aleas y toreados por Juan y Manuel Belmonte; en sus tres toros Juan estuvo bien, especialmente en el quinto que mató, al que después de torearle divinamente, destacando de su hermosa labor dos naturales admirables y varios pases de pecho soberbios, seguidos de una gran estocada, premiada con la oreja y una gran ovación; en quites, toda la tarde valiente y activo, acabando con uno soberano que hizo al último toro, que mató su hermano.

CASTELLON DE LA PLANA

CASTELLON DE LA PLANA

Situada a media legua del mar, extiende ampliamente su numeroso caserío, por parte del territorio de la Plana, rodeado de muchas casas de campo que le dan un aspecto alegre, parecido al de la huerta valenciana; se destaca en el centro del poblado la hermosa torre prismática de su iglesia mayor; por un camino sombreado de corpulentos árboles comunica con la playa del Grao, que tiene hermosas alquerías y un pinar próximo al mar, lugar de ameno recreo. Al Norte se levanta un árido collado, derivación de los montes del Desierto, en el que estaba la antigua población que se llamaba Castalia y el castillo que fué conquistado por el rey Jaime I. El caserío se halla distribuído en calles rectas, por lo general anchas y algunas de ellas empedradas. Entre sus calles, las más principales son: la de González Chermá, la de Colón, la de Tárrega, la Mayor, etc.; de sus

plazas son de notar las de la Constitución, Rey Don Jaime y Tetuán; entre sus paseos están el del Obelisco, el del pintor Ribalta y el nuevo camino de Lidón con sus andenes; este último conduce al santuario del mismo nombre, en donde se venera la imagen de la Patrona de la ciudad. De sus edificios religiosos, el mejor es la Iglesia Mayor, templo ojival, con fachada de sillería y portada de estilo gótico puro, del siglo xiv; de sus edificios civiles sobresalen la Torre de las Campanas, que domina a toda la ciudad y se levanta a una altura de cuarenta metros, y la Casa Consistorial, de las postrimerías del siglo xvii, siendo notable en su interior el salón de sesiones, adornado con magnificencia.

* * *

El día 25 de Mayo se celebra una corrida de toros en esta localidad, toreando los seis saltillos que hay preparados para el festejo los hermanos Belmonte y *Fortuna*; Juan, a su primer toro lo veroniqueó muy bien, sobresaliendo entre los lances un farol extra; con la muleta hace una faena rabiosa, cerca y valiente, da algunos pases de rodillas y dos molinetes, que son muy aplaudidos; acaba con el cornúpeto de una estocada contraria y un descabello; a su segundo le torea por verónicas estupendamente, rematando con la ya clásica y emocionante media verónica; con la muleta trastea por bajo, y después de entrar tres veces a matar acaba descabellando.

HUESCA, TERUEL Y SORIA

HUESCA

Enclavada en el Alto Aragón, en medio de una llanura feraz y rodeada de montañas, en las cuales los caseríos se distinguen entre las sombras de los pinos y los robles, se encuentra situada la histórica ciudad aragonesa, famosa por sus antiguas obras de arte y por sus tradiciones; entre las primeras se encuentran: la Catedral, construída en acción de gracias por el triunfo obtenido por la Cruz en su lucha contra las huestes africanas en la batalla de Alcoraz, y edificada por el arquitecto Olotzaga; es su fachada de hermoso estilo gótico, y los ventanales que se abren en ella nos dan la impresión de haber sido construídos en los albores del siglo xvi; el retablo principal, concepción del inmortal Forment, en su época de mayor apogeo, en cuya construcción se

tardó trece años, es de rico alabastro, elevándose 20 varas sobre el suelo; tres cuadros de su cuerpo principal representan escenas del Calvario, y sus figuras están admirablemente modeladas; en la parte posterior encontramos un retablo en marfil que representa la adoración de los Reyes Magos, el cual unos lo atribuyen a Berruguete y otros a Forment; el coro, espléndida obra de arte comenzada en el año 1587 por Berástegui y rematada en 1594 por Berrueta, y la sala del Mandato, donde se encuentra el púlpito mudéjar, de cuatro caras en yesería ornamentadas con típicos dibujos y distintos adornos calados en los cuatro frentes, completan la magnificencia de esta obra de arte, gloria de nuestra antigua arquitectura. Otro monumento histórico es el convento, donde el rey Carnicol, por otro nombre Ramiro II, vivió los últimos años de su vida, cuando cedió la gobernación de su reino a Ramón Berenguer IV, esposo de doña Petronila, hija suya; los capiteles del claustro de San Pedro el Viejo, la capilla de San Bartolomé, donde duerme el sueño eterno el rey Ramiro, y la imagen de San Bartolomé, hoy día conservada en el museo provincial, son joyas artísticas que embellecieron este rincón triste y silencioso del antiguo reino aragonés. Próximo a la capital, por la carretera que enlaza Huesca con la ciudad de Fraga, encontramos Vi-

llanueva, la patria adoptiva de Miguel Servet, aquel sabio, potente genio de la investigación, que supo hallar en el organismo humano los indelebiles síntomas de la circulación de la sangre. En este camino también se encuentra el Monasterio de Sigena, sepulcro de Pedro II *el Católico*, héroe de las Navas de Tolosa, y de su madre la reina doña Sancha, que murió en él después de hacer vida monástica en opinión de santa; el templo románico, de una sola nave, de amplio crucero, el claustro profundamente ascético y severo, la sala capitular y el Palacio prioral son elementos que contribuyen a acrecentar la grandeza de esta obra de arte. Por último, Huesca, la ciudad de los antiguos pretores romanos, ha sido inmortalizada por la leyenda del Rey Monje, que para vengarse de las burlas de que era objeto por parte de la absolutista nobleza, mediante un ingenioso ardid, hizo degollar, un día, a varios de ellos, y con sus cabezas formar una campana en la bóveda de su cámara real, que luego presentó ante los atónitos ojos de las supervivientes; próxima a la frontera francesa, Huesca tiende el puente de comunicación entre las dos naciones latinas, y en el Pirineo, sus pueblos limítrofes se encuentran en contacto.

Con una gran animación y miles de forasteros venidos de las provincias limítrofes se celebra una corrida de toros en esta ciudad que inmortalizó la narración de la campana de Huesca; son los bichos que hay preparados para el festejo de la ganadería de Benjumea, y los diestros encargados de dar fin de ellos son *Joselito* y Belmonte. Los dos estuvieron muy bien, haciendo faenas apretadas y dando grandes estocadas, que el público aplaudió complacido; la labor realizada por el trianero en su primer toro fué estupenda; después de haberlo toreado por verónicas, muy ceñido y con gran arte, le hizo una faena de muleta, dando pases de pecho y naturales colosales; después se arrodilla de espaldas al bicho; la ovación estalla estruendosa; un pinchazo muy bueno seguido de una estocada acaban con el benjumea, y proporcionan a Juan una ovación y la oreja del bicho.

TERUEL

Limitando con las provincias de Zaragoza, Huesca, Tarragona, Castellón de la Plana, Valencia, Cuenca y Guadalajara se encuentra esta provincia, de comarcas montañosas en el Sur y llanas en el Norte; tanto su clima como sus vientos son variables, y su agricultura es rica en cereales, vino, cáñamo, lino y excelentes frutas; sus montes espléndidos en vegetación, abundan en álamos, robles, hayas, encinas, etc.; su riqueza mineral es grande, aunque está sin explotar; la capital se encuentra a gran altura, y a la orilla izquierda del Guadalaviar; también esta población tiene sus monumentos históricos y sus tradiciones, como todas estas regiones del reino aragonés; cuéntase entre ellas la célebre de los

amantes de Teruel, de sobra conocidos por todo el mundo.

* * *

El tiempo nublado, y amenazando lluvia, no tuvieron poca culpa de que el festejo desluciera más de lo debido, no obstante la buena voluntad de los toreros; en sustitución de *Varelito* torea *Nacional* y le acompañan en el desempeño de su cometido los hermanos Belmonte. De la actuación de Juan poco hay que hablar; quizá imbuído por el ambiente, estuvo durante la corrida apático y un tanto frío, ¡como el tiempo!

SORIA

La provincia de Soria limita al Norte con las provincias de Burgos, Logroño, Zaragoza, Guadalajara y Segovia; su capital está situada en un collado desigual y cerca del Duero; es rica en construcciones de los siglos XII y XIII, y su industria principal es de las exquisitas mantequillas que gozan de tan merecida fama; entre sus pueblos, son dignos de mención Agrela, en la falda del Moncayo, famoso por sus huertos; el Burgo de Osma, con su notable catedral románico-ogival, que es una obra de arte, y Almazán, abundante en ricos pastos; los habitantes de esta región, de carácter afable y simpático, saben agasajar al viajero y hacerle agradable la estancia entre ellos.

* * *

Bajo la presidencia del alcalde de la localidad, con un lleno rebosante y con un cielo encapotado, más blanco que la cera, que nos anuncia la lluvia molesta y antipática, que empieza a descender sobre nosotros en forma de modesto chirimirí (como dirían los bilbaínos), se celebra una corrida, en que los dos hermanos Belmonte van a tratar de habérselas con seis buenos mozos de la acreditada ganadería de Trespacios. En su primero torea con la muleta por naturales y redondos; algunos pases los da con la rodilla en tierra; una vez que el toro cuadra, entra a matar, para dejar una estocada alta que hace innecesaria la puntilla; se le concede al diestro la oreja y se le obliga a dar la vuelta al ruedo entre efusivos aplausos; a su segundo, que llega a la muleta muy descompuesto, tiende a cuadrarlo para darle una estocada un poco ladeada; a continuación administra otras dos y un descabello, que mata; al último le muletea entre los pitones, dándole pases de todas las marcas, de pecho estupendos, molinetes de gran exposición y ayudados artísticos, que el público aplaude a rabiar; un gran pinchazo, seguido de media estocada que basta, ponen fin a la faena, que el respetable aplaude con entusiasmo; y así, entre el eco de las palmas y las despedidas de los amigos, salió Juan de la tierra de la mantequilla.

EN OTROS RUEDOS

No solamente en las capitales donde triunfa el lujo y el boato se celebran corridas de toros; también los pueblos las organizan, y en muchos de ellos sus festejos llegan a tener tanta importancia como los de nuestras Plazas mejores; ejemplo de ello son las corridas que se dan en La Línea, donde este año se han celebrado tres, en las que alternó con Juan Belmonte, *Gallito*, Sánchez Mejías y Belmonte II, y en las que se lidió ganado de Gallardo, Parladé y Santa Coloma, logrando grandes éxitos el trianero.

Las de Algeciras, que traen gente de toda Andalucía y aun de Castilla para presenciarlas, en ellas, este año, Belmonte ha quedado muy bien en la corrida de los de Santa Coloma, que toreó con *Gallito* y Sánchez Mejías; nos entusiasmó con un quite precioso, y después con la serie de verónicas que dió al quinto toro y la faena de muleta que fué un constante alarde de valor, hizo que sonasen los aplausos; después de haber sido cogido sin consecuencias, se arrodilla de espaldas al toro; tres pinchazos y una estocada buena van premiadas con palmas. El día que se lidiaron toros de Tamarón, que fueron muy bravos, le vimos una serie de lances de capa colosales y una gran faena, que fué premiada con la oreja, de la que sobresalió un pase ayudado, uno natural, dos de rodillas y una estocada corta.

* * *

Las de Valdepeñas también las ha toreado Juan: dos han sido las que se han celebrado en aquella localidad; en la primera de feria, fué ganado de Aleas el que toreó Belmonte, logrando un gran éxito en su primer toro, que le pasó ceñido y valiente por molinetes y ayudados, acabando con una estocada hasta la guarnición, que le valió la oreja; al segundo bicho que mató, después de torearle con la muleta breve y cerca, acaba con él de un pinchazo y una estocada; en la otra corrida obtuvo un éxito resonante; en el primer toro que mató de Pérez Tabernero, Juan, después de haberlo toreado por verónicas y faroles, arrancando una entusiasta ovación, muletea entre los pitones, dando naturales, altos y molinetes, se arrodilla ante la res y acaba con un volapié que tumba al de Tabernero, después de serle concedidas las dos orejas y el rabo de la res; el diestro tiene que saludar desde los medios; cuando pisa la arena el cuarto, sigue la ovación a Juan. En el segundo que mató, después de brindar a los tendidos de sol, hace una emocionante faena toreando ceñidísimo; acabó con él de dos pinchazos y una estocada, premiada con las consiguientes palmas.

* * *

En Gijón, toreó con *Joselito* una corrida de V. Martínez el día 13 de Agosto, y tanto José como él tuvieron una gran tarde, escuchando constantes ovaciones.

* * *

En Aranjuez lidió el 30 de Mayo toros de Veragua en compañía de su hermano Manuel y *Saleri*.

* * *

En Almagro, en el último toro que le tocó matar de A. Martín en la corrida que alternó con *Dominguín* y Belmonte II, le fué concedida la oreja del bicho por la faena de muleta que hizo y la estopenda estocada con que le remató.

* * *

En las ferias de Linares, donde todos los años torea Juan, logró en las tres corridas complacer por completo a este simpático pueblo, digno de todos los honores de una capital.

* * *

En Ubeda toreó el día 1 de Octubre logrando triunfar con el estoque y la muleta, y en Pozoblanco, el risueño pueblo andaluz, dejó señal de sus verónicas excelentes y faroles emocionantes, de sus pases naturales y de pecho, de sus desplantes temerarios y grandes estocadas. Los vecinos de San Clemente también aplaudieron con entusiasmo los lances que dió al primer toro del marqués de Melgarejo que mató en la corrida que toreó en aquel lugar, y la faena de muleta con pases ayudados, naturales y de pecho que hizo, alternada con valientes desplantes y finalizada con un gran pinchazo y una estocada superior, y después la otra faena que hizo al quinto bicho, al que dió buenos pases y un volapié superior que le valió una ovación, las dos orejas

y el rabo; finalmente, en la corrida que toreó en Quintanar de la Orden con *Joselito*, obtuvo un gran éxito: en el primero de los tres toros de Aleas que mató, al que después de haberle dado unos buenos lances de capa, estuvo cerca y valiente con la muleta, toreando en pie y de rodillas y acabando de media estocada y un descabello, que hicieron estremecerse los ámbitos de la plaza al conjuro de las palmas.

* * *

Así acaba Belmonte su año taurino; con un saldo de 109 corridas toreadas a su favor y un montón de miles de pesetas ganadas en ellas. Durante la temporada actual hizo faenas de muleta muy buenas; nos demostró con el capote todo lo artístico de su toreo, y se mostró con el estoque el matador breve y seguro; pero si Juan dió grandes tardes como torero, ¡qué veremos ahora!, que un joven diestro, plétórico de valor, arte y energía, se lanza a la lucha con todos los entusiasmos de su corazón, ansioso de palmas y de gloria, exponiendo su vida a cada instante; la lucha se ha de entablar entre estos dos toreros en la próxima temporada. ¿Quién nos dará la impresión verdad de valor y arte? ¿Será Ignacio Sánchez Mejías, con sus emocionantes pases en el estribo y enormísimos pares de banderillas, o Juan Belmonte, con sus lances de capa y pases de muleta? ¡El tiempo hablará! Por lo pronto, buenas cosas han de ser las que veremos la próxima primavera.

Los dos toreros sevillanos tienen la palabra.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Juicio crítico.....	v
Las capeas de toros. «fiesta la más apacible».....	vii
¿Quién es Belmonte...?	1
Madrid.....	9
Sevilla.....	25
Valencia.....	35
Barcelona.....	45
Bilbao.....	55
Zaragoza.....	63
Pamplona.....	71
Córdoba.....	79
San Sebastián.....	89
Santander.....	101
Málaga.....	111
Granada.....	121
Vitoria.....	139
Murcia.....	145
Albacete.....	157
Logroño.....	165
Alicante.....	177
Valladolid.....	185
Jaén.....	193
Salamanca.....	201
Zamora.....	209
Burgos.....	217
Segovia.....	223
Castellón de la Plana.....	229
Cuadro estadístico.....	»
Huesca.....	235
Teruel.....	239
Soria.....	241
En otros ruedos.....	243

IMPRESA ARTÍSTICA
SÁEZ HERMANOS, NORTE, 21
TELÉFONO 17-65 J.-MADRID

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.. 182 | Precio de la obra.....

Estante... 1/4 | Precio de adquisición.....

Tabla..... 4 | Valoración actual.....

Número de tomos..

7

BR

182.

BELMONT

1919